



¿Pueden suceder tales cosas?

♪ Cuentos fantásticos completos ♪

AMBROSE BIERCE

de

En *¿Pueden suceder tales cosas?* (título original en inglés «*Can such things be?*»), el lector podrá ver distintas líneas de cuentos fantásticos escritos por Ambrose Bierce y se puede aventurar una suerte de clasificación -tan arbitraria como cualquier otra- partiendo de las distintas temáticas o características. Relatos de claro componente onírico que indudablemente tendrán su influencia en autores posteriores como Lovecraft o posiblemente Lord Dunsany (desconozco si el irlandés leyó a Bierce, pero no puedo dejar de apreciar ciertas similitudes). Narraciones más próximas al cuento de terror tradicional, con casas encantadas o lugares malditos, aunque con un peculiar matiz psicológico en ellos.



Ambrose Bierce

¿Pueden suceder tales cosas?

Cuentos fantásticos completos

ePub r1.0

Moro 27.07.13

Título original: *Can such things be?*

Ambrose Bierce, 1893

Traducción: Javier Sánchez García-Gutiérrez & José Luis Moreno-Ruiz & Rafael Lassaletta

Editor digital: Moro

ePub base r1.0



La muerte de Halpin Frayser

I

Porque la muerte provoca cambios más importantes de lo que comúnmente se cree. Aunque, en general, es el espíritu el que, tras desaparecer, suele volver y es en ocasiones contemplado por los vivos (encarnado en el mismo cuerpo que poseía en vida), también ha ocurrido que el cuerpo haya andado errante sin el espíritu. Quienes han sobrevivido a tales encuentros manifiestan que esas macabras criaturas carecen de todo sentimiento natural, y de su recuerdo, a excepción del odio. Asimismo, se sabe de algunos espíritus que, habiendo sido benignos en vida, se transforman en malignos después de la muerte. –Hali.

Una oscura noche de verano, un hombre que dormía en un bosque despertó de un sueño del que no recordaba nada. Levantó la cabeza y, después de fijar la mirada durante un rato en la oscuridad que le rodeaba, dijo: «Catherine Larue». No agregó nada más; ni siquiera sabía por qué había dicho eso.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Helena, pero su paradero actual es desconocido, pues ha muerto. Quien tiene el hábito de dormir en los bosques sin otra cosa bajo su cuerpo que hojarasca y tierra húmeda, arropado únicamente por las ramas de las que han caído las hojas y el cielo del que la tierra procede, no puede esperar vivir muchos años, y Frayser ya había cumplido los treinta y dos. Hay personas en este mundo, millones, y con mucho las mejores, que consideran tal edad como avanzada: son los niños. Para quienes contemplan el periplo vital desde el puerto de partida, la nave que ha recorrido una distancia considerable parece muy próxima a la otra orilla. Con todo, no está claro que Halpin Frayser muriera por estar a la intemperie.

Había pasado todo el día buscando palomas y caza por el estilo en las colinas que hay al oeste del valle de Napa. Avanzada la tarde, el cielo se cubrió y Frayser no supo orientarse. Aunque lo más apropiado hubiera sido descender, como todo el que se pierde sabe, la ausencia de senderos se lo impidió y la noche le sorprendió en el bosque. Incapaz de abrirse camino en la oscuridad a través de las matas de *manzanita* y otras plantas silvestres, confuso y rendido por el cansancio, se echó debajo de un gran madroño donde el sueño le invadió rápidamente. Sería horas más tarde, justo en la mitad de la noche, cuando uno de los misteriosos mensajeros divinos que se dirigía hacia el oeste por la línea del alba, abandonaría las filas de las nutridas huestes celestiales y pronunciaría en el oído del durmiente la palabra que le haría incorporarse y nombrar, sin saber por qué, a alguien que no conocía.

Halpin Frayser no tenía mucho de filósofo ni de hombre de ciencia. El hecho de que al despertar de un profundo sueño hubiera pronunciado un nombre desconocido, del que apenas se acordaba, no le resultó lo bastante curioso para analizarlo. Le pareció, eso sí, extraño y, tras un ligero escalofrío, en atención a la extendida opinión del momento sobre la frialdad de las noches, se acurrucó de nuevo y se volvió a dormir; pero esta vez su sueño sí iba a ser recordado.

Soñó que iba por un camino polvoriento cuya blancura resaltaba en la oscuridad de una noche de verano. No sabía de dónde venía aquel camino ni adónde iba, ni tampoco por qué lo recorría, pero todo parecía de lo más normal y natural, como suele ocurrir en los sueños: en el país que hay más

allá del lecho las sorpresas no turban y la razón descansa. Enseguida llegó a una bifurcación: del primer camino partía otro que parecía intransitado desde hacía tiempo porque, en opinión de Frayser, debía conducir a algún lugar maldito. Empujado por una imperiosa necesidad, y sin la menor vacilación, lo siguió.

Según avanzaba, llegó a la conclusión de que por allí rondaban criaturas invisibles cuyas formas no conseguía adivinar. Unos murmullos entrecortados e incoherentes, que a pesar de ser emitidos en una lengua extraña Frayser comprendió en parte, surgieron de los árboles laterales. Parecían fragmentos de una monstruosa conjura contra su cuerpo y su alma.

Aunque ya estaba muy avanzada la noche, el bosque interminable se encontraba bañado por una luz trémula que, al no tener punto de difusión, no proyectaba sombras. Un charco formado en la rodada de una carreta emitía un reflejo carmesí que llamó *su* atención. Se agachó y hundió la mano en él. Al sacarla, sus dedos estaban manchados. ¡Era sangre! Sangre que, como pudo observar entonces, le rodeaba por todas partes: los helechos que bordeaban profusamente el camino mostraban gotas y salpicaduras sobre sus grandes hojas; la tierra seca que delimitaba las rodadas parecía haber sido rociada por una lluvia roja. Sobre los troncos de los árboles había grandes manchas de aquel color inconfundible, y la sangre goteaba de sus hojas como si fuera rocío.

Frayser contemplaba todo esto con un temor que no parecía incompatible con la satisfacción de un deseo natural. Era como si todo aquello se debiera a la expiación de un crimen que no podía recordar, pero de cuya culpabilidad era consciente. Y este sentimiento acrecentaba el horror de las amenazas y misterios que le rodeaban. Pasó revista a su vida para evocar el momento de su pecado, pero todo fue en vano. En su cabeza se entremezclaron confusamente imágenes de escenas y acontecimientos, pero no consiguió vislumbrar por ningún lado lo que tan ansiosamente buscaba. Este fracaso aumentó su espanto; se sentía como el que asesina en la oscuridad sin saber a quién ni por qué. Tan horrorosa era la situación —la misteriosa luz alumbraba con un fulgor amenazador tan terrible, tan silencioso; las plantas malignas, los árboles, a los que la tradición popular atribuye un carácter melancólico y sombrío, se confabulaban tan abiertamente contra su sosiego; por todas partes surgían murmullos tan sobrecogedores y lamentos de criaturas tan manifiestamente ultraterrenas— que no la pudo soportar por más tiempo y, haciendo un gran esfuerzo por romper el maligno hechizo que condenaba sus facultades al silencio y la inactividad, lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz se deshizo en una multitud de sonidos extraños y fue perdiéndose por los confines del bosque hasta apagarse. Entonces todo volvió a ser como antes. Pero había iniciado la resistencia y se sentía con ánimos para proseguirla.

—No voy a someterme sin ser escuchado —dijo—. Puede que también haya poderes no malignos transitando por este maldito camino. Les dejaré una nota con una súplica. Voy a relatar los agravios y persecuciones que yo, un indefenso mortal, un penitente, un poeta inofensivo, estoy sufriendo. Halpin Frayser era poeta del mismo modo que penitente, sólo en sueños.

Sacó del bolsillo un pequeño cuaderno rojo con pastas de piel, la mitad del cual dedicaba a anotaciones, pero se dio cuenta de que no tenía con qué escribir. Arrancó una ramita de un arbusto y,

tras mojarla en un charco de sangre, comenzó a escribir con rapidez. Apenas había rozado el papel con la punta de la rama, una sorda y salvaje carcajada estalló en la distancia y fue aumentando mientras parecía acercarse; era una risa inhumana, sin alma, tétrica, como el grito del colimbo solitario a media noche al borde de un lago; una risa que concluyó en un aullido espantoso en sus mismos oídos y que se fue desvaneciendo lentamente, como si el maldito ser que la había producido se hubiera retirado de nuevo al mundo del que procedía. Pero Frayser sabía que no era así: aquella criatura no se había movido y estaba muy cerca.

Una extraña sensación comenzó a apoderarse lentamente tanto de su cuerpo como de su espíritu. No podía asegurar qué sentido, de ser alguno, era el afectado; era como una intuición, como una extraña certeza de que algo abrumador, malvado y sobrenatural, distinto de las criaturas que le rondaban y superior a ellas en poder, estaba presente. Sabía que era aquello lo que había lanzado esa cruel carcajada, y ahora se aproximaba; pero desconocía por dónde y no se atrevía a hacer conjeturas. Sus miedos iniciales habían desaparecido y se habían fundido con el inmenso pavor del que era presa. A esto se añadía una única preocupación: completar su súplica dirigida a los poderes benéficos que, al cruzar el bosque hechizado, podrían rescatarle si se le negaba la bendición de ser aniquilado. Escribía con una rapidez inusitada y la sangre de la improvisada pluma parecía no agotarse. Pero en medio de una frase sus manos se negaron a continuar, sus brazos se paralizaron y el cuaderno cayó al suelo. Impotente para moverse o gritar, se encontró contemplando el rostro cansado y macilento de su madre que, con los ojos de la muerte, se erguía pálida y silenciosa en su mortaja.

II

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser tenían una posición acomodada en la sociedad que había sobrevivido al desastre de la guerra civil. Sus hijos habían tenido las oportunidades sociales y educativas propias de su época y posición, y habían desarrollado unas formas educadas y unas mentes cultivadas. Halpin, que era el más joven y enclenque, estaba un poquito mimado; en él se hacía patente la doble desventaja del mimo materno y de la falta de atención paterna. Frayser *père* era lo que todo sureño de buena posición debe ser: un político. Su país, o mejor dicho, su región y su estado le llevaban tanto tiempo y le exigían una atención tan especial que sólo podía prestar a su familia unos oídos algo sordos a causa del clamor y del griterío, incluido el suyo, de los líderes políticos.

El joven Halpin era un muchacho soñador, indolente y bastante sentimental, más amigo de la literatura que de las leyes, profesión para la que había sido educado. Aquellos parientes suyos que creían en las modernas teorías de la herencia veían en el muchacho al difunto Myron Bayne, su bisabuelo materno, quien de ese modo volvía a recibir los rayos de la luna, astro por cuya influencia Bayne llegó a ser un poeta de reconocida valía en la época colonial. Aunque no siempre se observaba, sí era digno de observación el hecho de no considerar un verdadero Frayser a aquél que no poseyera con orgullo una suntuosa copia de las obras poéticas de su antecesor (editadas por la familia y retiradas hacía tiempo de un mercado no muy favorable); sin embargo, y de forma incomprensible, la disposición a honrar al ilustre difunto en la persona de su sucesor espiritual era más bien escasa: Halpin era considerado la oveja negra que podía deshonar a todo el rebaño en cualquier momento poniéndose a balar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente práctica, no en el sentido popular de dedicarse a tareas orientadas por la ambición, sino en el de despreciar aquellas cualidades que apartan a un hombre de la beneficiosa vocación política.

Para hacer justicia al joven Halpin, hay que confesar que, aunque él encarnaba fielmente la mayoría de las características mentales y morales atribuidas por la tradición histórica y familiar al famoso bardo colonial, sólo se le consideraba depositario del don y arte divino por pura deducción. No sólo no había cortejado jamás a la musa sino que, a decir verdad, habría sido incapaz de escribir correctamente un verso para escapar a la muerte. Sin embargo nadie sabía cuándo esa dormida facultad podría despertar y hacerle tañer la lira.

Mientras tanto, el muchacho resultaba bastante inútil. Entre él y su madre existía una gran comprensión, pues la señora era, en secreto, una ferviente discípula de su abuelo; pero, con el tacto digno de elogio en personas de su sexo (algunos calumniadores prefieren llamarlo astucia), siempre había procurado ocultar su afición a todos menos a aquél que la compartía. Este delito común constituía un lazo más entre ellos. Si bien es cierto que en su infancia Halpin era un mimado de su madre, hay que decir que él había hecho todo lo posible porque así fuera. A medida que se acercaba al grado de virilidad característico del sureño, a quien le da igual la marcha de las elecciones, la relación con su hermosa madre —a quien desde niño llamaba Katy— se fue haciendo más fuerte y

tierna cada año. En esas dos naturalezas románticas se manifestaba de un modo especial un fenómeno a veces olvidado: el predominio del elemento sexual en las relaciones humanas, que refuerza, embellece y dulcifica todos los lazos, incluso los consanguíneos. Eran tan inseparables que quienes no los conocían, al observar su comportamiento, los tomaban a menudo por enamorados.

Un día, Halpin Frayser entró en el tocador de su madre, la besó en la frente y, después de jugar con un rizo de su pelo negro que había escapado de las horquillas, dijo, intentando aparentar tranquilidad:

—¿Te importaría mucho, Katy, si me fuera a California por unas semanas?

Era innecesario que Katy contestara con los labios a una pregunta para la que sus deladoras mejillas habían dado ya una respuesta inmediata. Evidentemente le importaba y las lágrimas que brotaron de sus grandes ojos marrones así lo indicaban.

—Hijo mío —dijo mirándole con infinita ternura—, debería haber adivinado que esto ocurriría. Anoche me pasé horas y horas en vela, llorando, porque el abuelo se me apareció en sueños y, en pie, tan joven y guapo como en su retrato, señaló al tuyo en la misma pared. Cuando lo miré, no pude ver tus facciones: tu cara estaba cubierta con un paño como el que se pone a los muertos. Tu padre, cuando se lo he contado, se ha reído de mí; pero, querido, tú y yo sabemos que tales sueños no ocurren porque sí. Se veían, por debajo del paño, las marcas de unos dedos sobre tu garganta. Perdona, pero no estamos acostumbrados a ocultarnos tales cosas. A lo mejor tú le das otra interpretación. Quizá significa que no debes ir a California. O tal vez que debes llevarme contigo.

Hay que decir, a la luz de una prueba recién descubierta, que esta ingeniosa interpretación no fue completamente aceptada por la mente, más lógica, del joven. Por un momento tuvo el presentimiento de que aquel sueño presagiaba una calamidad más sencilla e inmediata, aunque menos trágica, que una visita a la costa del Pacífico: Halpin Frayser tuvo la impresión de que iba a ser estrangulado en su patria chica.

—¿No hay balnearios de aguas medicinales en California —continuó la señora Frayser, antes de que él pudiera exponer el verdadero significado del sueño en los que puedan curarse el reumatismo y la neuralgia? Mira qué dedos tan rígidos; estoy casi segura de que hasta durmiendo me producen dolor.

Extendió las manos para que las viera. El cronista es incapaz de señalar cuál fue el diagnóstico que el joven prefirió guardar para sí con una sonrisa, pero se siente en la obligación de añadir, de su cosecha, que nunca unos dedos parecieron menos rígidos y con menos apariencia de insensibilidad.

El resultado fue que, de estas dos personas con los mismos raros conceptos sobre el deber, una se fue a California, tal y como demandaba su clientela, y la otra se quedó en casa, obedeciendo así al deseo, apenas consciente, de su marido.

Una oscura noche Halpin Frayser iba caminando por el puerto de San Francisco y, de un modo tan repentino como sorprendente, se vio convertido en marinero. Lo que ocurrió en realidad fue que le

emborracharon y le arrastraron a bordo de un barco enorme que zarpó con destino a un país lejano. Pero sus desventuras no acabaron con el viaje, pues el barco encalló en una isla al sur del Pacífico y pasaron seis años antes de que los supervivientes fueran rescatados por una goleta mercante y devueltos a San Francisco.

Aunque volvía con la bolsa vacía, Frayser no era menos orgulloso de lo que había sido en los años anteriores, ya tan lejanos para él. No quiso aceptar ayuda de extraños, y fue mientras vivía con otro superviviente cerca de la ciudad de Santa Helena, en espera de noticias y dinero de su familia, cuando se le ocurrió salir a cazar y soñar.

III

La aparición del bosque —esa cosa tan parecida y, sin embargo, tan distinta a su madre— era horrible. No despertaba ni amor ni anhelo en su corazón; tampoco le traía recuerdos agradables de los días felices. En resumen, no le inspiraba ningún sentimiento especial, pues cualquier emoción quedaba ahogada por el miedo. Intentó volverse y huir pero las piernas no le obedecieron: ni siquiera podía levantar los pies del suelo. Los brazos le colgaban inertes en los costados; sólo conservaba el control de los ojos y no se atrevía a apartarlos de las apagadas órbitas del espectro, del que sabía que no era un alma sin cuerpo, sino lo más espantoso que aquel bosque hechizado podía albergar: ¡un cuerpo sin alma! En su mirada vacía no había amor, piedad o inteligencia alguna, nada a lo que apelar. «No ha lugar a apelación», pensó, rememorando absurdamente el lenguaje profesional tiempo atrás aprendido. Pero de su ocurrencia no se dedujo ningún alivio.

La aparición continuaba frente a él, a un paso, observándole con la torpe malevolencia de una bestia salvaje. Fue tan largo este momento que el universo envejeció, cargado de años y culpas, y el bosque, triunfante tras aquella monstruosa culminación de terrores, desapareció de su mente con todas sus imágenes y sonidos. De pronto, el espectro extendió sus manos y se abalanzó sobre él con terrible ferocidad. Halpin recuperó sus energías, pero no su voluntad: su poderoso cuerpo y sus ágiles miembros, dotados de una vida propia, ciega e insensata, resistieron vigorosamente, pero su mente seguía hechizada. Por un instante vio ese increíble enfrentamiento entre su inteligencia muerta y su organismo vivo como un simple espectador; esto, como se sabe, suele suceder en los sueños. Pero enseguida recobró su identidad, y dando un salto hacia su interior, el valeroso autómatas recuperó de nuevo su voluntad rectora, tan expectante y agresiva como la de su detestable rival.

Pero, ¿qué mortal puede derrotar a una criatura hija de su propio sueño? La imaginación que crea al enemigo está vencida de antemano; el resultado del combate es su misma causa. A pesar de sus esfuerzos, de una fortaleza y actividad que parecían inútiles, sintió cómo unos dedos fríos se aferraban a su garganta. De espaldas sobre la tierra, vio, a un palmo de distancia, aquel rostro muerto y descarnado. Al instante todo se oscureció. Se oyó el sonido de tambores lejanos y el murmullo de voces bulliciosas, a los que siguió un grito agudo y distante que redujo todo al silencio. Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

Tras una noche templada y clara, la mañana amaneció con niebla. El día anterior, hacia la media tarde, se había visto una cortina de vapor —el fantasma de una nube— que se acercaba a la ladera oeste del monte Santa Helena, a sus estériles alturas. Era una capa tan fina y translúcida, tan parecida a una fantasía hecha realidad que uno habría exclamado: «¡Miren, miren, rápido: en un momento habrá desaparecido».

Pero enseguida empezó a hacerse mayor y más densa. Mientras un extremo se adhería a la montaña, el otro se elevaba cada vez más por encima de los cerros. Al mismo tiempo se extendía hacia el norte y hacia el sur y se fundía con pequeños jirones de niebla que, con la sensata intención de ser absorbidos, surgían de las laderas. Fue creciendo y creciendo hasta hacer imposible la visión de la cumbre desde el valle, que quedó cubierto por un dosel gris y opaco. En Calistoga, que se extiende al pie de la montaña, donde el valle comienza, tuvieron una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla se hundía cada vez más y se extendía en dirección sur, cubriendo rancho tras rancho hasta alcanzar la ciudad de Santa Helena, a nueve millas de distancia. El polvo se había asentado sobre el camino y los pájaros estaban posados en silencio sobre los árboles empapados. La luz de la mañana era pálida y fantasmal, sin color o brillo alguno.

Al despuntar el alba, dos hombres abandonaron la ciudad de Santa Helena en dirección norte, hacia Calistoga. Aunque llevaban escopeta al hombro, nadie les habría confundido con un par de cazadores; eran el ayudante del sheriff de Napa y un detective de San Francisco, Holker y Jaralson, respectivamente. Su misión era cazar a un hombre.

—¿Está muy lejos? —preguntó Holker, mientras sus pisadas dejaban al descubierto la tierra seca que había bajo la superficie húmeda del camino.

—¿La iglesia blanca? Como a media milla —contestó el otro—. Por cierto —añadió—, ni es una iglesia ni es blanca; se trata de una escuela abandonada, gris por los años y el descuido. En otro tiempo, cuando era blanca, se realizaban en ella servicios religiosos. Tiene un cementerio que haría las delicias de un poeta. ¿Adivina usted por qué mandé buscarle y le advertí que viniera armado?

—Oh, nunca se me ha ocurrido preguntarle sobre esos temas. Sé que usted siempre informa en el momento oportuno. Pero si se trata de hacer conjeturas, creo que lo que usted quiere es que le ayude a detener a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —preguntó Jaralson, respondiendo al ingenio de su compañero con la indiferencia que se merecía.

—¿El tipo que degolló a su mujer? Ya lo creo. Me costó una semana de trabajo y un montón de dólares. Ofrecen quinientos de recompensa, pero no hemos conseguido echarle la vista encima. No querrá usted decir que...

—Exacto, lo han tenido bajo sus narices todo este tiempo. Por las noches viene al viejo

cementerio de la iglesia blanca.

–¡Demonios! Es donde está enterrada su mujer.

–Bueno, deberían ustedes haber supuesto que algún día tendría la tentación de volver.

–Es el último lugar que se nos habría ocurrido.

–Como ya habían rastreado todos los demás, al conocer su fracaso, le esperé allí.

–¿Y le encontró?

–¡Maldita sea! Él me encontró a mí. El muy bribón me tomó la delantera: se me echó encima y me hizo correr a gusto. Fue una suerte que no acabara conmigo. ¡Menudo pájaro! Me contentaría con la mitad de la recompensa, si es que usted necesita la otra mitad.

Holker se echó a reír y dijo que sus acreedores estaban más impacientes que nunca.

–Quería sencillamente mostrarle el terreno y preparar un plan con usted –dijo el detective–. Creí que, aunque fuera de día, era mejor ir bien armados.

–Ese hombre debe de estar loco –dijo el ayudante del sheriff. La recompensa es por su captura y condena. Si está loco, no le condenarán.

El señor Holker, profundamente afectado por tal posibilidad, se detuvo involuntariamente un instante y reanudó la marcha con menos entusiasmo.

–Bueno, lo parece –asintió Jaralson–. Debo admitir que nunca he visto un canalla con peor pinta: mal afeitado, con el pelo totalmente revuelto... Reúne todo lo peor de la vieja y honorable orden de los vagabundos. Pero he venido a por él y no se me escapará. La gloria nos espera. Nadie más sabe que está a este lado de las Montañas de la Luna.

–De acuerdo –dijo Holker–. Vamos allá e inspeccionemos el terreno *donde pronto yacerás* –añadió empleando las palabras que en tiempos fueran tan usadas en las inscripciones funerarias–. Quiero decir, si es que el viejo Branscom llega a cansarse de usted y de su impertinente intromisión. Por cierto, el otro día oí decir que su verdadero nombre no es Branscom.

–Entonces ¿cuál es?

–No me acuerdo. Había perdido todo interés por ese rufián y no lo grabé en la memoria. Era algo como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California a buscar a unos parientes. Ya sabe, hay gente que lo hace. Pero bueno, usted ya conoce esa historia.

–Naturalmente.

–Pero si no sabía su verdadero nombre, ¿por qué feliz inspiración encontró la tumba? El mismo que me dijo el nombre comentó que está grabado en la lápida.

–Yo no sé dónde está esa tumba –contestó Jaralson, algo reacio a admitir su ignorancia acerca de

un detalle tan importante en el plan—. He estado inspeccionando el lugar, nada más. Precisamente identificar esa tumba es una parte del trabajo que hemos de realizar esta mañana. Aquí tenemos la iglesia blanca.

El camino había estado bordeado por campos hasta entonces. Ahora, a la izquierda, se veía un bosque de encinas y *madroños* y unos abetos gigantescos cuya parte inferior era difícil de distinguir entre la niebla. Los arbustos, bastante espesos, no llegaban a ser impracticables. Al principio Holker no veía el edificio pero, al adentrarse en el bosque, sus vagos contornos, que parecían enormes y distantes, aparecieron entre la bruma. Unos cuantos pasos más y ahí estaba, claramente visible, oscurecido por la humedad y de un tamaño insignificante. Era la típica escuela de aldea con un basamento de piedra y forma de caja de embalar. Tenía el tejado cubierto de musgo, y los cristales y marcos de las ventanas rotos. Su estado era ruinoso, pero no era una ruina, sino uno de los típicos sucedáneos californianos de lo que las guías extranjeras llaman «monumentos del pasado». Tras un rápido vistazo a una construcción tan poco interesante, Jaralson se dirigió hacia la parte posterior, llena de maleza húmeda.

—Le voy a mostrar dónde me sorprendió —dijo—. Éste es el cementerio.

Por todas partes surgían pequeños recintos con tumbas, en ocasiones no más de una, entre los matorrales. Unas veces se las reconocía por las piedras descoloridas y las tablas podridas que, cuando no estaban en el suelo, descansaban sobre sus cuatro ángulos; otras, por las estacas carcomidas que las rodeaban y, más raramente, por un montículo de hojarasca bajo la que se podían distinguir algunos cascotes. En muchos casos el lugar que acogía los restos de algún pobre mortal —quien, con el paso del tiempo, había sido abandonado por el círculo de sus afligidos amigos— no estaba indicado más que por una depresión en la tierra, más duradera que la de sus propios deudos. Los senderos, si es que alguna vez los hubo, no habían dejado huella alguna. Entre las tumbas crecían unos grandes árboles que arrancaban con sus raíces las cercas de los recintos. Por todas partes reinaba esa atmósfera de abandono y decadencia que en ningún otro sitio parece tan indicada y significativa como en una aldea de muertos olvidados.

Los dos hombres, con Jaralson a la cabeza, atravesaron los espesos matorrales; de pronto, aquel hombre decidido se detuvo y, tras levantar la escopeta a la altura del pecho, musitó una palabra de alerta y permaneció con la vista clavada frente a él. Su compañero, en cuanto pudo librarse de la maleza, le imitó y, aunque no había visto nada, se puso en guardia ante lo que pudiera suceder. Un instante después Jaralson comenzó a avanzar cautelosamente, con Holker tras él.

Bajo las ramas de un enorme abeto yacía un cuerpo sin vida. Los dos hombres, en silencio junto a él, examinaron los detalles que en un primer momento suelen llamar la atención: el rostro, la actitud, la ropa: todo aquello que más rápidamente responde a las mudas preguntas de una curiosidad sana.

El hombre estaba boca arriba, con las piernas separadas. Tenía un brazo extendido hacia arriba y el otro doblado en ángulo con la mano cerca de la garganta. Sus puños estaban fuertemente apretados, en actitud de desesperada pero inútil resistencia a... no se sabe qué.

Junto a él había una escopeta y un morral de cazador a través de cuyas mallas se veían plumas de pájaros muertos. A su alrededor había rastros de una lucha encarnizada; unos pequeños brotes de encina venenosa aparecían tronchados, sin hojas ni corteza. Alguien había acumulado con sus pies hojarasca en torno a sus piernas. Unas huellas de rodillas humanas aparecían junto a sus caderas.

La ferocidad de la lucha era evidente con solo observar la garganta y el rostro del cadáver. A diferencia del color blanco de su pecho y manos, aquellos tenían un color púrpura, casi negro. Sus hombros descansaban sobre una leve prominencia del terreno, lo que hacía que la cabeza cayera bruscamente hacia atrás, con los ojos en dirección contraria a la de los pies. Una lengua, negra e hinchada, surgía de entre la espuma que llenaba su boca abierta. Sobre la garganta había unas marcas horribles: no eran las simples huellas de unos dedos, sino magulladuras y heridas producidas por unas manos fuertes que debían de haberse hundido en la carne, manteniendo su terrible tenaza hasta mucho después de producir la muerte. El pecho, la garganta y el rostro estaban húmedos; tenía la ropa empapada y unas gotas de agua, condensación de la niebla, salpicaban el pelo y el bigote.

Los dos hombres observaron todo esto casi de un vistazo, sin hacer ningún comentario. Después Holker rompió el silencio.

—¡Pobre diablo! Debió de tener un final horroroso.

Jaralson, con la escopeta firmemente agarrada y el dedo en el gatillo, inspeccionó atentamente el bosque con la mirada.

—Esto es obra de un loco —dijo sin apartar la vista de la espesura—. La obra de Branscom... Pardee.

Algo que había en el suelo, semicubierto por las hojas, llamó la atención de Holker. Era un cuaderno rojo con pastas de piel. Lo cogió y lo abrió. Contenía hojas en blanco para anotaciones en la primera de las cuales estaba escrito el nombre «Halpin Frayser». Con tinta roja y garabateadas a lo largo de varias páginas, aparecían las siguientes líneas, que Holker leyó en voz alta, mientras su compañero seguía vigilando los oscuros confines de aquel entorno y escuchaba con aprensión el gotear de los árboles. Decía así:

*Víctima de algún oculto maleficio, me encontré
entre las tinieblas crepusculares de un bosque encantado.*

*El ciprés y el mirto entrelazaban sus ramas
en simbólica y funesta hermandad.*

*El sauce cavilante murmuraba al tejo;
debajo, la mortal belladona y la ruda,
con siemprevivas trenzadas en extrañas formas
funerarias, crecían junto a horribles ortigas.*

*No había ni cantos de pájaros ni zumbidos de abejas,
ni hojas suavemente mecidas por la fresca brisa.*

*El aire estaba estancado y el silencio era
un ser vivo que respiraba entre los árboles.*

*Los espíritus conspiradores murmuraban en las tinieblas,
de un modo inaudible, los secretos de las tumbas.*

*Los árboles sangraban y las hojas exhibían,
a la luz embrujada, un fulgor rojizo.*

*¡Grité! El hechizo, aún sin romper,
dominaba mi espíritu y voluntad.*

*¡Desamparado, sin aliento ni esperanza,
luché contra monstruosos presagios de maldad.!*

Al fin, lo invisible...

Holker se detuvo. No había nada más. El manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suenan a Bayne —dijo Jaralson, que, a su manera, era un hombre culto. Había dejado de vigilar y estaba observando el cadáver.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker sin mucho interés.

—Myron Bayne, un tipo que escribió en la época colonial, hace más de un siglo. Sus poemas eran tremendamente tétricos. Tengo sus obras completas. Este poema, por algún error, no aparece en ellos.

—Hace frío —dijo Holker—. Vámonos. Debemos avisar al juez de Napa.

Sin decir palabra, Jaralson siguió a su compañero. Al pasar junto a la elevación del terreno sobre la que descansaban la cabeza y los hombros del muerto, su pie tropezó con un objeto duro que había bajo la hojarasca. Era una lápida caída sobre la que, con dificultad, se podían leer las palabras «Catherine Larue».

—¡Larue, Larue! —exclamó Holker con excitación repentina—. Ese es el verdadero nombre de Branscom, no Pardee. Y, ¡Dios mío!, ahora me acuerdo de todo: ¡el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

—Aquí hay algo que me huele muy mal —dijo el detective Jaralson—. No me gustan nada estas historias.

De entre la niebla —y al parecer desde muy lejos— llegó el sonido de una risa sofocada y desalmada, tan desprovista de alegría como la de una hiena que ronda en la noche del desierto en busca de presa. Una risa que se elevó poco a poco y se fue haciendo cada vez más nítida, fuerte y

terrible, hasta que pareció rozar los límites del círculo de visión de los dos hombres. Era una risa tan sobrenatural, inhumana y diabólica que les produjo un pavor indescriptible. No movieron sus armas, ni siquiera pensaron en ellas: la amenaza de aquel horrible sonido no era de los que se combaten con ellas. Tras un grito culminante que pareció sonar junto a sus oídos, comenzó a disminuir paulatinamente hasta que sus débiles notas, tristes y mecánicas, se extinguieron en el silencio, a una distancia enorme.

El secreto del barranco de Macarger

Al noroeste de Indian Hill, a unas nueve millas en línea recta, se encuentra el barranco de Macarger. No tiene mucho de barranco, pues se trata de una mera depresión entre dos sierras boscosas de una altura considerable. Desde la boca hasta la cabecera, porque los barrancos, como los ríos, tienen una anatomía propia, la distancia no es superior a las dos millas, y la anchura en el fondo sólo rebasa en un punto las doce yardas; durante la mayor parte del recorrido, a ambos lados del pequeño arroyo que fluye por él en invierno y se seca al llegar la primavera, no hay terreno llano. Las escarpadas laderas de las colinas, cubiertas por una vegetación casi impenetrable de manzanita y chamiso, no tienen otra separación que la de la anchura del curso del río. Nadie, a no ser un ocasional cazador intrépido de los contornos, se aventura a meterse en el barranco de Macarger que, cinco millas más adelante, no se sabe ni qué nombre tiene. En esa zona, y en cualquier dirección, hay muchos más accidentes topográficos notables que no tienen nombre y resultaría vano intentar descubrir, preguntando a los lugareños, el origen del nombre de éste.

A medio camino entre la cabecera y la desembocadura del barranco de Macarger, la colina de la derecha según se asciende está surcada por otro barranco, corto y seco, y donde ambos se unen hay un espacio llano de unos dos o tres acres, en el que hace unos cuantos años había un viejo albergue con una sola habitación. Cómo habían sido reunidos los materiales de aquella casa, pocos y simples como eran, en aquel lugar casi inaccesible, es un enigma en cuya solución habría más de satisfacción que de beneficio. Posiblemente el lecho del arroyo sea un camino en desuso. Es seguro que el barranco fue explorado en otra época con bastante minuciosidad por mineros, que debieron de conocer algún medio de entrar, al menos, con animales de carga para transportar las herramientas y los víveres. Al parecer, sus beneficios no fueron suficientes para justificar una inversión considerable y enlazar el barranco de Macarger con cualquier centro civilizado que disfrutara del honor de tener un aserradero. La casa, sin embargo, estaba allí; la mayor parte de ella. Le faltaba la puerta y el marco de una ventana, y la chimenea de barro y piedras se había convertido en un rimero desagradable sobre el que crecía una espesa maleza. El humilde mobiliario que pudiera haber habido y la mayor parte de la baja techumbre de madera había servido como combustible en los fuegos de campamento de los cazadores; cosa que también debió de ocurrirle a la cubierta del viejo pozo que, en la época de la que escribo, se abría allí bajo la forma de un hoyo cercano, no muy profundo pero bastante ancho.

Una tarde de verano, en 1874, siguiendo el lecho seco del arroyo, llegué al barranco de Macarger a través del estrecho valle en el que desemboca. Iba cazando codornices y llevaba ya unas doce en la bolsa cuando me topé con la casa descrita, *cuya* existencia ignoraba hasta entonces. Después de inspeccionar las ruinas con bastante atención, reanudé mi actividad cinegética y, como quiera que tuve un gran éxito, la prolongué hasta casi el anochecer, momento en que me di cuenta de que me encontraba muy lejos de cualquier lugar habitado, y demasiado lejos como para llegar a uno antes de que cayera la noche. Pero en el zurrón llevaba comida y la casa podría proporcionarme refugio, si es que era eso lo que necesitaba en una noche cálida y seca en las estribaciones de Sierra Nevada,

donde se puede dormir cómodamente al raso sobre un lecho de agujas de pino. Tengo tendencia a la soledad y me encanta la noche; por eso mi proposición de dormir al aire libre fue pronto aceptada, y cuando la noche se echó encima yo ya tenía mi cama hecha con ramas y briznas de hierba en una esquina de la habitación y asaba una codorniz en el fuego que había encendido en el hogar. El humo salía por la ruinosa chimenea, la luz iluminaba la habitación con su agradable resplandor y, mientras consumía mi sencilla comida a base de ave sin mas aderezos y bebía lo que quedaba de una botella de vino tinto que durante toda la tarde había sustituido al agua de la que carecía la región, experimenté una sensación de bienestar que alojamientos y comidas mejores no siempre producen.

Sin embargo, faltaba algo. Tenía sensación de bienestar, pero no de seguridad. Me descubrí a mí mismo mirando a la entrada abierta y a la ventana sin marco con más frecuencia de lo que sería justificable. Fuera de estas aberturas todo estaba oscuro, por lo que fui incapaz de reprimir un cierto sentimiento de aprensión mientras mi fantasía se hacía una imagen del mundo exterior y la llenaba de entidades poco amistosas, naturales y sobrenaturales, entre las cuales destacaban, en los apartados respectivos, el oso pardo, del que yo sabía que todavía se veía de vez en cuando por la región, y el fantasma, del que tenía razones para pensar que no era así. Desgraciadamente, nuestros sentimientos no siempre respetan la ley de las probabilidades, y aquella noche lo posible y lo imposible resultaban para mí igualmente inquietantes.

Todo aquel que haya tenido experiencias similares debe de haber observado que uno se enfrenta a los peligros reales e imaginarios de la noche con mucho menos reparo al aire libre que en una casa sin puerta. Eso fue lo que sentí mientras yacía sobre mi frondoso canapé en una esquina de la habitación, junto a la chimenea, en la que el fuego se iba extinguiendo. Tan fuerte llegó a ser la sensación de la presencia de algo maligno y amenazador en aquel lugar que me di cuenta de que era incapaz de apartar la vista de la entrada, que en aquella profunda oscuridad era cada vez menos visible. Cuando la última llama produjo un chispazo y se apagó, agarré la escopeta que había dejado a mi lado y dirigí el cañón hacia la entrada ya imperceptible, con el pulgar en uno de los percutores, dispuesto a cargar el arma, la respiración contenida y los músculos tensos y rígidos. Pero al cabo de un rato dejé el arma con un sentimiento de vergüenza y mortificación. ¿De qué tenía miedo? ¿Y por qué? Yo, para quien la noche había sido

un rostro más familiar

que el de ningún hombre...

¡Yo, en quien aquel elemento de superstición hereditaria del que nadie está completamente libre había conferido a la soledad, a la oscuridad y al silencio un interés y un encanto de lo más seductor! No podía comprender mi desvarío y, olvidándome en mis conjeturas de la cosa conjeturada, me quedé dormido. Y entonces soñé.

Me encontraba en una gran ciudad de un país extranjero; una ciudad cuyos habitantes pertenecían a mi misma raza, con pequeñas diferencias en el habla y en el vestir. En qué consistían exactamente esas diferencias era algo que no podía precisar; mi sensación de ellas no era clara. La ciudad estaba

dominada por un castillo enorme sobre un promontorio elevado cuyo nombre sabía, pero era incapaz de pronunciar. Recorrí muchas calles, unas anchas y rectas, con construcciones altas y modernas; otras estrechas, oscuras y tortuosas, con viejas casas pintorescas de tejados a dos aguas, cuyas plantas superiores, decoradas profusamente con grabados en madera y piedra, sobresalían hasta casi encontrarse por encima de mi cabeza.

Buscaba a alguien a quien nunca había visto, aunque sabía que cuando le encontrara le reconocería. Mi búsqueda no era casual y sin objeto. Tenía un método. Iba de una calle a otra sin dudarle y conseguía abrirme paso por un laberinto de intrincados callejones, sin temor a perderme.

De repente me detuve ante una puerta baja de una sencilla casa de piedra que podría haber sido la vivienda de un artesano de los mejores y entré sin anunciarme. En la estancia, amueblada de un modo bastante modesto e iluminada por una sola ventana con pequeños cristales en forma de diamante, no había más que dos personas: un hombre y una mujer. No se dieron cuenta de mi presencia, circunstancia que, como suele ocurrir en los sueños, parecía completamente natural. No conversaban; estaban sentados lejos el uno del otro, con aire taciturno y sin hacer nada.

La mujer era joven y muy corpulenta, con hermosos ojos grandes y una cierta belleza solemne. El recuerdo de su expresión permanece extraordinariamente vivo en mí, pero en los sueños uno no observa los detalles de los rostros. Sobre los hombros llevaba un chal a cuadros. El hombre era mayor, moreno, con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía diagonalmente desde la sien izquierda hasta el bigote negro. Aunque en mi sueño daba la impresión de que, más que pertenecer a la cara, la rondaba como algo independiente (no sé expresarlo de otra manera). En el momento que vi a aquel hombre y a aquella mujer supe que eran marido y mujer.

No recuerdo con claridad lo que ocurrió después; todo resultaba confuso e inconsistente, debido, creo, a un atisbo de consciencia. Era como si dos imágenes, la escena del sueño y mi verdadero entorno, se hubieran mezclado, una incrustada en el otro, hasta que la primera fue desdibujándose, desapareció, y me encontré completamente despierto en la habitación vacía, tranquilo y absolutamente consciente de mi situación.

Mi estúpido miedo había desaparecido y, cuando abrí los ojos, vi que el fuego, que no estaba apagado del todo, se había reavivado al caer una rama e iluminaba de nuevo la habitación. Debía de haber dormido sólo unos minutos, pero aquella pesadilla sin importancia me había impresionado tan vivamente que ya no tenía sueño. Al cabo de un rato, me levanté, avivé el fuego y, tras encender una pipa, procedí a meditar sobre mi visión de un modo tremendamente metódico y absurdo.

Me habría dejado entonces perplejo tener que explicar en qué sentido era digna de atención. En el primer momento de análisis serio que dediqué al asunto, reconocí en Edimburgo la ciudad de mi sueño, ciudad en la que nunca había estado; por tanto, si el sueño era un recuerdo, lo era de imágenes y descripciones. Tal reconocimiento me impresionó bastante; era como si hubiera algo en mi mente que insistiera de un modo rebelde, contra la razón y la voluntad, en la importancia de todo esto. Y

aquella facultad, fuera la que fuese, aseguraba además un control de mi discurso.

—Claro —dije en voz alta, de modo involuntario—, los MacGregor deben de proceder de Edimburgo.

En aquel momento, ni la esencia de aquel comentario, ni el hecho de haberlo hecho, me sorprendió lo más mínimo. Me pareció completamente normal que yo conociera el nombre de mis compañeros de sueño y algo de su historia. Pero pronto comprendí el absurdo de todo aquello. Empecé a reírme a carcajadas, vacié las cenizas de la pipa y me tumbé de nuevo sobre el lecho de ramas y hierba, donde me quedé absorto contemplando el débil fuego, sin volver a pensar ni en el sueño ni en el entorno. De pronto, la única llama que aún quedaba se redujo por un momento y, elevándose de nuevo, se separó de las ascuas y se extinguió en el aire. La oscuridad se hizo absoluta.

En ese instante, al menos eso me pareció antes de que el resplandor de la llama hubiera desaparecido de mi vista, se produjo un sonido sordo y seco, como el de un cuerpo pesado al caer, que hizo temblar el suelo sobre el que descansaba. Me incorporé de golpe y tanteé en la oscuridad en busca de la escopeta; pensé que alguna bestia salvaje habría entrado de un salto a través de la ventana abierta. Mientras la endeble estructura seguía temblando por el impacto, oí un ruido de golpes, de pies que se arrastraban por el suelo y, después, como si lo tuviera ahí al lado, el estremecedor grito de una mujer en agonía mortal. Nunca había oído ni concebido un grito tan espantoso. Me asustó profundamente. Por un momento no fui consciente de otra cosa que de mi propio terror. Por fortuna, mi mano había encontrado el arma que estaba buscando y aquel tacto familiar hizo que me restableciera. Me puse en pie de un salto, entornando los ojos para ver algo a través de la oscuridad. Los violentos sonidos habían cesado pero, lo que era aún más terrible, se oía, a intervalos más o menos largos, el débil jadeo intermitente de una criatura viva que agonizaba.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la lánguida luz de los rescoldos, pude distinguir las formas de la puerta y de la ventana, más negras que el negro de las paredes. Luego, la distinción entre la pared y el suelo se hizo apreciable y por fin conseguí captar los contornos y toda la extensión del suelo, de un extremo al otro de la habitación. No se veía nada y el silencio era absoluto.

Con una mano un tanto temblorosa y la otra agarrando todavía la escopeta, avivé el fuego e hice un examen crítico de la situación. No había rastro alguno de que la habitación hubiera sido visitada. Sobre el polvo que cubría el suelo se podían ver mis propias huellas, pero ninguna otra. Encendí de nuevo la pipa, me abastecí de combustible partiendo un par de tablones delgados del interior de la casa (no me atrevía a salir a la oscuridad exterior) y pasé el resto de la noche fumando, pensando, y alimentando el fuego. Aunque me hubieran regalado años de vida, no habría permitido que aquel pequeño fuego se apagara de nuevo.

Algunos años más tarde conocí en Sacramento a un hombre llamado Morgan, para quien llevaba una carta de presentación de un amigo suyo de San Francisco. Una noche, mientras cenaba con él en su casa, observé varios «trofeos» en la pared que indicaban que era aficionado a la caza. Resultó que así era y, al relatar algunas de sus proezas, mencionó haber estado en la región donde había tenido

lugar mi aventura.

—Mr. Morgan —le pregunté bruscamente—, ¿conoce usted un lugar allí arriba llamado el barranco de Macarger?

—Sí, y tengo buenas razones para ello —contestó—. Fui yo quien informó a la prensa, el año pasado, del descubrimiento de un esqueleto allí.

No tenía conocimiento de ello. La información, al parecer, había sido publicada mientras yo estaba fuera, en el Este.

—Por cierto —dijo Morgan—, el nombre del barranco es una corrupción; debería llamarse «de MacGregor». Querida —añadió dirigiéndose a su esposa—, Mr. Elderson ha derramado su vino.

Lo que no era del todo exacto. Sencillamente se me había caído, con copa y todo.

—En otro tiempo hubo una vieja choza en el barranco —prosiguió Morgan cuando el desastre acarreado por mi torpeza había sido subsanado—, pero precisamente antes de mi visita fue derribada, o mejor dicho, desparramada, porque los escombros fueron diseminados por todo su alrededor; hasta las planchas del suelo estaban separadas. Entre dos traviesas que todavía quedaban en pie, mi compañero y yo encontramos los restos de un chal a cuadros y, al examinarlo, descubrimos que rodeaba los hombros de un cuerpo de mujer de la que apenas quedaban los huesos, cubiertos en parte por restos de ropa, y por la piel, seca y marrón. Pero le ahorraremos las descripciones a Mrs. Morgan —añadió sonriendo. En verdad, la dama había mostrado un gesto que era más de repugnancia que de compasión—. Sin embargo —continuó—, es necesario decir que el cráneo apareció fracturado por varios lugares, como si hubiera sido golpeado con un instrumento no muy afilado; y que el propio instrumento, una pequeña piqueta con manchas de sangre, yacía bajo unos tabloncillos cercanos.

Mr. Morgan se volvió hacia su esposa.

—Perdona, querida —dijo con afectación solemne—, por mencionar estos desagradables detalles, incidentes naturales, aunque lamentables, de una discusión conyugal, consecuencia, sin duda, de una desafortunada insubordinación de la esposa.

—Tendría que ser capaz de hacerlo —repuso la dama con serenidad—; me lo has pedido tantas veces y con esas mismas palabras...

Me dio la impresión de que estaba muy contento de continuar con su relato.

—A raíz de éstas y de otras circunstancias —señaló—, el juez dedujo que la difunta, Janet MacGregor, había encontrado la muerte a causa de los golpes infligidos por alguna persona desconocida para el jurado; pero añadió que las pruebas apuntaban hacia la culpabilidad de su marido, Thomas MacGregor. Pero de él no se ha vuelto a saber ni a oír nada. Se supo que la pareja procedía de Edimburgo, aunque no... Pero, querida, ¿no te das cuenta de que hay agua en el plato de los huesos de Mr. Elderson?

Yo había dejado un hueso de pollo en mi lavamanos.

–En un pequeño armario encontré una fotografía de MacGregor, pero ello no condujo a su captura.

–¿Me permite verla? –pregunté.

La fotografía mostraba a un hombre moreno con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía, diagonalmente, desde la sien izquierda hasta el bigote negro.

–A propósito, Mr. Elderson –dijo mi amable anfitrión–, ¿puedo saber por qué me preguntó usted por el barranco de Macarger?

–Perdí una mula cerca de allí una vez –contesté–, y ese infortunio me ha... me ha trastornado bastante.

–Querida –dijo Mr. Morgan con la entonación mecánica de un intérprete que traduce–, la pérdida de la mula de Mr. Elderson le ha hecho servirse pimienta en el café.

Una noche de verano

El hecho de que Henry Armstrong estuviera enterrado no era un motivo suficientemente convincente como para demostrarle que estaba muerto: siempre había sido un hombre difícil de persuadir. El testimonio de sus sentidos le obligaba a admitir que estaba realmente enterrado. Su posición –tendido boca arriba con las manos cruzadas sobre su estómago y atadas que rompió fácilmente sin que se alterase la situación–, el estricto confinamiento de toda su persona, la negra oscuridad y el profundo silencio, constituían una evidencia imposible de contradecir y Armstrong lo aceptó sin perderse en cavilaciones.

Pero, muerto... no. Sólo estaba enfermo, muy enfermo, aunque, con la apatía del inválido, no se preocupó demasiado por la extraña suerte que le había correspondido. No era un filósofo, sino simplemente una persona vulgar, dotada en aquel momento de una patológica indiferencia; el órgano que le había dado ocasión de inquietarse estaba ahora aletargado. De modo que sin ninguna aprensión por lo que se refiriera a su futuro inmediato, se quedó dormido y todo fue paz para Henry Armstrong.

Pero algo todavía se movía en la superficie. Era aquella una oscura noche de verano, rasgada por frecuentes relámpagos que iluminaban unas nubes, las cuales avanzaban por el este preñadas de tormenta. Aquellos breves y relampagueantes fulgores proyectaban una fantasmal claridad sobre los monumentos y lápidas del camposanto. No era una noche propicia para que una persona normal anduviera vagabundeando alrededor de un cementerio, de modo que los tres hombres que estaban allí, cavando en la tumba de Henry Armstrong, se sentían razonablemente seguros.

Dos de ellos eran jóvenes estudiantes de una Facultad de Medicina que se hallaba a unas millas de distancia; el tercero era un gigantesco negro llamado Jess. Desde hacía muchos años Jess estaba empleado en el cementerio en calidad de sepulturero, y su chanza favorita era la de que «conocía todas las ánimas del lugar». Por la naturaleza de lo que ahora estaba haciendo, podía inferirse que el lugar no estaba tan poblado como su libro de registro podía hacer suponer.

Al otro lado del muro, apartados de la carretera, podían verse un caballo y un carruaje ligero, esperando.

El trabajo de excavación no resultaba difícil; la tierra con la cual había sido rellenada la tumba unas horas antes ofrecía poca resistencia, y no tardó en quedarse amontonada a uno de los lados de la fosa. El levantar la tapadera del ataúd requirió más esfuerzo, pero Jess era práctico en la tarea y terminó por colocar cuidadosamente la tapadera sobre el montón de tierra, dejando al descubierto el cadáver, ataviado con pantalones negros y camisa blanca.

En aquel preciso instante, un relámpago zigzagueó en el aire, desgarrando la oscuridad, y casi inmediatamente estalló un fragoroso trueno. Arrancado de su sueño, Henry Armstrong incorporó tranquilamente la mitad superior de su cuerpo hasta quedar sentado.

Profiriendo gritos inarticulados, los hombres huyeron, poseídos por el terror, cada uno de ellos

en una dirección distinta. Dos de los fugitivos no hubieran regresado por nada del mundo. Pero Jess estaba hecho de otra pasta.

Con las primeras luces del amanecer, los dos estudiantes, pálidos de ansiedad y con el terror de su aventura latiendo aún tumultuosamente en su sangre, llegaron a la Facultad.

–¿Lo has visto? –exclamó uno de ellos.

–¡Dios! Sí... ¿Qué vamos a hacer?

Se encaminaron a la parte de atrás del edificio, donde vieron un carruaje ligero con un caballo uncido y atado por el ronzar a una verja, cerca de la sala de disección. Maquinalmente, los dos jóvenes entraron en la sala. Sentado en un banco, a oscuras, vieron al negro Jess. El negro se puso de pie, sonriendo, todo ojos y dientes.

–Estoy esperando mi paga –dijo.

Desnudo sobre una larga mesa, yacía el cadáver de Henry Armstrong. Tenía la cabeza manchada de sangre y arcilla por haber recibido un golpe de azada.

Una carretera iluminada por la luna

I

Testimonio de Joel Hetman, Jr.

Soy un hombre de lo más desafortunado. Rico, respetado, bastante bien educado y de buena salud (aparte de otras muchas ventajas generalmente valoradas por quienes las disfrutan y codiciadas por los que las desean). A veces pienso que sería menos infeliz si tales cualidades me hubieran sido negadas, porque entonces el contraste entre mi vida exterior e interior no exigiría continuamente una atención ingrata. Bajo la tensión de la privación y la necesidad del esfuerzo, podría olvidar en ocasiones el oscuro secreto, cuya explicación –siempre misteriosa– el mismo hace inevitable.

Soy hijo único de Joel y Julia Hetman. El primero fue un rico hacendado, la segunda una mujer bella y bien dotada, a la que estaba apasionadamente ligado por lo que ahora sé que fue una devoción celosa y exigente. El hogar familiar se encontraba a unas cuantas millas de Nashville, en Tennessee, en una vivienda amplia, irregularmente construida, sin ningún orden arquitectónico definido, y algo apartada de la carretera, con un parque de árboles y arbustos.

En la época a la que me refiero yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de mi padre tan urgente que, obedeciendo a su inexplicada solicitud, partí inmediatamente con dirección a casa. En la estación de ferrocarril de Nashville, un pariente lejano me esperaba para poner en mi conocimiento la razón de la llamada: mi madre había sido bárbaramente asesinada; el móvil y el autor nadie los conocía, pero las circunstancias fueron las siguientes:

Mi padre había ido a Nashville con la intención de volver al día siguiente por la tarde. Algo impidió que realizara el negocio que tenía entre manos, por lo que regresó esa misma noche, antes del amanecer. En su testimonio ante el juez explicó que, como no tenía llave del cerrojo y no quería molestar a los sirvientes que estaban durmiendo, se había dirigido, sin ningún propósito especial, hacia la parte trasera de la casa. Al doblar una esquina del edificio, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con suavidad y vio en la oscuridad, no muy claramente, la figura de un hombre que desapareció de inmediato por entre los árboles. Como una precipitada persecución y una batida rápida por los jardines, en la creencia de que el intruso era alguien que visitaba clandestinamente a un sirviente, resultaron infructuosas, entró en la casa por la puerta abierta y subió las escaleras en dirección al dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y, al penetrar en aquella intensa oscuridad, tropezó con un objeto pesado que había en el suelo y cayó de bruces. Me ahorraré los detalles; era mi pobre madre, ¡estrangulada por unas manos humanas!

No faltaba nada en la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno y, salvo aquellas horribles marcas en la garganta de la mujer asesinada (¡Dios mío! ¡Ojalá pudiera olvidarlas!), no se encontró nunca rastro del asesino.

Abandoné mis estudios y permanecí junto a mi padre que, como es de suponer, estaba muy cambiado. De carácter siempre taciturno y sereno, cayó en un abatimiento tan profundo que nada conseguía mantener su atención, aunque, cualquier cosa, una pisada, un portazo repentino,

despertaban en él un interés desasosegado; se le podría haber llamado recelo. Se sobresaltaba visiblemente por cualquier pequeña sorpresa sensorial y a veces se ponía pálido, y luego recaía en una apatía melancólica más profunda que la anterior. Supongo que sufría lo que se llama «una tremenda tensión nerviosa». En cuanto a mí, era más joven que ahora, y eso significa mucho. La juventud es Galad, donde existe un bálsamo para cada herida. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de nuevo en aquella tierra encantada! Al no estar habituado al dolor, no sabía cómo valorar mi aflicción. No podía apreciar debidamente la potencia del impacto.

Cierta noche, unos meses después del fatal acontecimiento, mi padre y yo volvíamos andando de la ciudad. La luna llena llevaba unas tres horas sobre el horizonte, en el este; los campos mostraban la quietud solemne de una noche estival. Nuestras pisadas y el canto incesante de las chicharras en la distancia eran el único sonido. Las negras sombras de los árboles contiguos atravesaban la carretera, que tenía un brillo blanco y fantasmal en las estrechas zonas del centro. Cuando nos encontrábamos cerca de la verja de nuestra hacienda, cuya fachada aparecía en penumbra, y en la que no había ninguna luz, mi padre se detuvo de repente y, agarrándome del brazo, dijo con un tono apenas perceptible:

–¡Dios mío! ¿Qué es eso?

–No oigo nada –contesté.

–Pero mira, ¡mira! –exclamó señalando hacia la carretera, delante de nosotros.

Allí no hay nada –dije–. Venga, padre, entremos. Estás enfermo.

Me había soltado el brazo y se había quedado rígido e inmóvil en el centro de la carretera iluminada, absorto como alguien privado del juicio. A la luz de la luna, su rostro presentaba una palidez y fijeza inefablemente penosa. Le di un suave tirón de la manga, pero se había olvidado de mi existencia. Al rato comenzó a retroceder, paso a paso, sin apartar la vista ni un instante de lo que veía, o creía que veía. Di media vuelta para seguirle, pero me quedé quieto, indeciso. No recuerdo ningún sentimiento de miedo, a no ser que un frío repentino fuera su manifestación física. Fue como si un viento helado hubiera rozado mi cara y envuelto mi cuerpo de arriba abajo. Pude sentir su revuelo en el pelo.

En aquel momento mi atención fue atraída por una luz que apareció de repente en una ventana del piso superior de la casa; uno de los sirvientes, despertado por quién sabe qué premonición misteriosa, y obedeciendo a un impulso que nunca pudo explicar, había encendido una lámpara. Cuando me volví para buscar a mi padre, había desaparecido; en todos estos años ni un rumor de su destino ha atravesado la frontera de la conjetura desde el reino de lo desconocido.

II

Testimonio de Caspar Grattan

Hoy se dice que estoy vivo. Mañana, aquí, en esta habitación, habrá una forma insensible de arcilla que mostrará lo que fui durante demasiado tiempo. Si alguien levanta el paño que cubrirá el rostro de aquella cosa desagradable será para satisfacer una mera curiosidad malsana. Otros, sin duda, irán más lejos y preguntarán «¿Quién era ése?» En estos apuntes ofrezco la única respuesta que soy capaz de dar: Caspar Grattan. Claro, eso debería ser suficiente. Ese nombre ha cubierto mis pequeñas necesidades durante más de veinte años de una vida de duración desconocida. Es cierto que yo mismo me lo puse, pero, a falta de otro, tenía ese derecho. En este mundo uno debe tener un nombre; evita la confusión, incluso hasta cuando no aporta una identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, que también resultan ser formas de distinción inadecuadas.

Un día, por ejemplo, caminaba por una calle de una ciudad, lejos de aquí, cuando me encontré a dos individuos de uniforme, uno de los cuales, casi deteniéndose y mirándome a la cara con curiosidad, le dijo a su compañero: «Ese hombre se parece al 767». En aquel número me pareció ver algo familiar y horrible. Llevado por un impulso incontrolable, tomé una bocacalle y corrí hasta caer agotado en un camino.

Nunca he olvidado aquel número, y siempre me viene a la memoria acompañado por un guirigay de obscenidades, carcajadas de risas tristes y estruendos de puertas de hierro. Por eso creo que un nombre, aunque sea uno mismo quien se lo ponga, es mejor que un número. En el registro del campo del Alfarero pronto tendré los dos. ¡Qué riqueza!

A quien encuentre este papel he de rogarle que tenga cierta consideración. No es la historia de mi vida; la capacidad de hacer tal cosa me está negada. Esto no es más que una relación de recuerdos quebrados y aparentemente inconexos, algunos de ellos tan nítidos y ordenados como los brillantes de un collar; otros, remotos y extraños, presentan las características de los sueños carmesí, con espacios en blanco y en negro, y con el resplandor de aquelarres candentes en medio de una gran desolación.

Situado en los límites de la eternidad, me doy la vuelta para echar un último vistazo a la tierra, a la trayectoria que seguí hasta llegar aquí. Hay veinte años de huellas inconfundibles, impresiones de pies sangrantes. El trazado sigue caminos de pobreza y dolor, tortuosos y poco seguros, como los de alguien que se tambalea bajo una carga, remoto, sin amigos, melancólico, lento.

Ah, la profecía que el poeta hizo sobre mí. ¡Qué admirable! ¡Qué espantosamente admirable!

Retrocediendo más allá del principio de esta *vía dolorosa*, esta epopeya de sufrimiento con episodios de pecado, no puedo ver nada con claridad; sale de una nube. Sé que sólo cubre veinte años, y sin embargo soy un anciano.

Uno no recuerda su nacimiento, se lo tienen que contar. Pero conmigo fue diferente. La vida llegó a mí con las manos llenas y me otorgó todas mis facultades y poderes. De mi existencia previa no sé

más que otros, porque todos balbucean insinuaciones que pueden ser recuerdos o sueños. Solamente sé que mi primera sensación de consciencia lo fue de madurez en cuerpo y alma; una sensación aceptada sin sorpresa o aprensión. Sencillamente me encontré caminando por un bosque, medio desnudo, con los pies doloridos, tremendamente fatigado y hambriento. Al ver una granja, me acerqué y pedí comida, que alguien me dio preguntando mi nombre. No lo conocía, aunque sí sabía que todo el mundo tenía nombres. Me retiré muy azorado y, al caer la noche, me tumbé en el bosque y me dormí.

Al día siguiente llegué a una gran ciudad cuyo nombre no citaré. Tampoco relataré otros incidentes de la vida que ahora está a punto de acabar; una vida de peregrinaje continuo, siempre rondada por una imperante sensación de delito en el castigo del mal y de terror en el castigo del delito. Veamos si soy capaz de reducirlo a la narrativa.

Parece ser que una vez viví cerca de una gran ciudad. Era un colono próspero, casado con una mujer a la que amaba y de la que desconfiaba. Tuvimos, al parecer, un hijo, un joven de talento brillante y prometedor. Para mí, siempre se trata de una figura vaga, nunca claramente definida y, con frecuencia, fuera de escena.

Una desafortunada noche se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de una forma vulgar y sabida por todo el mundo que conoce la literatura histórica y de ficción. Fui a la ciudad después de haberle dicho a mi mujer que estaría ausente hasta el día siguiente por la tarde. Pero regresé antes del amanecer y me dirigí a la parte trasera de la casa con la intención de entrar por una puerta que había estropeado sin que nadie me viera, para que pareciera encajar y en realidad no cerrara. Al acercarme, oí una puerta que se abría y se cerraba con suavidad, y vi a un hombre que salía sigilosamente a la oscuridad. Con la idea del asesinato en la mente, salté sobre él, pero desapareció sin que consiguiera ni siquiera identificarle. A veces, ni aún ahora consigo convencerme de que se tratara de un ser humano.

Loco de celos y rabia, ciego y lleno de todas las pasiones elementales de la hombría humillada, entré en la casa y subí precipitadamente las escaleras hasta el dormitorio de mi esposa. Estaba cerrado, pero como también había estropeado el cerrojo, conseguí entrar fácilmente y, a pesar de la intensa oscuridad, en un instante estaba junto a su cama. Tanteando con las manos descubrí que estaba vacía, aunque deshecha.

«Debe de estar abajo –pensé–; aterrorizada por mi presencia se ha ocultado en la oscuridad del recibidor».

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para marcharme. Pero tomé una dirección equivocada. ¡Correcta!, diría yo. Golpeé su cuerpo, encogido en un rincón, con el pie. En un instante le lancé las manos al cuello y, ahogando su grito, sujeté su cuerpo convulso entre las rodillas. Allí, en la oscuridad, sin una palabra de acusación o reproche, la estrangulé hasta la muerte.

Aquí acaba el sueño. Lo he contado en tiempo pasado, pero el presente sería la forma más apropiada, porque una y otra vez aquella triste tragedia vuelve a ser representada en mi consciencia;

una y otra vez trazo el plan, sufro la confirmación y desagravio la ofensa. Después todo queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los mugrientos cristales, o la nieve cae sobre mi escaso atavío, las ruedas chirrían por calles asquerosas donde mi vida se desarrolla en medio de la pobreza y de los trabajos mezquinos. Si alguna vez brilla el sol, no lo recuerdo. Si hay pájaros, no cantan.

Hay otro sueño, otra visión de la noche. Estoy de pie, entre las sombras, sobre una carretera iluminada por la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no puedo determinar exactamente de quién. Entre la penumbra de una gran vivienda, percibo el brillo de ropas blancas; entonces la figura de una mujer aparece frente a mí en la carretera. ¡Es mi asesinada esposa! Hay muerte en su rostro y señales en su garganta. Tiene los ojos clavados en los míos con una seriedad infinita, que no es reproche, ni odio, ni amenaza; no es algo tan terrible como el reconocimiento. Ante esta horrorosa aparición, retrocedo con terror; un terror que me asalta cuando escribo. No puedo dar la forma correcta a las palabras. ¡Fíjate! Ellas...

Ahora estoy tranquilo, pero en verdad ya no hay más que contar. El incidente acaba donde empezó: en medio de la oscuridad y de la duda.

Sí, de nuevo tengo el dominio de mí mismo: «el capitán de mi alma». Pero no se trata de un respiro, sino de otro estadio y fase de la expiación. Mi penitencia, constante en grado, es mutable en aspecto: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo, se trata de cadena perpetua. «Al Infierno para siempre», ése es el castigo absurdo: el culpable escoge la duración de su pena. Hoy mi plazo expira.

A todos y cada uno, les deseo la paz que no fue mía.

III

Testimonio de la difunta Julia Hetman a través del médium Bayrolles

Me había retirado temprano y había caído casi inmediatamente en un sueño apacible, del que desperté con una indescriptible sensación de peligro, lo que es, según creo, una experiencia común de otra vida anterior. También me sentí convencida de su sin sentido, aunque eso no lo desterraba. Mi marido, Joel Hetman, estaba ausente; los sirvientes dormían en la otra parte de la casa. Pero éstas eran cosas normales; nunca antes me habían preocupado. Sin embargo, aquel extraño terror se hizo tan insoportable que, venciendo mi escasa disposición, me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. En contra de lo que esperaba, esto no supuso un alivio; la luz parecía añadir aún más peligro, porque pensé que su resplandor se advertiría por debajo de la puerta, revelando mi presencia a cualquier cosa maligna que acechara desde fuera. Vosotros que todavía estáis vivos, sujetos a los horrores de la imaginación, os daréis cuenta de qué monstruoso miedo debe de ser ése que, en la oscuridad, busca seguridad contra las existencias malévolas de la noche. Es como batirse cuerpo a cuerpo con un enemigo invisible. ¡La estrategia de la desesperación!

Después de apagar la luz, me cubrí la cabeza con la colcha y me quedé temblando en silencio, incapaz de gritar, y sin acordarme siquiera de rezar. En ese penoso estado debí de permanecer durante lo que vosotros llamaríais horas; entre nosotros no existen horas: el tiempo no existe.

Finalmente apareció: ¡un ruido suave e irregular de pisadas en las escaleras! Eran pausadas, dubitativas, inseguras, como si fueran producidas por alguien que no viera por dónde iba; para mi mente confusa eso era mucho más espantoso, como la proximidad de una malignidad ciega y estúpida, para la que no valen ruegos. Estaba casi segura de que había dejado la lámpara del recibidor encendida y el hecho de que aquella criatura caminara a tientas demostraba que era un monstruo de la noche. Esto era absurdo y no coincidía con mi anterior terror a la luz, pero ¿qué queréis que haga? El miedo no tiene cerebro; es idiota. El observador sombrío que contiene y el cobarde consejo que susurra no guardan relación. Nosotros, que hemos entrado en el Reino del Terror, que permanecemos ocultos en el crepúsculo eterno rodeados por las escenas de nuestra vida anterior, invisibles incluso para nosotros mismos y para los demás, y que sin embargo nos escondemos desesperados en lugares solitarios, lo sabemos muy bien; anhelamos hablar con nuestros seres queridos, y sin embargo estamos mudos, y tan temerosos de ellos como ellos de nosotros. A veces este impedimento desaparece, la ley queda en suspenso: por medio del poder inmortal del amor o del odio conseguimos romper el hechizo. Entonces, aquellos a los que avisamos, consolamos o castigamos, nos ven. Qué forma adoptamos es algo que desconocemos; sólo sabemos que aterrorizamos hasta a aquellos que más . deseamos reconfortar y de los que más anhelamos ternura y compasión.

Perdona, te lo ruego, este paréntesis inconsecuente de lo que una vez fue una mujer. Vosotros que nos consultáis de este modo imperfecto, no comprendéis. Hacéis preguntas absurdas sobre cosas

desconocidas y prohibidas. La mayor parte de lo que sabemos y podríamos reflejar en nuestro discurso no tiene ningún sentido para vosotros. Debemos comunicarnos con vosotros por medio de una inteligencia balbuciente en aquella pequeña zona de nuestro lenguaje que vosotros sabéis hablar. Creéis que somos de otro mundo. Pero no; no conocemos otro mundo que el vuestro, aunque para nosotros no existe la luz del sol, ni calor, ni música, ni risa, ni cantos de pájaros, ni compañía. ¡Dios mío! ¡Qué cosa es ser un fantasma, encogido y tembloroso en un mundo alterado, presa de la aprensión y la desesperación!

Pero no, no morí de miedo: aquella Cosa se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar, creo que apresuradamente, por las escaleras, como si ella también se hubiera asustado. Entonces me levanté para pedir ayuda. Apenas mi temblorosa mano hubo encontrado el tirador de la puerta... ¡cielo santo!, oí que volvía hacia mí. Sus pisadas por las escaleras eran rápidas, pesadas y fuertes; hacían que la casa se estremeciera. Huí hacia una esquina de la pared y me acurruqué en el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi querido esposo. Entonces oí que la puerta se abría de un golpe. Hubo un intervalo de inconsciencia y, cuando me recuperé, sentí una opresión asfixiante en la garganta, advertí que mis brazos golpeaban lánguidamente contra algo que me arrastraba, ¡noté que la lengua se me escapaba por entre los dientes! Después pasé a esta vida.

No, no sé lo que pasó. La suma de lo que conocemos al morir es la medida de lo que sabemos después de todo lo que hemos vivido. De esta existencia sabemos muchas cosas, pero nunca hay nueva luz sobre ninguna de esas páginas: todo lo que podemos leer está escrito en el recuerdo. Aquí no hay cimas de verdad que dominen el confuso paisaje de aquel reino dudoso. Todavía vivimos en el Valle de la Sombra, ocultos en sus espacios desolados, observando desde detrás de las zarzamoras y los matorrales a sus habitantes malvados, locos. ¿Cómo íbamos a tener conocimiento de aquel desvanecido pasado?

Lo que ahora voy a relatar ocurrió en una noche. Sabemos cuándo es de noche porque os marcháis a casa y podemos aventurarnos a salir de nuestros escondrijos y dirigirnos sin miedo hacia nuestras antiguas casas, asomarnos a las ventanas, hasta incluso entrar y observar vuestros rostros mientras dormís. Había merodeado durante un buen rato cerca de la casa en la que se me había transformado tan cruelmente en lo que ahora soy, como hacemos cuando alguien a quien amamos u odiamos está dentro. En vano había estado buscando alguna forma de manifestarme, algún modo de hacer que mi existencia continuada, mi gran amor y mi profunda pena fueran captados por mi marido y mi hijo. Si dormían, siempre se despertarían, o si, en mi desesperación, me atrevía a acercarme a ellos una vez despiertos, lanzarían hacia mí sus terribles ojos vivos, aterrizándome con las miradas que yo anhelaba y apartándome de mi propósito.

Esa noche les había estado buscando sin éxito, temerosa de encontrármelos. No estaban en la casa, ni en el jardín iluminado por la luna. Porque, aunque hemos perdido el sol para siempre, todavía nos queda la luna, completamente redonda o imperceptible. A veces brilla por la noche, a veces de día, pero siempre sale y se pone como en la otra vida.

Dejé el jardín y me fui, acompañada por la luz blanca y el silencio, hacia la carretera, sin

dirección definida y entristecida. De repente oí la voz de mi pobre esposo que lanzaba exclamaciones de sorpresa, junto a la de mi hijo que procuraba tranquilizarle y disuadirle. Y allí estaban, a la sombra de un grupo de árboles. Cerca, ¡tan cerca! Tenían sus caras vueltas hacia mí, los ojos de mi esposo se clavaban en los míos. Me vio, ¡por fin, por fin me vio! Al advertir esta sensación, mi miedo desapareció como un sueño cruel. El hechizo de la muerte estaba roto: ¡El Amor había vencido a la Ley! Loca de alegría, grité, debí de haber gritado: «Me ve, me ve: ¡me comprenderá!» Entonces, tratando de controlarme, avancé hacia él, sonriente y consciente de mi belleza, para arrojarme en sus brazos, consolarle con palabras cariñosas y, con la mano de mi hijo entre las mías, pronunciar palabras que restauraran los lazos rotos entre los vivos y los muertos.

Pero, ¡ay! ¡Ay de mí! Su cara estaba pálida de terror, sus ojos eran como los de un animal acorralado. Mientras yo avanzaba, él se alejaba de mí, y por fin se dio la vuelta y salió huyendo por el bosque. Hacia dónde, es algo que desconozco.

A mi pobre hijo, abandonado con su doble desolación, nunca he sido capaz de comunicarle ninguna sensación de mi presencia. Pronto, también él, pasará a esta Vida Invisible y le habré perdido para siempre.

Un diagnóstico de muerte

—No soy tan supersticioso como algunos de tus doctores de ciencia, como tú te complaces en decir —dijo Hawver, replicando una acusación que no había sido hecha—. Algunos de ustedes, sólo algunos, confieso, creen en la inmortalidad del alma, y en apariciones que tú no tienes la honestidad de llamar fantasmas. No voy decir más que tengo la convicción que los vivos algunas veces son vistos donde no están, en lugares donde han estado, donde ellos vivieron tanto tiempo, quizás tan intensamente, como para dejar sus impresiones en todo lo que los rodea. Lo sé, en efecto, puede ser que un ambiente pueda ser tan afectado por la personalidad de una persona como para impresionar, mucho después, una imagen de uno mismo a los ojos de otro. Indudablemente la personalidad impresa tiene que ser el tipo justo de personalidad y los ojos perceptores tienen que ser el tipo justo de ojos, los míos por ejemplo.

—Sí, el tipo justo de ojos, sensaciones convincentes del lugar erróneo del cerebro —dijo el Dr. Frayley, sonriendo.

—Gracias; uno gusta tener sus expectativas gratificadas; esto es en réplica de lo que yo supongo que haría alguien civilizado.

—Perdón, pero tú dices que lo sabes. Es algo fácil de decir, ¿no crees? Quizás tu no pensarás en el problema de decirme como lo supiste.

—Tú lo llamarás una alucinación —dijo Hawver— pero no es tal cosa— y le contó la historia.

El último verano, como tú sabes, fui a pasar la temporada de calor a la ciudad de Meridian. Los parientes cuya casa intentaba habitar estaban enfermos, así que busqué otros cuartos. Luego de algunas dificultades renté una de las habitaciones vacantes que había sido ocupada por un excéntrico doctor llamado Mannering, quien se había ido varios años atrás, no se sabía a donde, ni siquiera su agente. Él había construido una casa y había vivido allí durante diez años, acompañado por un viejo sirviente. Su práctica, no muy extensa, lo tuvo ocupado durante algunos años. Él también se vio abstraído de la vida social y se convirtió en un recluso. Me lo contó un doctor del pueblo, que fue la única persona que tuvo alguna relación con él, que durante su retiro, se hizo devoto de una única línea de estudio, el resultado de lo que él expuso en un libro que no fue recomendado a la aprobación de sus colegas médicos, quienes, sin embargo le consideraron no enteramente sano.

No he visto el libro y no puedo recordar su título, pero me dijo que exponía una extraña teoría. Él decía que era posible que una persona de buena salud pudiera pronosticar su propia muerte con precisión, varios meses antes del evento. El límite, creo, eran dieciocho meses. Hubo cuentos locales sobre que había ejercido sus poderes de pronóstico, que quizás tu llames diagnóstico; y que las personas a las que advirtió el deceso, murieron súbitamente en el plazo fijado, sin causa conocida. Todo esto, por cierto, no tiene nada que ver con lo que te dije; pienso que puede divertir a un médico.

La casa estaba amueblada, como él había vivido ahí. Era una oscura morada para alguien que había sido un recluso más que un estudiante, y creo que me dio algo de su carácter, quizás algo del

carácter de su anterior ocupante; siempre sentí una cierta melancolía que no estaba en mí disposición natural, según creo, debido a la soledad. No tenía sirvientes que durmieran en la casa, pero siempre tuve la adicción, como tu sabes, a la lectura. Cualquiera que fuera la causa, el efecto fue un rechazo y un sentido de mal inminente; esto fue especialmente en el estudio del Dr. Mannering, a pesar de que esta habitación era una de las más luminosas y aireadas de la casa. El retrato de tamaño real del doctor parecía dominarlo completamente. No había nada inusual en la foto; el hombre evidentemente lucía bien, unos cincuenta años de edad, con un cabello gris metalizado, una cara recién afeitada y unos ojos oscuros y serios. Algo en la imagen siempre acaparaba mi atención. La apariencia del hombre se convirtió en familiar para mí, hasta me 'hechizó'.

Una tarde estaba paseando a través de esta habitación para ir a mi dormitorio, con una lámpara (no había gas en Meridian). Me paré, como era usual, frente al retrato, que parecía a la luz de la lámpara cobrar una nueva expresión, no fácilmente descriptible, pero realmente escalofriante. Me interesé pero no me inquieté. Moví la lámpara de un lado a otro y observé los efectos de alterar el punto de iluminación. Mientras estaba tan absorto sentí un impulso en voltearme. Y cuando lo hice ¡vi a un hombre que se movía a través de la habitación y se dirigía hacia donde yo estaba! Tan pronto como él se acercaba a la lámpara su rostro se iluminó, y vi que era el Dr. Mannering en persona; ¡era como si el retrato estuviera caminando!

'Le pido disculpas', dije, algo fríamente, 'pero si usted golpeó no lo escuché'.

Él me pasó, dentro de una braza, extendió su dedo índice como en advertencia, y sin una palabra, se marchó de la estancia, a pesar de que observé su ida no más que lo que vi su entrada.

Por supuesto, no necesito decirte que esto puede ser lo que tu llamarías una alucinación y lo que yo llamo una aparición. Esta habitación tiene sólo dos puertas, una de las cuales estaba cerrada; la otra llevaba al dormitorio, desde donde no había otra salida. Mi sentimiento sobre esto es que no es una parte importante del incidente.

Indudablemente esto te parecerá un lugar común «el cuento de fantasmas» algo que uno construye sobre las líneas dejadas por los viejos maestros del arte. Si así fuera, no te lo habría contado, aún si hubiera sido verdad. Pero el hombre no está muerto; lo conocí hoy mismo en la Calle Unión.

Me cruzó entre una multitud.

Hawver finalizó su historia y ambos hombres se quedaron callados. El Dr. Frayley distraídamente golpeó la mesa con sus dedos.

—¿Te dijo algo hoy —preguntó—, alguna cosa que te haya hecho inferir que no estaba muerto?

Hawver lo miró fijamente y no replicó.

—Quizás —continuó Frayley— él hizo alguna señal, un gesto, alzó un dedo. Es un truco que él tenía, un hábito cuando decía algo serio, anunciando el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

—Sí, lo hizo, su aparición lo hizo. Pero, ¡por Dios! ¿Lo conocías?

Hawver estaba poniéndose aparentemente nervioso.

–Lo conocí. Leí su libro, como todo médico de hoy en día. Es una de las más importantes contribuciones del siglo a la ciencia de la Medicina. Sí, lo conocí; lo traté en su enfermedad durante los últimos tres años. Él murió.

Hawver buscó una silla, visiblemente incómodo. Dio un par de zancadas y se sentó. Luego se dirigió a su amigo, y en una voz no muy clara, dijo:

–Doctor, ¿tiene usted algo para decirme como médico?

–No, Hawver; tu eres el hombre más saludable que conocí. Como amigo te recomiendo que vayas a tu habitación. Tocas el violín como un ángel. Tócalo, toca algo alegre y jovial. Ten este maldito asunto fuera de tu mente.

Al siguiente día Hawver fue hallado muerto en su habitación, el violín en su cuello, el arco sobre las cuerdas, su música se escuchó antes de la Marcha Fúnebre de Chopin.

El maestro de Moxon

—¿Lo dice en serio? ¿De veras cree que una máquina puede pensar?

La respuesta tardó en llegar. Moxon había concentrado su mirada en los fantásticos dibujos que proyectaban las llamas del hogar. Ya hacía unos días que yo observaba en él una tendencia creciente a postergar la respuesta a la más anodina de las preguntas. Y no obstante, tenía un aspecto preocupado, más que de meditación; era como «si su cerebro sólo pudiera estar ocupado en una sola cosa».

—¿Qué es una máquina? —inquirió un poco después—. Esta palabra tiene diversas acepciones. Por ejemplo, tomemos la definición de un diccionario: «Todo instrumento u organización por el que se aplica y hace efectiva la energía, o produce un efecto deseado». De ser así, ¿acaso el hombre no es una máquina? Y admitirá usted que el hombre piensa... o eso se imagina.

—Si no desea responder a lo que le he preguntado —repliqué—, dígalo claramente. Usted se sale por la tangente, mi querido amigo. De sobra sabe que al referirnos a las máquinas, no hablamos de los hombres, sino de un objeto fabricado por él para su satisfacción.

—A veces no es así —objetó Moxon—. A veces es la máquina la que domina al hombre; a veces es la máquina la que se satisface.

Moxon se puso de pie y se aproximó al ventanal, en cuyos cristales tabaleaba la lluvia que aún hacía más oscura aquella noche de tormenta.

—Perdóneme —sonrió luego, volviéndose de nuevo hacia mí—. No intentaba salirme por la tangente. Puedo responder a su pregunta de manera directa: opino que las máquinas piensan en el trabajo que realizan.

Desde luego, era una respuesta directa. Y no muy grata, ya que casi confirmaba mi suposición de que la devoción de Moxon por el estudio, y el trabajo en su taller no le beneficiaban en absoluto. Por ejemplo, yo sabía que sufría de insomnio, dolencia que no es trivial en modo alguno. ¿Acaso esto estaba afectando a su cerebro? Su respuesta así parecía indicarlo. Tal vez hoy día no albergaría tal sospecha, pero en aquellos tiempos yo era muy joven, y la juventud, aunque lo niegue, siempre es ignorante.

—Bien, si carece de cerebro —proseguí la discusión—, ¿cómo piensa la máquina?

La respuesta, esta vez más rápida, adoptó la forma de una pregunta, hablando en términos legales.

—¿Cómo piensa una planta, que tampoco posee cerebro?

—Ah, de manera que también las plantas piensan... Vaya, me encantaría conocer varias de sus conclusiones al respecto, aunque puede guardarse para usted las premisas.

—Tal vez sea posible para algunas personas deducir las convicciones de los actos propios. Bien, no hablaré de los conocidos ejemplos de la sensible mimosa, de las flores insectívoras y de aquellas

cuyos estambres se inclinan y sacuden su polen sobre la abeja para que ésta lo transporte a otras flores. En mi jardín planté en cierta ocasión una trepadora. Cuando la planta surgió a la superficie, clavé una estaca en la tierra a un metro de distancia de la plantita. La trepadora se alargó inmediatamente en aquella dirección, más al cabo de unos días, cuando estaba a punto de alcanzar la estaca, la arranqué y la clavé en dirección opuesta. Inmediatamente, la enredadera cambió de orientación, trazó un ángulo agudo y volvió a alargarse hacia la estaca. repetí el experimento varias veces, siempre con idéntico resultado. Al fin, descorazonada la planta se dirigió hacia un árbol y empezó a trepar por su tronco.

Moxon hizo una pausa y reanudó sus explicaciones.

—Las raíces de los eucaliptos se prolongan de modo increíble en busca de humedad. Un agricultor relató que una raíz de eucalipto penetró en una tubería subterránea seca y la fue siguiendo hasta que llegó a un muro de piedra que obturaba dicha tubería. La raíz, entonces, salió de la tubería y recorrió la pared hasta hallar la abertura, por la que se introdujo, dando la vuelta en busca de la tubería por el otro lado del muro.

—¿Y bien... ?

—¿No entiende lo que significa? Significa que las plantas tienen conciencia.

Demuestra que las plantas poseen raciocinio.

—De acuerdo, las plantas piensan. Mas no nos referíamos a plantas, sino a máquinas. Las máquinas pueden estar fabricadas, totalmente o en parte, de madera, que ha perdido su vitalidad, o ser metálicas en su conjunto. ¿Es que los minerales también piensan?

—Amigo mío, ¿qué otra explicación cabe darle al fenómeno de la cristalización?

—Nunca intenté explicarlo.

—En caso contrario tendría que admitir lo que no es posible negar, o sea la colaboración de manera inteligente entre los diversos elementos que constituyen los cristales. Cuando los soldados de un cuartel forman filas o cuadros, usted está seguro de que razonan. Cuando los patos silvestres, en sus emigraciones, forman una V, usted dice que es por instinto. Cuando los átomos homogéneos de un mineral cualquiera, que se mueven libremente en una solución, adoptan formas matemáticas de asombrosa perfección, o unas partículas húmedas se agrupan para construir los copos de nieve, usted no puede decir nada. Ni siquiera se ha inventado una palabra que disimule su inmensa sinrazón.

Moxon peroraba con gran seriedad y animación. De pronto, cuando calló, oí en una estancia contigua un sonido raro, como el golpeteo de una mesa con la palma de la mano. Se trataba del taller de Moxon, lugar al que nadie tenía acceso, aparte del dueño de la casa.

Moxon también oyó aquel ruido y, súbitamente excitado, se puso de pie y penetró en el taller. Me pareció extraño que hubiera alguien allí dentro, y la curiosidad me hizo escuchar con suma atención, aunque no incurrí en la descortesía de aplicar el oído a la puerta. Hubo unos rumores confusos, como

de lucha, y el suelo retembló. Luego oí también una respiración jadeante y un susurro ronco:

–¡Maldito seas!

Todo volvió a quedar en silencio. Moxon reapareció y observé que trataba de sonreír sin conseguirlo.

–Perdone que le haya dejado solo. Tengo ahí dentro una máquina que a veces pierde los estribos.

Al ver su mejilla izquierda, donde había cuatro arañazos paralelos y ensangrentados, comenté:

–Por lo visto, esa máquina tiene las uñas largas.

No estaba la cosa para chistes. Moxon no intentó ni siquiera sonreír. Se sentó de nuevo y continuó con su monólogo como si nada hubiera ocurrido.

–Sí, naturalmente, usted no está de acuerdo con quienes aseguran que toda la materia es sensible, que cada átomo es un ser individual, vivo y consciente. Yo sí.

La materia inerte, muerta, no existe; toda está viva; toda la materia posee fuerza, instinto, energía real y potencial. Toda la materia es sensible a las fuerzas que la rodean y puede asimilar las facultades que residen en organismos superiores con los que se pone en contacto, como por ejemplo las del hombre cuando transforma dicha materia en instrumentos. La materia absorbe en tal caso parte de la inteligencia y de las intenciones del ser humano que la modifica, haciéndolo en mayor grado cuanto más complicados sean el mecanismo y su trabajo a realizar.

Moxon se levantó para atizar las brasas del hogar y volvió a sentarse antes de continuar su discurso.

–¿Se acuerda de la definición de la «vida» dada por Hervert Spencer? Yo la conozco desde hace unos treinta años. Y al cabo de tanto tiempo me parece perfecta en toda su extensión. Creo que no sólo es la mejor definición de la vida, sino la única posible.

Tosió para aclararse la garganta, y citó con cierta pedantería:

–La vida es una combinación definida de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, relacionados con coexistencias y secuencias externas.

–Si –asentí–, eso define el fenómeno, pero –objeté–, no aporta la menor clave para descubrir su causa.

–Claro, esto es cuanto puede hacer una definición –replicó Moxon–. Como dice Mills, lo único que sabemos de la causa es que se trata de un antecedente... , lo mismo que lo ignoramos todo del efecto, salvo que es una consecuencia. Sin embargo, nuestra percepción puede inducirnos a error; por ejemplo, quien haya visto a un conejo perseguido por un perro y no haya visto jamás conejos y perros por separado, puede llegar a creer que el conejo es la causa del perro.

–Ah, creo que me desvíó de la cuestión principal –prosiguió Moxon con tono doctoral–. Lo que deseo destacar es que en la definición de la vida formulada por Spencer está incluida la actividad de

una máquina; así, en esa definición todo puede aplicarse a la maquinaria. Según aquel filósofo, si un hombre está vivo durante su período activo, también lo está una máquina mientras funciona. En mi calidad de inventor y fabricante de máquinas, afirmo que esto es absolutamente cierto.

Moxon quedó silencioso y la pausa se prolongó algún rato, en tanto él contemplaba el fuego de la chimenea de manera absorta. Se hizo tarde y quise marcharme, pero, no me seducía la idea de dejar a Moxon en aquella mansión aislada, totalmente solo, excepto la presencia de alguien que yo no podía imaginar ni siquiera quién era, aunque a juzgar por el modo cómo había tratado a mi amigo en el taller, tenía que ser un individuo altamente peligroso y animado de malas intenciones. Me incliné hacia Moxon y le miré fijamente, al tiempo que indicaba la puerta del taller.

–Moxon –indagué – ¿quién hay ahí dentro?

Al ver que se echaba a reír, me sorprendí lo indecible.

–Nadie –repuso, serenándose–. El incidente que a usted le inquieta ha sido provocado por mi descuido al dejar en funcionamiento una máquina que no tenía en qué ocuparse, mientras yo me entregaba a la imposible labor de iluminarle a usted sobre algunas verdades. ¿Sabe, por ejemplo, que la Conciencia es hija del Ritmo?

–Oh, ya vuelve a salirse por la tangente –le reproché, levantándome y poniéndome el abrigo–. Buenas noches, Moxon. Espero que la máquina que usted dejó funcionando por equivocación, lleve guantes la próxima vez que intente usted pararla.

Sin querer observar el efecto de mi indirecta, me marché de la casa. Llovía aún, y las tinieblas eran muy densas. Lejos, brillaban las luces de la ciudad. A mis espaldas, la única claridad visible era la que surgía de una ventana de la mansión de Moxon, que correspondía precisamente a su taller. Pensé que mi amigo habría reanudado los estudios interrumpidos por mi visita. Por extrañas que me parecieran en aquella época sus ideas, incluso cómicas, experimentaba la sensación de que se hallaban relacionadas de forma trágica con su vida y su carácter, y tal vez con su destino. Sí, casi me convencí de que sus ideas no eran las elucubraciones de una mente enfermiza, puesto que las había expuesto con lógica claridad. Recordé una y otra vez su última observación: «La Conciencia es hija del Ritmo». Y cada vez hallaba en ella un significado más profundo y una nueva sugerencia. Constituían, sin duda alguna, una base sobre la que asentar una filosofía. Si la conciencia es producto del ritmo, todas las cosas son conscientes puesto que todas tienen movimiento, y el movimiento siempre es rítmico. Me pregunté si Moxon comprendía el significado, el alcance de esta idea, si se daba cuenta de la tremenda fuerza de aquella trascendental generalización. ¿Habría llegado Moxon a su fe filosófica por la tortuosa senda de la observación práctica? Aquella fe era nueva para mí, y las afirmaciones de Moxon no habían podido convertirme a su causa; mas de pronto tuve la impresión de que brillaba una luz muy intensa a mi alrededor, como la que se abatió sobre Saulo de Tarso, y en medio de la soledad y la tormenta, en medio de las tinieblas, experimenté lo que Lewes denomina «la infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico». Aquel conocimiento adquiriría para mí nuevos sentidos, nuevas dimensiones. Me pareció que echaba a volar, como si unas alas invisibles

me levantarán del suelo y me impulsasen a través del aire.

Cediendo al impulso de conseguir más información de aquel a quien reconocía como maestro y guía, retrocedí y poco después volví a estar ante la puerta de la residencia de Moxon.

Estaba empapado por la lluvia que caía sin cesar, mas no experimentaba ninguna molestia. Ni siquiera se me ocurrió golpear con el aldabón, sino que giré el pomo de la puerta; no tardé en estar de nuevo en la estancia que poco antes había abandonado.

Todo estaba a oscuras y en silencio, como suponía.

Moxon, claro está, se hallaba en el taller. Tanteé la pared hasta hallar la puerta de comunicación y llamé varias veces sin obtener respuesta, lo que atribuí al estruendo de la tempestad que rugía fuera.

Jamás había sido invitado a penetrar en el taller. En realidad, Moxon me había prohibido entrar allí, como a todo el mundo, con una sola excepción: la de un hábil obrero metalúrgico, de quien nadie sabía nada, salvo que se llamaba Haley, muy callado por naturaleza. En mi excitación espiritual, olvidé toda discreción y abrí bruscamente la puerta. Lo que vi me arrancó al momento de mis especulaciones filosóficas. Moxon estaba sentado frente a la puerta, ante una mesita sobre la que una vela proyectaba la única luz de la habitación. Delante de él, de espaldas a mí, había otra persona. Encima de la mesa, entre ambos, había un tablero de ajedrez; al ver pocas piezas encima del mismo intuí que la partida se hallaba muy avanzada. Moxon demostraba un enorme interés, aunque no tanto, al parecer, en el juego como en su contrincante, al que miraba de forma tan intensa y penetrante que, pese a estar directamente en su campo visual, no se fijó en mi presencia.

Tenía el semblante muy pálido y sus pupilas relucían como carbunclos. A su adversario sólo le veía la espalda, pero aquello me bastó, pues creo que en mi interior no deseaba verle el rostro. Por lo visto, sólo medía metro veinte de estatura, con unas proporciones semejantes a las de un gorila, muy ancho de hombros, cuello corto y recto, y una cabeza cuadrada con un fez colorado sobre una enmarañada mata de pelambre. Una túnica, también colorada, cubría la parte superior de su cuerpo, cayendo en pliegues sobre el asiento, que era una especie de cajón, en donde aquel extraño personaje se hallaba casi encaramado. Las piernas y los pies resultaban invisibles. Su antebrazo izquierdo se apoyaba sobre su regazo, al parecer; movía las piezas con la mano derecha, que era colosalmente larga y ancha.

Me aparté ligeramente a un lado; de esta manera, si Moxon levantaba la vista sólo vería la puerta abierta. No sé qué me impedía entrar del todo o retirarme, pues tenía la sensación de estar ante una tragedia inminente, por lo que pensé que si me quedaba tal vez tendría ocasión de acudir en ayuda de mi amigo. Sin rebelarme contra lo indelicado de mi acción, me quedé.

La partida se realizaba velozmente. Moxon apenas miraba el tablero antes de efectuar un movimiento, nervioso y rápido. Su contrincante, en cambio, movía las piezas lentamente, de manera uniforme, mecánica. Era un espectáculo imponente; y me estremecí. Claro que ello podía deberse al agua que empapaba mis ropas.

Tras mover una pieza, y por dos o tres veces, el extraño ser inclinó levemente la cabeza, y observé que en cada ocasión, Moxon movía su rey. De repente se me ocurrió que aquel hombre era mudo. Luego pensé que se trataba de una máquina. ¡Un jugador de ajedrez autómatas! Recordé que, en cierta ocasión, Moxon me había explicado que acababa de inventar un mecanismo de tal especie, aunque no creí que lo hubiese construido ya.

Lo que Moxon había hablado aquella misma noche respecto a la conciencia y la inteligencia de las máquinas, ¿era sólo un prelude a una exhibición de tal ingenio... , un simple truco para aumentar el efecto de su acción mecánica sobre mí, en la ignorancia de su secreto? ¡Precioso final para mis arrebatos intelectuales, para mi «infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico»! Iba ya a retirarme muy enojado, cuando algo llamó mi atención. Observé que aquel ser encogía sus inmensos hombros, como con irritación, mas el movimiento era tan natural, tan totalmente humano, que me desconcertó. Aquello no fue todo, pues un instante más tarde golpeó la mesa con el puño. Ante aquel gesto, Moxon pareció incluso más desconcertado que yo. Como alarmado, echó su silla hacia atrás.

Súbitamente, Moxon levantó una mano provista de una pieza de ajedrez, y la dejó caer, gritando:

—¡Jaque mate!

Se puso en pie velozmente y se situó detrás de la silla. El autómatas continuó sentado, inmóvil, en plena concentración.

Fuera, ya no rugía el viento, pero a intervalos se oía el estruendo sordo del trueno. Mezclado al mismo, se oía como un zumbido que parecía proceder del cuerpo del autómatas, como si su mecanismo se hubiera descoyuntado. No tuve tiempo de reflexionar mucho, pues mi atención volvió a ser atraída por los extraños movimientos del autómatas. Parecía haberse apoderado de su cuerpo una leve pero continua convulsión. Su cuerpo y su cabeza se estremecían como si fuera presa de un ataque de epilepsia, y el movimiento progresó hasta que todo aquel ser estuvo violentamente agitado. Se puso en pie con brusquedad, derribó la mesa al hacerlo, y extendió ambos brazos al frente, con la postura del nadador que está a punto de zambullirse en el agua.

Moxon quiso retroceder, pero ya era tarde; vi las manos del extraño personaje cerrarse en torno a la garganta de un amigo, unos instantes antes de que la vela, que cayó al suelo al volcarse la mesa, se apagara, dejando a oscuras la habitación. No obstante esto, el rumor de la lucha era perfectamente audible, siendo lo más horrible los estertores de Moxon en sus desesperados esfuerzos por respirar.

Guiado por aquel ruido, traté de acudir en ayuda de mi amigo, mas apenas había dado un paso cuando la estancia quedó inundada de claridad, una claridad casi cegadora que imprimió en mi cerebro, mi corazón y mi recuerdo una visión lúcida de los combatientes caídos en tierra. Moxon se hallaba debajo, con la garganta apresada todavía por aquellas manazas de hierro, con los ojos desorbitados, la lengua fuera. Y, ¡oh contraste espantoso!, en el pintado semblante de su asesino, se veía una expresión meditabunda y serena, como si estuviese ocupado en la solución de un problema de ajedrez. Un momento más tarde... , todo estuvo en tinieblas y en completo silencio.

Recobré el conocimiento tres días más tarde en el hospital. Cuando recordé aquel trágico suceso,

reconocí en el hombre que me atendía al obrero metalúrgico que había trabajado para Moxon. Si, era Haley. Respondiendo a mis miradas, se me aproximó con la sonrisa a flor de labios.

–Cuéntemelo todo –le supliqué débilmente–. Absolutamente todo.

–Claro –sonrió–. Le trajeron aquí inconsciente, desde una casa incendiada, la de Moxon. Nadie sabe por qué estaba usted allí. También sigue en misterio el origen del incendio. Mi opinión personal es que la casa fue alcanzada por un rayo.

–¿Y Moxon?

–Ayer lo enterraron. Bueno, lo que quedaba de él.

Por lo visto, aquel hombre tan silencioso en algunas ocasiones, sabía ser amable y comunicativo en otras. Transcurridos unos segundos, formulé otra pregunta.

–¿Quién me salvó?

–Pues si tanto le interesa saberlo... , yo.

Gracias, amigo Haley y que Dios le bendiga. ¿Salvó también usted a aquel fascinante producto de su habilidad, el jugador de ajedrez automática que asesinó a su creador?

El obrero permaneció largo rato en silencio, sin mirarme. Finalmente, volvióse hacia mí y preguntó:

–¿Está usted enterado de esto?

–Desde luego. Yo vi cómo estrangulaba a Moxon.

Todo esto sucedió muchos años atrás. Si hoy me lo preguntasen, mi respuesta sería mucho menos categórica.

Una dura pelea

Durante una noche de otoño de 1861, un hombre solitario estaba sentado en el corazón de un bosque de la Virginia occidental. Por aquella época, Cheat Mountain era una de las regiones más salvajes del continente, y todavía lo es.

Sin embargo, no faltaban personas en los alrededores. A dos millas de distancia estaba el campamento, ahora silencioso, de toda una brigada federal. En algún otro sitio quizá más cercano, estaban las fuerzas del enemigo, cuyo número se ignoraba.

Esta ignorancia de la posición y el número de las tropas confederadas explicaba la presencia del hombre en aquel lugar solitario. Era un joven oficial de un regimiento de la infantería federal, encargado de proteger contra cualquier sorpresa a sus camaradas dormidos en el campamento. Estaba al frente de un piquete de avanzada.

Al caer la noche, había apostado a su pequeño grupo siguiendo una línea aparentemente caprichosa, pero determinada por la naturaleza del terreno, a muchas yardas del lugar donde ahora estaba sentado. La línea recorría el bosque, entre los peñascos y los arbustos de laureles; los hombres, disimulados a quince o veinte pasos los unos de los otros, habían recibido la orden formal de guardar silencio absoluto y de mantenerse en constante vigilancia. A las cuatro horas, si nada sucedía, serían revelados por un fresco destacamento de la reserva que en aquel instante descansaba, a cargo de su capitán, hallándose situado a la izquierda y hacia dentro del bosque.

Antes de apostar a sus hombres, el joven oficial del que hablamos indicó a los dos sargentos el lugar donde podían encontrarle, en caso de que necesitaran, ya sus directivas, ya su presencia en línea del frente.

Era un lugar bastante tranquilo: la encrucijada de un viejo camino forestal, en cuyos dos brazos, que se prolongaban sinuosamente bajo la pálida claridad de la luna, montaban guardia los sargentos a pocos pasos detrás de la línea.

Si un ataque brusco del enemigo les obligaba a retroceder velozmente —y no se espera que los piquetes de avanzada resistan después de haber hecho fuego— los hombres tomarían las rutas convergentes y las seguirían hasta la encrucijada del camino donde se podrían reunir y formar de nuevo.

Dentro de su humilde esfera, el teniente se mostraba bastante buen estratega; si Napoleón hubiera concebido un plan tan inteligente en Waterloo, habría ganado la batalla y solo después hubiera sido destronado.

El subteniente Brainerd Byring era un valiente y competente oficial, a pesar de su juventud y de su relativa falta de experiencia en el arte de matar a sus semejantes. Se había alistado como simple soldado en los primeros días de la guerra, sin tener el menor conocimiento del oficio militar; nombrado al principio sargento de su compañía, gracias a su educación y a sus modales seductores, tuvo la suerte de que una bala de los confederados matara a su capitán: las promociones

subsiguientes le valieron su ascenso.

Había participado en los combates de Philippi, Rich Mountain, Carrik's Ford y Greenbrier, y se había comportado con tanto denuedo que no pudo menos de atraer la atención de sus oficiales superiores. Le agradaba la exaltación de la batalla, pero el espectáculo de los muertos, con sus caras de arcilla, sus ojos ausentes, sus cuerpos rígidos, monstruosamente arrugados o hinchados, le había producido siempre un efecto intolerable.

Le inspiraba una especie de antipatía irrazonada, todavía más fuerte que esa repugnancia física y mental común a todos los hombres; sin duda, a causa de su sensibilidad extraordinariamente viva, de su intenso sentido de la belleza, ultrajada por aquellos odiosos cadáveres. Sea como fuere, no podía mirar un cadáver sin un asco en que entraba cierto resentimiento. La dignidad de la muerte, que otras personas respetan, le parecía inconcebible... La muerte merecía odiarse. No era pintoresca, ni había en ella nada tierno ni solemne; era lúgubre, horrible, en todas sus manifestaciones y sugerencias.

Quizá el teniente Byring, fuera un hombre más valeroso de lo que sus compañeros imaginaban, porque nadie imaginaba su horror hacia aquello que estaba dispuesto a sobrellevar en cualquier instante.

Después de haber apostado a sus hombres, instruido a sus sargentos y de haberse retirado a su puesto, se sentó en el tronco de un árbol. Allí, con todos los sentidos en acecho, empezó su vigilia. Para estar más cómodo, se aflojó el cinturón, sacó el pesado revólver de su cartuchera y lo colocó sobre un tronco. Sí, estaba realmente cómodo, aunque no se diera cuenta de ello porque escuchaba atentamente para distinguir el menor ruido amenazador: Un grito, un disparo, los pasos de alguno de sus sargentos que viniera a informarle de una noticia importante. Del vasto, invisible océano de claridad lunar, acá y allá caía un hilo de luz rota que salpicaba las ramas y se escurría hasta la tierra formando pequeños charcos blancos entre los grupos de laureles.

Pero esos escasos resplandores no hacían sino acentuar las tinieblas circundantes, que la imaginación de Byring poblaba de figuras extrañas, amenazadoras, sobrenaturales, o meramente grotescas.

Cualquiera que haya conocido por experiencia la portentosa coalición de la noche, la soledad y el silencio en el corazón de un gran bosque, sabe hasta qué punto lo transforma en un mundo que nada tiene que ver con el nuestro.

Todos los objetos, hasta los más triviales y familiares, revisten un carácter extraño. Los árboles se agrupan de diferente manera, se aproximan unos a otros, como para defenderse del miedo. El silencio mismo es de muy distinta calidad que el silencio diurno. Y está lleno murmullos apenas perceptibles, de murmullos estremecedores, fantasmas de ruidos ya muertos. También hay sonidos vivaces, como no se oyen nunca en otras circunstancias: notas de insólitos pájaros nocturnos, gritos de animalitos que afrontan bruscamente furtivos enemigos, o los sueñan, susurros de hojas secas — quizá el brinco de una rata de los bosques, o las pisadas de una pantera—. ¿Por qué han crujido esas ramitas? ¿Por qué ese lamento ahogado, asustado, en esa mata llena de pájaros? Hay ruidos sin

nombre, formas sin sustancia, traslaciones en el espacio de objetos que nunca hemos visto moverse, y movimientos de objetos que no cambian de lugar. ¡Ah, hijos del sol y de la iluminación a gas, qué poco conocen ustedes del mundo en que viven!

Aunque rodeado de amigos armados y alertas, Byring se sentía absolutamente solo. Abandonado a la influencia solemne y misteriosa del momento y del lugar, había olvidado la naturaleza del vínculo que le unía a las facces de la noche, a sus aspectos visibles y audibles. El bosque era ilimitado; no existían los hombres y las habitaciones de los hombres. El universo era un misterio primitivo de tinieblas, informe, vacío, y él era el único en preguntarle calladamente su eterno secreto.

Absorto en los pensamientos nacidos de aquel estado de ánimo, había dejado que el tiempo huyera sin prestarle atención. Mientras tanto, los pocos charcos de luz blanca esparcidos en la maleza habían cambiado de tamaño, de aspecto, de lugar. En medio de uno de ellos, muy cerca, justo al borde del camino, su mirada cayó sobre algo que no había observado antes. Estaba allí, casi frente a él, pero hubiese jurado que minutos antes no estaba. Era una silueta humana, acostada, en parte cubierta por la sombra. Instintivamente, se ajustó el cinturón y tomó el revólver: pertenecía de nuevo al mundo de la guerra, de nuevo tenía que ejercer su oficio de asesino.

La silueta yacente no se movía. Byring se levantó, revólver en mano. Se acercó. El cuerpo descansaba sobre la espalda; la cabeza y el pecho no estaban iluminados, pero Byring, mirando atentamente, vio que se hallaba en presencia de un cadáver. Se volvió, estremeciéndose, con una sensación de malestar y de asco.

Después, sentándose nuevamente en el tronco y olvidando toda prudencia militar, encendió un cigarro. La súbita oscuridad que siguió a la extinción de la llama le causó alivio: ya no podía ver el objeto de su odio. Sin embargo, mantuvo los ojos fijos en su dirección hasta que se le pareció de nuevo con creciente nitidez. Parecía haberse acercado un poco.

—¡Maldito sea! —murmuró—. ¿Qué quiere? No parecía querer nada más que un alma. Byring apartó los ojos y empezó a canturrear, pero se detuvo en un compás para mirar al muerto.

Su presencia le turbaba, aunque hubiese sido difícil tener un vecino más tranquilo. Además, le invadía una emoción vaga, indefinible, completamente nueva para él. No era temor. Era, más bien, el sentimiento de lo sobrenatural... Y en lo sobrenatural no creía para nada.

Debo haberlo heredado —se dijo—. Se necesitarán mil años, supongo, acaso diez mil, para que la humanidad consiga librarse de un sentimiento como este. ¿Dónde y cuándo pudo nacer? Probablemente, en eso que se llama la cuna de la raza humana: las llanuras del Asia Central. Nuestros bárbaros antepasados nos han legado en forma de superstición lo que fue para ellos una convicción razonable. Se creían justificados, sin duda, por hechos cuya naturaleza no podemos siquiera conjeturar y que les permitía ver en los cadáveres a seres malignos, dotados de una extraña y eficaz perversidad, tal vez con la voluntad y la intención de ejercerla. Era, quizá, una de las doctrinas esenciales de su atroz religión, asiduamente enseñada por sus sacerdotes, de igual modo que los nuestros predicán la inmoralidad del alma. A medida que los arios se desplazaron

hacia el oeste, a través del Cáucaso, y se esparcieron por Europa, nuevas formas de vida debieron dar por resultado nuevas religiones. La antigua creencia en la malignidad de los muertos ha desaparecido de su fe, pero ha dejado su herencia de espanto que nos ha sido transmitida de generación en generación... y que forma parte de nosotros mismos a igual título que nuestra sangre y nuestros huesos.

Llevado por sus pensamientos, fue olvidando la causa que los sugirió. De pronto, miró de nuevo el cadáver. Ahora la sombra lo había dejado casi al descubierto. Observó el perfil anguloso, el mentón en el aire, el rostro de una palidez espectral bajo el claro de luna.

Llevaba el uniforme gris de los confederados. La chaqueta y el chaleco, desabotonados estaban abiertos y caídos a. uno y otro lado, dejando ver la camisa blanca. El tórax parecía singularmente abombado; el abdomen, en cambio, se había hundido, proyectando una aguda saliente en la línea de las costillas inferiores. Los brazos estaban extendidos; la rodilla izquierda, en alto. La actitud toda le dio a Byring la impresión de haber sido estudiada para crear un efecto de horror.

—Bah! —exclamó—. Era un actor... Sabe cómo hay que estar muerto.

Apartó los ojos, los dirigió resueltamente hacia uno de los caminos que conducían a la primera línea, y prosiguió su meditación filosófica donde la había dejado.

Quizá nuestros antepasados del Asia Central no tenían la costumbre de enterrar a los huertos. En ese caso, es fácil comprender el temor que les inspiraban. Eran, en realidad, una amenaza y un flagelo. Causaban epidemias. A los niños, les enseñaban a evitar los lugares donde yacían los muertos; a huir, si por inadvertencia pasaban junto a un cadáver. Creo, en verdad, que haría mejor en alejarme de este individuo.

Se levantó para irse. Después recordó haberle dicho a sus hombres que aguardaban la hora del relevo —a los soldados apostados adelante y al oficial detrás— que fuera cuando fuese podían encontrarle en la encrucijada del camino. Si abandonaba su puesto, podían suponer que había tenido miedo del cadáver. No era un cobarde, y no quería ponerse en ridículo ante nadie.

Se sentó una vez más, y para probar su valentía miró audazmente al muerto. El brazo derecho —el más distante— se hallaba ahora en la sombra. Apenas podía distinguir la mano que, como antes observó, yacía junto al grupo de laureles. No había el menor cambio en su aspecto, y eso le dio cierta satisfacción, no hubiera podido decir por qué.

No apartó los ojos en seguida: lo que no queremos ver ejerce sobre nosotros un extraño poder de fascinación, a veces irresistible. Las personas ingeniosas se muestran injustas con la mujer que se cubre los ojos con las manos y mira entre los dedos.

Bruscamente, tuvo conciencia de un dolor en la mano derecha. Desvió los ojos de su enemigo para mirársela: apretaba con tanta fuerza la empuñadura del sable que le hacía daño. Observó también que estaba inclinado hacia adelante, los músculos tensos, replegados sobre sí, como un gladiador pronto a saltar al cuello de su adversario. Apretaba los dientes y respiraba con fuerza.

De inmediato volvió en sí, relajó los músculos, aspiró profundamente el aire, y entonces percibió todo el ridículo del incidente. Se echó a reír. ¡Cielos! ¿Qué ruido era ese? ¿Qué despreocupado demonio se abandonaba a un perverso júbilo haciendo mofa de la alegría humana? De un brinco se puso de pie y miró a su alrededor: no reconocía su propia risa.

Ya le era imposible disimular ante sí mismo la realidad atroz de su cobardía: ¡estaba terriblemente asustado! Hubiera querido alejarse de aquel sitio, pero sus piernas se doblaban, negándose a obedecerle; entonces volvió a sentarse en el tronco del árbol.

Temblaba violentamente. Tenía la cara empapada, el cuerpo bañado en un sudor helado. Ni siquiera podía gritar. Detrás, oía distintamente un paso furtivo, algún animal feroz, acaso, y no se atrevía a mirar por encima del hombro.

¿Es que los seres vivos sin alma habían unido sus fuerzas a las de aquel muerto sin alma? ¿Es que sería un animal? ¡Ah, si pudiera estar seguro de ello! Pero no había esfuerzo de la voluntad que le permitiese ahora separar sus ojos del rostro del muerto.

Lo repito: el teniente Byring era un hombre valeroso e inteligente. Pero ¿qué quieren ustedes? ¿Es que un hombre solo puede medirse con la monstruosa conjura de la noche y de la soledad y del silencio y de la muerte, mientras las innumerables huestes de sus propios antepasados le gritan al oído sus cobardes consejos, captan en su corazón lamentables cantos fúnebres y drenan todo el hierro de su sangre misma? Las condiciones son harto desiguales. El valor no es capaz de afrontar tan dura pelea.

Ahora le posee la convicción de que el cadáver se ha movido. Está más lejos de la mancha de luz donde yacía. No cabe la menor duda. Y también ha movido los brazos. Miren ustedes: ¡ahora ambos brazos están en las tinieblas! Una bocanada de aire frío golpea a Byring en la cara; por encima de su cabeza, las ramas de los árboles se agitan y gimen. Una sombra nítida pasa por el rostro del muerto, después lo deja expuesto a la luz, después vuelve hacia atrás y lo oculta a medias.

¡El horrible cadáver se mueve, se mueve indiscutiblemente!

En ese momento suena un disparo, ¡el más fuerte pero más distante que haya oído jamás ningún mortal! Y el disparo rompe el silencio y la soledad, dispersa las obstinadas huestes del Asia Central, hace renacer en su espíritu el valor del hombre moderno. ¡Con un grito semejante al de un gran pájaro que cae sobre su presa, Byring da un salto y avanza, ardoroso como nunca, dispuesto a combatir!

Ahora, en el frente, se oye disparo tras disparo. Se oyen gritos confusos, ruidos de cascos, vítores incoherentes. Detrás, en el campamento adormecido, se oye el canto de los clarines y el gruñido de los tambores. Hasta la encrucijada del viejo camino forestal, abriéndose paso a través de los árboles, volviéndose para tirar al azar mientras corren, llegan por ambos lados los piquetes de soldados federales en plena retirada. Unos cuantos rezagados que se habían replegado a lo largo de uno de los dos brazos del camino, de acuerdo con las instrucciones recibidas, se apartan de golpe y entran en la maleza, mientras cincuenta jinetes pasan junto a ellos blandiendo furiosamente los sables y haciendo un ruido atronador.

Con la cabeza hundida, esos locos jinetes galopan junto al lugar donde Byring se halla sentado, gritando y disparando sus pistolas. Momentos después se oye un crepitar de fusilería seguido de un fuego decreciente: las tropas de asalto acaban de enfrentarse con las de reserva, apostadas en la otra línea. Y vuelven en terrible desorden, con más de una silla vacía un caballo enloquecido, herido, por alguna bala, dando coces y relinchando de dolor. Todo ha terminado: «Una escaramuza de los puestos de avanzada».

A la mañana siguiente, muy temprano, un grupo de fajina, bajo las órdenes de un capitán y acompañado por el cirujano, busca a los muertos y heridos. En la encrucijada del camino, hacia un lado, encuentran dos cadáveres, uno junto al otro: el de un oficial del ejército federal y el de un soldado raso confederado. El oficial muerto yacía de bruces en un charco de sangre, con la espada todavía clavada en el pecho. Lo pusieron boca arriba y el cirujano le retiró el arma.

—¡Dios mío! —exclamó el capitán—. ¡Es Byring! Agregó, mirando al otro: —Ha sido una dura pelea. El cirujano examinaba la espada. Era la de un oficial de la infantería federal, exacta a la que usaba el capitán. En realidad, era la espada de Byring. La otra arma que descubrieron fue un revólver con las balas intactas, colgado del cinturón del muerto. El cirujano puso la espada en el suelo y se aproximó al segundo cadáver. Estaba atrozmente acuchillado, pero no había en él rastros de sangre. Tomándolo por el pie izquierdo, trató de estirar la pierna encogida. A los muertos no les gusta que los muevan, y éste lo demostró exhalando un leve olor nauseabundo. Ahora, donde había estado acostado, unas cuantas larvas ejercitaban su imbecil actividad...

El cirujano miró al capitán. El capitán miró al cirujano.

Uno de gemelos

Una carta encontrada entre los papeles del difunto Mortimer Barr

Me preguntas si en mi experiencia como miembro de una pareja de gemelos he observado alguna vez algo que resulte inexplicable por las leyes naturales a las que estamos acostumbrados. Tú mismo juzgarás; tal vez no todos estemos acostumbrados a las mismas leyes de la naturaleza. Puede que tú conozcas algo que yo no sé, y que lo que para mí resulta inexplicable sea muy claro para ti.

Conocías a mi hermano John, es decir, le conocías cuando sabías que yo no estaba presente; pues creo que ni tú ni ningún otro ser humano podía distinguarnos cuando decidíamos ser exactamente iguales. Nuestros padres tampoco; el nuestro es el único caso que he conocido de un parecido tan completo. Hablo de mi hermano John, aunque no estoy del todo seguro de que su nombre no fuera Henry y el mío John. Fuimos bautizados del modo normal, pero después, en el momento de tatuarnos unas pequeñas marcas para distinguimos, el individuo que lo hizo se despistó; y aunque yo tengo en el brazo una pequeña «H» y él llevaba una «J», eso no quiere decir que las letras no pudieran haber sido traspuestas. Durante la infancia nuestros padres intentaron distinguarnos por la ropa y otros detalles simples, pero solíamos cambiarnos las prendas con tanta frecuencia y burlábamos al enemigo de formas tan diversas que abandonaron todos esos intentos ineficaces, y durante los años que vivimos juntos en casa todo el mundo reconocía la dificultad de la situación y hacía lo que podía llamándonos a ambos «Jehnry». A veces me he asombrado de la paciencia de mi padre al no marcarnos de un modo visible sobre nuestras indignas cejas, pero como éramos buenos chicos y utilizábamos nuestra capacidad de desconcierto e irritación con una moderación digna del mayor encomio, conseguimos escapar al hierro. De hecho, mi padre era un hombre especialmente afable y creo que en el fondo disfrutaba con aquella broma de la naturaleza.

Después de llegar a California y establecernos en San José (donde la única fortuna que nos esperaba era conocer a un amigo tan agradable como tú), la familia, como ya sabes, se vio destrozada por la muerte de mis padres, acaecida en la misma semana. Mi padre murió insolvente y la propiedad familiar fue sacrificada para hacer frente al pago de las deudas. Mis hermanas tuvieron que volver a vivir con nuestros parientes del Este, pero John y yo, que por entonces teníamos veintidós años, conseguimos gracias a tu amabilidad un empleo en San Francisco, en distintos barrios de la ciudad. Las circunstancias no nos permitieron vivir juntos y nos veíamos de tarde en tarde, a veces no más de una vez por semana. Como teníamos pocos amigos en común, el hecho de nuestro extraordinario parecido era apenas conocido. Y ahora voy al tema de tu pregunta.

Un día, a la caída de la tarde, poco después de llegar a esta ciudad, iba por la calle Market cuando se me acercó un individuo de mediana edad, bien vestido, que me saludó cordialmente y me dijo: «Stevens, sé que no sales mucho, pero le he hablado de ti a mi mujer y le encantaría que vinieras a casa. También sé que mis hijas merecen ser conocidas. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros, *en famille*, mañana a las seis? Después, si las damas no consiguen divertirte, te prestaré mi apoyo ofreciéndote jugar unas partidas de billar».

Todo esto lo dije con una sonrisa tan simpática y de un modo tan atractivo que no tuve valor para rehusar; y aunque no había visto a aquel tipo en mi vida dije inmediatamente: «Es usted muy amable, señor, y me complace mucho aceptar su invitación. Por favor, presente mis respetos a Mrs. Margovan y dígame que allí estaré».

Tras un apretón de manos y unas amables palabras de despedida, el individuo continuó su camino. Era evidente que me había confundido con mi hermano. Ése era un error al que estaba acostumbrado y que no solía corregir a menos que el asunto fuera importante. Pero ¿cómo había descubierto yo que el nombre de aquel individuo era Margovan? Ciertamente no es el tipo de nombre que uno aplicaría a un individuo escogido al azar con la esperanza de acertar. De hecho, aquel nombre me resultaba tan extraño como el propio individuo.

A la mañana siguiente me dirigí rápidamente al lugar en que mi hermano trabajaba y me lo encontré cuando salía de la oficina con un montón de facturas para cobrar. Le conté cómo le había «comprometido» y añadí que si no tenía inconveniente en mantener la cita estaría encantado de seguir suplantándole.

—Sí que es raro —dijo pensativo—. Margovan es el único de la oficina que conozco bien y que me agrada. Cuando entró esta mañana, después de intercambiar los saludos habituales, un extraño impulso me animó a decirle: «Oh, perdone, Mr. Margovan, pero olvidé pedirle su dirección». Tengo la dirección, aunque hasta ahora no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con ella. Me parece bien que te ofrezcas a aceptar las consecuencias de tu atrevimiento pero, si no te importa, seré yo quien acuda a esa cena.

Asistió a varias cenas en el mismo lugar; a más de las que le convenían, he de añadir sin menospreciar su calidad, porque se enamoró de Miss Margovan, la pidió en matrimonio y su petición fue aceptada sin ninguna piedad.

Unas cuantas semanas después de haber sido informado del compromiso, aunque antes de que fuera oportuno que yo conociera a la joven y a su familia, me encontré un día en la calle Kearney a un individuo bien parecido, aunque de aspecto disoluto, al que me sentí impulsado a seguir y vigilar, cosa que hice sin el menor escrúpulo. Subió por la calle Geary y continuó por ella hasta llegar a la plaza de la Unión. Una vez allí, consultó su reloj y entró en la plaza. Comenzó a pasear de acá para allá, señal evidente de que esperaba a alguien. Entonces se le acercó una joven muy guapa, vestida a la moda, y los dos se dirigieron hacia la calle Stockton, y yo tras ellos. Sentí la necesidad de ser precavido en extremo porque, aunque la joven me resultaba desconocida, me dio la impresión de que podría reconocerme si me veía. Dieron varias vueltas yendo de una calle a otra y, finalmente, después de echar un rápido vistazo alrededor (que yo evité de milagro escondiéndome en un portal), entraron a una casa de la que prefiero no consignar su situación. Ésta era mejor que su aspecto.

Declaro solemnemente que mi actitud al espiar a aquellos dos extraños no tenía ningún motivo especial. Es algo de lo que podría avergonzarme o no, según yo estimara el carácter de la persona que lo descubriera. Pero como es una parte esencial de la narración surgida a raíz de tu pregunta, se

relata aquí sin vacilaciones ni vergüenzas.

Una semana más tarde John me llevó a la casa de su futuro suegro, y en Miss Margovan, como ya debes de haber supuesto, reconocí a la heroína de aquella aventura deshonrosa, lo cual me causó gran asombro. He de admitir en justicia que se trataba de la heroína verdaderamente bella de una aventura deshonrosa; pero el hecho era sólo importante por eso: su belleza fue tan sorprendente para mí que arrojó una sombra de duda sobre su semejanza con la joven que había visto. ¿Cómo pudo la maravillosa fascinación de su rostro haber dejado de sorprenderme en aquella ocasión? Pero no; no había posibilidad de error. La diferencia se debía sólo a la ropa, a la luz y al entorno general.

John y yo pasamos la tarde en la casa, aguantando las bromas que nuestro parecido suscitaba con ayuda de la fortaleza adquirida tras una larga experiencia. Cuando aquella joven dama y yo nos quedamos a solas unos minutos, la miré directamente a la cara y, con una seriedad repentina, le dije:

—Miss Margovan, usted también tiene un doble: lo vi el martes pasado en la plaza de la Unión.

Por un momento apuntó sus enormes ojos grises hacia mí, pero su mirada era menos firme que la mía y la retiró, dirigiéndola hacia la punta de su zapato.

—¿Se parecía mucho a mí? —preguntó con una indiferencia que me pareció un poco forzada.

—Tanto —dije— que sentí tal admiración por ella que fui incapaz de perderla de vista, y confieso que la seguí hasta que... Miss Margovan ¿me comprende usted, verdad?

Estaba pálida, aunque completamente tranquila. Entonces levantó la vista y me miró con unos ojos que no vacilaban.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó—. No tenga miedo en señalar sus condiciones. Las acepto.

Estaba claro, aun con el poco tiempo del que disponía para reflexionar, que utilizar métodos ordinarios con esta joven no servía, y que los requerimientos usuales resultaban inútiles.

—Miss Margovan —dije con una voz que denotaba la compasión que sentía en mi corazón—, es imposible no considerarle víctima de alguna horrible coacción. Más que imponerle nuevas turbaciones, preferiría ayudarle a recuperar su libertad.

Dijo que no moviendo la cabeza, con tristeza y desesperación, y yo continué muy agitado:

—Su belleza me acobarda. Me encuentro desarmado por su franqueza y su dolor. Si es usted libre de actuar en conciencia, creo que hará lo que considere mejor; si no, ¡que el cielo nos ayude! No tiene que temer de mí otra cosa que la oposición a este matrimonio, que puedo intentar justificar por... por otros motivos.

Éstas no fueron exactamente mis palabras, pero su sentido, con toda la precisión que mis emociones repentinas y conflictivas me permitían expresar, era ése. Me puse en pie y, sin volver a mirarla, me dirigí hacia la puerta donde me encontré con los demás, que entraban en la habitación. Con toda la calma de que fui capaz, dije:

–He estado dando las buenas noches a Miss Margovan; es más tarde de lo que creía.

John decidió venir conmigo. Ya en la calle me preguntó si había observado algo de particular en la actitud de Julia.

–Creo que se sentía mal –le dije–. Por eso me marché –añadí sin decir nada más.

La noche siguiente volví tarde al lugar en que me alojaba. Los acontecimientos del día anterior habían conseguido que me sintiera nervioso y enfermo; había intentado curarme procurando aclarar las ideas con un paseo al aire libre, pero sentía la opresión de un terrible presentimiento maligno, un presentimiento que era incapaz de formular. Hacía una noche fría y reinaba la niebla; yo tenía el pelo y la ropa húmedos y sentía escalofríos. Cuando me encontré en bata y zapatillas ante un fuego que ardía con viveza, me sentí todavía más incómodo. Ya no tenía escalofríos, sino que temblaba; y hay diferencia. El temor de una calamidad inminente era tan fuerte y desalentador que intenté desembarazarme de él convocando alguna tristeza real. Procuraba disipar la idea de un futuro terrible sustituyéndola por el recuerdo de un pasado doloroso. Rememoré la muerte de mis padres e intenté concentrar mi mente en las últimas escenas tristes junto a sus lechos y sus tumbas. Todo me parecía vago e irreal, como si le hubiera ocurrido a otra persona hacía muchos años. De repente, surgiendo en mi pensamiento y partiéndolo como se parte una cuerda tensa por el golpe del acero (no encuentro otra comparación), oí un grito agudo parecido al de alguien que estuviera en agonía mortal. La voz era de mi hermano y parecía proceder de la calle. Me acerqué rápidamente a la ventana y la abrí de golpe. La farola que había enfrente proyectaba una luz mortecina y horrible sobre la acera húmeda y en las fachadas de las casas. Un policía, con el cuello del uniforme levantado, se encontraba apoyado en un poste, fumando un cigarro. No se veía a nadie más. Después de cerrar la ventana y bajar la persiana, me senté frente al fuego e intenté concentrar la mente en lo que había a mi alrededor. Para ayudarme, como si fuera un acto familiar, consulté mi reloj; marcaba las once y media. Una vez más ¡volví a oír aquel grito terrible! Parecía haberse producido en la habitación, a mi lado. Me asusté y durante un rato fui incapaz de realizar un movimiento. Unos minutos después, aunque no recuerdo con precisión el tiempo transcurrido, me encontré corriendo a toda velocidad por una calle desconocida. No sabía dónde estaba, ni hacia dónde me dirigía, pero en ese momento subí de un salto los escalones de una casa. Había dos o tres carruajes, vi luces que se movían y oí un murmullo de voces apagadas. Era la casa de Mr. Margovan.

Ya sabes, buen amigo, lo que había ocurrido allí dentro. En una habitación yacía Julia Margovan, muerta hacía horas por envenenamiento; en otra John Stevens sangraba por una herida de bala en el pecho infligida por su propia mano. Entré precipitadamente en la habitación, aparté a los médicos y le puse la mano en la frente; John abrió los ojos, me miró sin expresión, volvió a cerrarlos lentamente y murió sin hacer el menor gesto.

No supe nada más hasta seis semanas más tarde, cuando fui devuelto a la vida en tu propia casa gracias a los cuidados de tu santa esposa. Todo esto ya lo conoces, pero lo que no sabes es lo que ahora contaré, y, sin embargo, no tiene nada que ver con el tema de tus investigaciones psicológicas; al menos con la parte de ellas para la que, con una consideración y delicadeza característica de ti,

has solicitado menos ayuda de la que creo que te he prestado.

Una noche de luna llena, varios años más tarde, pasé por la plaza de la Unión. Era tarde y la plaza estaba desierta. Naturalmente, al acercarme al lugar en que una vez había sido testigo de aquella cita fatídica, me vinieron a la mente recuerdos del pasado y, con esa perversidad inexplicable que nos incita a darle vueltas a pensamientos del carácter más doloroso, me senté en un banco para entregarme a ellos. Entonces apareció un hombre en la plaza y se dirigió hacia mí. Llevaba las manos cogidas por la espalda y la cabeza inclinada; parecía no observar nada. Cuando se acercó a la sombra en donde yo estaba sentado, reconocí en él al individuo que se había encontrado con Julia Margovan en aquel lugar años antes. Pero estaba muy cambiado: triste, agotado y ojeroso. La disipación y el vicio se asomaban en sus ojos; la enfermedad no era menos evidente. Iba muy desastrado, y el pelo le caía sobre la frente de un modo que resultaba a la vez misterioso y pintoresco. Tenía un aspecto que parecía más apropiado para el comedimiento que para la libertad; para el comedimiento de un hospital, claro.

Sin ningún propósito definido me puse en pie y me acerqué a él. Entonces levantó la cabeza y me miró a la cara. No tengo palabras para describir el horrible cambio que se apoderó de él; su mirada era de un horror indescriptible. Creyó encontrarse frente a frente con un fantasma. Pero era un hombre valiente. «¡Maldito John Stevens!», exclamó y, levantando su brazo tembloroso, descargó su débil puño sobre mi rostro y cayó de bruces sobre la grava mientras yo me alejaba.

Alguien le encontró allí, más muerto que una piedra. Nada más se sabe de él, ni siquiera su nombre. Aunque saber de un hombre que está muerto debería ser suficiente.

El valle encantado

I

Cómo talan los árboles en China

A media milla hacia el norte desde el bar de Jo. Dunfer, en el camino de Hutton a Mexican Hill, la carretera baja hacia un barranco al que no llega el sol, y que se despliega a derecha e izquierda de un modo semiconfidencial, como si tuviera un secreto que revelar en un período más conveniente. Nunca cabalgaba por allí sin mirar primero a un lado y luego al otro, para ver si había llegado el momento de la revelación. Si no veía nada, y nunca vi nada, no me decepcionaba, pues sabía que la manifestación sencillamente estaba siendo retenida un tiempo por alguna buena razón que yo no era quién para poner en entredicho. Que un día se me revelarían todas esas confidencias era algo de lo que no dudaba, no más que de la existencia del propio Jo. Dunfer, por cuyas tierras discurría el barranco.

Se decía que Jo. había intentado una vez levantar una cabaña en alguna remota parte de él, pero por alguna razón había abandonado la empresa y construido su actual establecimiento hermafrodita, mitad bar, mitad vivienda, junto al camino, en el extremo más alejado de su propiedad; lo más alejado posible, como si tuviera el propósito de mostrar cuán radicalmente había cambiado de idea.

Este Jo. Dunfer, o Whisky Jo., como era conocido familiarmente en los contornos, era un personaje muy importante por estos parajes. Aparentaba unos cuarenta años, y era un tipo alto, greñudo, de facciones contraídas, con un brazo torcido y una mano nudosa como un manojo de llaves de prisión. Era un individuo con mucho vello, que andaba encorvado, como alguien que está a punto de saltar sobre algo para destrozarlo.

Aparte de la peculiaridad a la que debía su apodo local, la característica más destacada de Mr. Dunfer era una antipatía, profundamente arraigada, hacia lo chino. Una vez le vi sufrir un ataque de rabia porque uno de sus vaqueros había permitido a un asiático rendido por el viaje saciar su sed en el abrevadero de los caballos que hay delante del establecimiento de Jo. Me atreví a reconvenirle con suavidad por su falta de espíritu cristiano, pero él se limitó a responder que el Nuevo Testamento no decía nada acerca de los chinos, y se marchó a pagar su enfado con el perro, a quien supongo que los inspirados escribas también habían olvidado.

Algunos días después le encontré sentado en el bar, solo, y saqué de nuevo el tema con precaución; observé, para gran alivio mío, que la austeridad habitual de su expresión se había transformado en algo que a mí me pareció condescendencia.

—Vosotros, los jóvenes del Este —dijo—, vivís muy alejados de estas tierras y no comprendéis nuestra actividad. La gente que no distingue a un Chileno de un Kanaka puede permitirse expresar ideas liberales sobre la inmigración china, pero el tipo que tiene que luchar por su sustento con un montón de mestizos «coolies» no tiene tiempo para perderlo en tonterías.

Este gran bebedor, que con toda probabilidad no había realizado un día de trabajo honrado en su vida, hizo saltar la tapa de una caja de tabaco china y sacó con el pulgar y el índice un pedazo que

parecía un almiar de heno. Sosteniendo el estimulante a cierta distancia, arremetió de nuevo con renovada confianza.

—Por si no lo sabías, son una plaga de langostas devastadoras que atacan todo lo verde que hay en esta bendita tierra de Dios.

En este punto se echó el taco a la boca, y cuando su mecanismo parlante estuvo de nuevo libre, reanudó su inspirado discurso.

—Hace cinco años tuve aquí a uno, en el rancho, y te voy a hablar de él para que comprendas lo esencial de este asunto. En aquella época las cosas no me iban muy bien; bebía más whisky del que tenía prescrito y no parecía preocuparme, como patriota, de mis obligaciones de ciudadano americano. Así que contraté a aquel pagano para que fuera algo así como el cocinero. Pero cuando me convertí en religioso practicante en Mexican Hill y me hablaron de presentarme como candidato a la Asamblea Legislativa, me di cuenta de mi error. Pero, ¿qué podía hacer? Si le despedía, algún otro le contrataría, y no iba a tratarle bien. ¿Qué podía hacer yo? ¿Qué haría cualquier buen cristiano, especialmente un neófito rebosante de ideas tales como la hermandad entre los hombres y la paternidad de Dios?

Jo. hizo una pausa antes de contestar, poniendo una expresión de frágil satisfacción, como la de alguien que ha resuelto un problema usando un método no muy digno de confianza. Entonces se levantó, bebió un vaso de whisky de una botella llena que había en el mostrador y prosiguió su relato.

Además no servía de mucho, no sabía nada y encima presumía. Todos lo hacen. Le dije que no, pero se puso testarudo y siguió en esa línea mientras duró; después de poner la otra mejilla setenta y siete veces truqué los dados para que no fuera eterno. Y me alegra haber tenido el valor de hacerlo.

La alegría de Jo., que por alguna razón no me impresionó, fue celebrada, debida y ostentosamente, con la botella.

—Hace unos cinco años empecé a levantar una choza. Eso fue antes de que se construyera ésta, y en otro lugar. Puse a Ah Wee y a un tipo pequeño a cortar la madera. Ni que decir tiene que no esperaba que Ah Wee ayudara mucho, porque tenía una cara como un día de junio y unos grandes ojos negros; creo que debían de ser los ojos más endemoniados de la región.

Mientras lanzaba este ataque mordaz contra el sentido común, Mr. Dunfer observaba con aire ausente un agujero en el delgado tablero que separaba el bar del cuarto de estar, como si se tratara de uno de los ojos cuyo tamaño y color habían dejado a su sirviente inútil para el servicio.

—Ahora vosotros, las torpes gentes del Este, no queréis creer nada que vaya en contra de los diablos amarillos —estalló de repente con un tono de seriedad no del todo convincente—, pero te aseguro que aquel chino era el canalla más infame que puedes encontrar fuera de San Francisco. Aquel miserable mogol con coleta empezó a horadar los árboles jóvenes alrededor del tronco, como

un gusano que royera un rábano. Le indiqué su error con toda la paciencia que pude y le enseñé cómo talarlos sólo por dos lados para que cayeran derechos; pero en cuanto le volvía la espalda, así —dijo volviéndome la espalda y reforzando su explicación con un nuevo trago de licor—, volvía a las andadas. Ocurría del siguiente modo: mientras le miraba, *así* —explicó mirándome de forma un tanto insegura y con problemas evidentes de visión—, todo estaba bien; pero cuando apartaba la vista, así—añadió echando un buen trago de la botella—, me desafiaba. Entonces le miraba con cara de reproche, *así*, y parecía que nunca hubiera roto un plato.

Sin duda Mr. Dunfer pretendía de un modo honrado que la mirada que me había dirigido era sencillamente reprobatoria, pero en realidad era de lo más adecuada para provocar seria aprensión en cualquier persona inerte que la recibiera; como además había perdido todo interés en su narrativa fútil e interminable, me dispuse a marcharme. Antes de que hubiera terminado de ponerme en pie, se volvió de nuevo hacia el mostrador, y con un casi inaudible «así», vació la botella de un trago.

¡Cielo santo! ¡Qué alarido! Fue como un Titán en su última agonía. Jo. retrocedió después de emitirlo, igual que hace un cañón tras el disparo, y se dejó caer en su silla, como si le hubieran «golpeado en la cabeza», igual que a una vaca, con los ojos desviados oblicuamente hacia la pared y mostrando una mirada de terror. Al dirigir la vista en esa dirección observé que el agujero de la pared se había convertido en un ojo humano, grande y negro, que se clavaba en los míos con una total ausencia de expresión, más desagradable que cualquier brillo diabólico. Creo que yo debía de tener la cara tapada con las manos para hacer que aquella horrible ilusión, si es que era eso, se desvaneciera, cuando el pequeño tipo blanco, el hombre para todo deajo., entró en la habitación y rompió el hechizo; entonces salí de la casa algo aturdido, pensando que el *delirium tremens* podría ser contagioso. Mi caballo estaba amarrado junto al abrevadero; lo desaté, subí a él y le di rienda suelta, pues me encontraba demasiado asustado para preocuparme de hacia dónde me llevaba.

No sabía qué pensar de todo esto y, como le ocurre a todo el que no sabe qué pensar, pensé mucho, y con pocos resultados. La única reflexión que parecía ser completamente satisfactoria era que al día siguiente me encontraría a varias millas de allí, y con muchas probabilidades de no volver nunca.

Un frío repentino me sacó de mis abstracciones y, al levantar la cabeza, me di cuenta de que estaba llegando a las oscuras sombras del barranco. El día era bochornoso, y este cambio, desde el calor despiadado y visible de los campos secos a la fresca oscuridad, llena de la austeridad de los cedros y del canto de los pájaros que habían sido conducidos a su frondoso asilo, resultaba exquisitamente refrescante. Busqué el misterio, como siempre, pero al no encontrar el barranco muy comunicativo, desmonté, llevé a mi sudoroso caballo hacia la espesura, lo até con firmeza a un árbol y me senté en una roca a meditar.

Comencé por analizar con valor mi superstición preferida sobre aquel lugar. Una vez que hube desglosado sus elementos integrantes, los dispuse en un número oportuno de tropas y escuadrones y, reuniendo todas las fuerzas de la lógica, avancé hacia ellos desde unas premisas inexpugnables,

acompañado de un estruendo de conclusiones irresistibles, de un gran ruido de carros y del clamor intelectual general. Entonces, cuando mis tremendos cañones mentales habían vencido toda oposición y su rugido reverberaba de un modo casi imperceptible en la lejanía del horizonte de la pura especulación, el derrotado enemigo se desplegó por la retaguardia, concentró sus fuerzas sigilosamente formando una falange compacta, y me capturó, con todos los bártulos. Me asaltó una sensación de terror indescriptible. Para deshacerme de ella, me puse en pie y empecé a abrirme paso por la estrecha vaguada, siguiendo una vieja cañada llena de hierba que discurría por el fondo, en sustitución del arroyo que la Naturaleza había olvidado proveer.

Los árboles entre los que se perdían los caminos eran normales, plantas de buen comportamiento, un poco perversas en el tronco y excéntricas en las ramas, pero sin nada de misterioso en su aspecto general. Unos cuantos peñascos se habían desprendido de las laderas del barranco para establecerse independientemente en el fondo, habían destrozado la cañada, aquí y allá, pero su pétreo reposo no tenía en absoluto la rigidez de la muerte. Había un silencio sepulcral en el valle, es cierto, y por encima de él se escuchaba un misterioso susurro: era el viento, que acariciaba las copas de los árboles; eso era todo.

No se me había ocurrido relacionar el relato del borracho Jo. Dunfer con lo que ahora buscaba; sólo cuando llegué a un espacio abierto y tropecé con los troncos a ras de suelo de algunos árboles pequeños, tuve la revelación. Era el emplazamiento de la cabaña abandonada. El descubrimiento quedó verificado al advertir que algunos de los podridos tocones estaban mellados alrededor, de un modo que nunca se le ocurriría a un leñador, mientras otros aparecían cortados limpiamente, y los extremos de los troncos correspondientes tenían esa forma de cuña roma producida por el hacha de un maestro.

El claro que había entre los árboles no abarcaba más de treinta pasos. A un lado había un pequeño otero, un montículo natural sin arbustos, aunque cubierto de plantas silvestres, sobre las que sobresalía ¡la lápida de una tumba!

No recuerdo haber sentido por aquel descubrimiento nada parecido a sorpresa. Observé aquella tumba solitaria con una sensación semejante a la que Colón debió de experimentar cuando vio las colinas y promontorios del Nuevo Mundo. Antes de acercarme a ella acabé de examinar con calma los alrededores. Incluso fui culpable de la presunción de dar cuerda al reloj en aquella hora tan insólita, sin tomar precauciones ni decisiones innecesarias. Después, me aproximé al misterio.

La tumba, bastante pequeña, se encontraba en mejor estado del que cabría esperar por su edad y aislamiento, y hubo un pequeño gesto de sorpresa en mis ojos cuando descubrieron un manojo de inconfundibles flores cultivadas que daban prueba de haber sido regadas recientemente. Sin lugar a dudas la lápida había servido alguna vez como escalón. Sobre ella aparecía grabada, o mejor dicho excavada, una inscripción que decía lo siguiente:

AH WEE - CHINO

Edad desconocida. Trabajó para Jo. Dunfer

Este monumento fue erigido por él
para mantener fresca la memoria del chino.

Asimismo como aviso a los Celestiales
para que no presuman.

¡Que el diablo se los lleve!

Ella era un buen tipo.

Soy incapaz de expresar mi asombro ante aquella extraña inscripción. La escasa, aunque suficiente, identificación del difunto, el candor atrevido de la confesión, el brutal anatema, el absurdo cambio de sexo y sentimiento: todo indicaba que este protocolo era obra de alguien que, como mínimo, debía de haber estado tan loco como afligido. Pensé que cualquier revelación posterior sería una miserable decepción, por lo que, con un respeto inconsciente por el efecto dramático, me di la vuelta completamente y me alejé de allí. No volví por aquella parte de la región en cuatro años.

II

Quien hace a los bueyes cuerdos debería él mismo estarlo

—¡Arre, viejo Fuddy—Duddy!^[1]

Esta orden singular salió de los labios de un extraño hombrecillo sentado en lo alto de un carro lleno de leña, tirado por una yunta de bueyes, que hacían avanzar lentamente simulando un poderoso esfuerzo que evidentemente no engañaba a su amo y señor. Como en aquel momento daba la casualidad de que aquel individuo me estaba mirando a mí, que me encontraba junto a la carretera, directamente a la cara, no quedaba del todo claro si era a mí a quien se dirigía o a sus bestias; tampoco podría decir si se llamaban Fuddy y Duddy, y eran las dos sujeto del imperativo «arre». De cualquier modo, la orden no tuvo ningún efecto sobre nosotros y el extraño hombrecillo apartó sus ojos de los míos mucho antes de golpear alternativamente a Fuddy y a Duddy con una vara larga, mientras juraba en voz baja pero con decisión: «¡Maldita sea vuestra piel!», como si disfrutaran de aquel tegumento en común. Al comprobar que la petición de que me llevara no había atraído su atención lo más mínimo y sintiendo que me iba quedando cada vez más rezagado, coloqué un pie sobre la circunferencia interior de una rueda trasera que, al girar, me elevó lentamente hasta la altura del centro, desde donde abordé la empresa, *sans cérémonie*, de arrastrarme hasta sentarme al lado del cochero, que no me prestó atención hasta que hubo administrado otro castigo indiscriminado a su ganado, acompañado del consejo de «¡esforzaos, malditos incapaces!» Después, el amo del carromato (o mejor dicho, el amo anterior, porque no pude evitar un sentimiento caprichoso de que todo aquel tinglado era mi legítimo premio) apuntó sus grandes ojos negros hacia mí y, mostrando una expresión extraña y en cierto modo desagradable, familiar, dejó a un lado la vara (que ni floreció ni se convirtió en serpiente, como yo casi había esperado), se cruzó de brazos y preguntó solemnemente:

—¿Qué hizo con el viejo Whisky?

Mi respuesta natural habría sido que me lo había bebido, pero había algo en la pregunta que me sugirió un significado oculto, y algo en el hombre que no invitaba a hacer un chiste fácil. Por eso, al no tener ninguna otra respuesta preparada, simplemente contuve la lengua, aunque sentí como si se me estuviera acusando de algo y mi silencio se interpretara como una confesión.

En ese momento una sombra fría me cubrió la mejilla, lo queme obligó a levantar la vista. ¡Estábamos entrando en el barranco! No sé cómo expresar la sensación que me produjo: no había estado allí desde que me abrió su pecho cuatro años antes, y ahora me sentía como alguien a quien un amigo afligido ha confesado un delito acaecido hace tiempo, y al que, por consiguiente, se ha abandonado vilmente. Los viejos recuerdos de Jo. Dunfer, su revelación incompleta y la insuficiente nota aclaratoria en la lápida, volvieron sobre mí con una claridad meridiana. Me pregunté qué habría sido de Jo. Me di la vuelta rápidamente y pregunté a mi prisionero. Estaba vigilando sus bueyes con atención y, sin apartar la vista de ellos, contestó:

—¡Arre, vieja tortuga! Yace al lado de Ah Wee, ahí adelante, en el barranco. ¿Quieres verlo? Siempre vuelven al lugar; te estaba esperando. ¡Sooo!

Al oír la larga vocal, Fuddy-Duddy, la tortuga inútil, se detuvieron, y antes de que el sonido se perdiera por el barranco habían doblado sus ocho patas y yacían en el camino polvoriento, sin tener en cuenta las consecuencias sobre su maldita piel. El extraño hombrecillo se deslizó del asiento al suelo y echó a andar por el barranco sin dignarse a volver la cabeza para ver si yo le seguía. Y así era.

Era más o menos la misma estación del año, y casi la misma hora del día, que cuando lo visité por última vez. Los arrendajos vociferaban con fuerza y los árboles susurraban misteriosamente, como la otra vez. Por alguna razón, en los dos sonidos observé una fantástica analogía con la abierta jactancia de la verborrea de Mr.

Jo. Dunfer y la secreta reticencia de sus modales, y con la indistinta severidad y ternura de su única producción literaria: el epitafio. Todo parecía seguir igual en el valle, salvo la cañada, que estaba prácticamente cubierta de maleza. Sin embargo, cuando llegamos al «claro» la alteración era mayor. Entre los tocones y troncos de los pequeños árboles caídos, aquellos que habían sido cortados «al estilo chino» no se distinguían ya de los que lo habían sido «al modo Mejicano». Era como si el barbarismo del Viejo Mundo y la civilización del Nuevo hubieran reconciliado sus diferencias por medio del arbitrio de un deterioro imparcial, como ocurre entre los pueblos civilizados. El otero seguía allí, pero los peñascos tudescos habían invadido y casi arrasado las lacias hierbas. Y la patricia violeta de jardín había capitulado ante su hermano plebeyo (tal vez había retornado a su forma original.) Otra tumba, un túmulo grande y vigoroso, había sido construida junto a la primera, que parecía encogerse ante la comparación. A la sombra de una nueva lápida, la vieja yacía postrada, con su maravillosa inscripción ilegible por la acumulación de hojas y tierra. En cuanto al mérito literario, la nueva era inferior a la antigua, resultando incluso repulsiva por su humor lacónico y salvaje: JO. DUNFER. ELIMINADO

Me aparté de ella con indiferencia y, retirando las hojas que cubrían la lápida del pagano difunto, devolví a la luz las palabras burlonas que, frescas aún después de su largo olvido, daban la impresión de tener un cierto patetismo. Mi guía también pareció adoptar una seriedad añadida al leerla y creí detectar bajo su actitud caprichosa algo de honorabilidad, casi de dignidad. Pero mientras le observaba, su aspecto anterior, tan sutilmente inhumano, tan atormentadamente familiar, volvió a surgir de aquellos enormes ojos, repugnantes y a la vez atractivos. Decidí poner fin a aquel misterio, si es que era posible.

—Amigo —dije señalando la tumba más pequeña—, ¿asesinó Jo. Dunfer a ese chino?

Estaba apoyado contra un árbol, con la vista en la copa de otro o en el cielo azul que había más allá. No apartó la vista, ni varió su postura, mientras decía lentamente:

—No, señor. Cometió un homicidio justificado.

—Entonces, realmente le mató.

—¿Matarle? Debería decir que sí, claro. ¿No lo sabe ya todo el mundo? ¿No se presentó al juez y lo confesó? ¿Y no hubo un veredicto de «encontró la muerte» por un saludable sentimiento cristiano que actuaba en el corazón caucasiano? ¿Y no rechazó la iglesia de Mexican Hill a Whisky por eso? ¿No le eligió el pueblo soberano Juez de Paz para que ajustara las cuentas con los evangelistas? No sé dónde se ha criado usted.

—Pero, ¿hizo Jo. eso porque el chino no quería, o no quiso, aprender a talar árboles como lo hacen los blancos?

—¡Claro! Así consta en el protocolo, lo que lo convierte en verdadero y legal. Que yo conozca mejor los hechos no supone ninguna diferencia respecto a la verdad legal; no fue mi funeral y nadie me invitó a pronunciar una oración. Pero el hecho es que Whisky tenía celos de *mí* —añadió aquel tunante, henchido de orgullo como un pavo real, mientras pretendía ajustarse un imaginario lazo de corbata, añadiendo el efecto producido por la palma de su mano, colocada delante de él como si fuera un espejo.

—¡Celos de *usted!* —repetí con una asombrosa mala educación.

—Eso he dicho. ¿Por qué no? ¿No tengo yo buen aspecto? —Adoptó una actitud burlona con estudiada gracia y se estiró el raído chaleco para quitarle las arrugas. Después, haciendo que el tono de su voz decreciera hasta un nivel muy bajo, de una dulzura excepcional, prosiguió—: Whisky pensaba mucho en aquel chino; nadie más que yo sabía cómo le mimaba. No podía soportar dejar de verle, ¡el maldito protoplasma! Y cuando un día vino a este claro y nos encontró a él y a mí descuidando el trabajo (a él dormido y a mí quitándole una tarántula de la manga) Whisky agarró mi hacha y nos sacudió, bien y fuerte. Yo conseguí esquivar el golpe, porque la araña me picó, pero a Ah Wee le dio de lleno en un costado y empezó a revolverse. Whisky iba a asestarme un hachazo cuando vio la araña agarrada a mi dedo. Entonces se dio cuenta de que había hecho una barbaridad. Tiró el hacha y se arrodilló junto a Ah Wee quien, dando un pequeño puntapié y abriendo los ojos (que eran igual que los míos), estiró los brazos, agarró la desagradable cabeza de Whisky y la mantuvo así mientras estuvo allí. Lo que no duró mucho, porque un temblor le recorrió el cuerpo y, tras emitir un quejido, la espichó.

Durante el desarrollo de la historia, el narrador se había ido transfigurando. El elemento cómico, o mejor dicho, sardónico, había desaparecido, y mientras relataba aquella extraña escena me fue difícil mantener la compostura. Este actor consumado me había manejado de tal modo que la compasión debida a sus *dramatis personae* le fue otorgada a él. Avancé para agarrarle la mano, pero de repente una amplia sonrisa apareció en su rostro.

Con una risa ligeramente burlona, continuó:

—Cuando Whisky consiguió sacar el gahnate de allí, verle era todo un acontecimiento. Sus elegantes ropas (vestía de un modo deslumbrante por entonces) estaban completamente destrozadas. Tenía el pelo revuelto y la cara (lo que pude ver de ella) estaba más blanca que la flor de lis. Me lanzó una larga mirada y apartó la vista hacia otro lado, como si yo no contara; y entonces sentí unos

agudos pinchazos que me subían desde el dedo hasta la cabeza, y Gopher se vio rodeado de oscuridad. Por eso no estuve presente en la investigación.

–Pero, ¿por qué contuvo la lengua después?

–Mi lengua es así –replicó, sin decir una palabra más sobre ello.

–Después de aquello –continuó aquel individuo Whisky se dio cada vez más a la bebida y llegó a convertirse en un fanático «anti-coolie», aunque no creo que se alegrara especialmente de haberse deshecho de Ah Wee. Nunca se dio tanta importancia por ello cuando estábamos solos como la vez en que consiguió un oído tan atento, de una maldita «Extravaganza Espectacular», como el suyo. Levantó la lápida y excavó con la gubia, de acuerdo con su carácter mutable, esta inscripción. Tardó tres semanas, trabajando cuando no estaba borracho. Yo grabé la suya en un día.

Entonces pregunté con descuido:

–¿Cuándo murió Jo?

La respuesta me dejó sin respiración:

–Poco después de que yo le viera a través del agujero del tablón, cuando usted le puso algo en el whisky, ¡maldito Borgia!

Una vez repuesto de mi sorpresa por tan asombrosa acusación, estaba casi dispuesto a estrangular a aquel difamador audaz, pero la repentina convicción que me asaltó a la luz de aquella revelación, me reprimió. Le miré seriamente y le pregunté, con la mayor tranquilidad que pude:

–¿Y cuándo se volvió usted loco?

–¡Hace nueve años! –exclamó, extendiendo sus puños cerrados–. Hace nueve años, ¡cuando aquel salvaje mató a la mujer que le amaba a él, y no a mí! A mí, que le había seguido desde San Francisco, ¡donde el viejo Whisky la había ganado en una partida de póquer! A mí, que me había preocupado por ella durante años, ¡cuando el canalla al que pertenecía se avergonzaba de reconocerla y tratarla bien! A mí, que por el bien de ella mantuve oculto su terco secreto ¡hasta que le devoró! A mí, que cuando usted envenenó a la bestia ¡cumplí su último deseo de yacer al lado de ella y colocar una lápida junto a su cabeza! Y desde entonces nunca he vuelto a visitar la tumba de Ah Wee, porque no quiero encontrarme con él aquí.

–¿Encontrarse con él? Pero, Gopher, mi pobre amigo, ¡él está muerto!

–Por eso le tengo miedo.

Seguí a aquel desgraciado hasta la carreta y estreché su mano para despedirme. La noche empezaba a caer y, mientras me encontraba allí, junto al camino, observando los vagos contornos del carro que se alejaba en aquella creciente oscuridad, me llegó un sonido a través del viento vespertino, un sonido semejante al de una serie de golpes vigorosos, y una oz salió de la noche:

–Arre, maldito viejo Geranio.^[4]

La jarra de sirope

Este relato comienza con la muerte de su protagonista. Silas Deemer falleció el dieciséis de julio de 1863 y, dos días después, sus restos recibieron sepultura. Su entierro, según el periódico local, fue «muy concurrido», pues todos los hombres, mujeres y hasta los más jóvenes de su pueblo le habían conocido personalmente. De acuerdo con una costumbre de la época, el féretro fue abierto junto a la tumba para que los amigos y vecinos asistentes desfilaran ante él y pudieran contemplar, por última vez, el rostro del finado. Después, a la vista de todos, Silas Deemer fue inhumado. Se puede afirmar que, aunque no todos los presentes estuvieran muy atentos, el sepelio no pasó inadvertido y cumplió las formalidades exigidas: Silas estaba indudablemente muerto y nadie podría mencionar un solo fallo en la ceremonia que hubiera justificado su regreso desde la tumba. Sin embargo, y a pesar de que el testimonio humano tiene siempre una gran validez en cualquier situación (incluso una vez consiguió acabar con la brujería en Salem), Silas regresó.

Olvidé señalar que estos hechos tuvieron lugar en el pueblecito de Hillbrook, donde Silas había vivido durante treinta y un años. Su profesión fue la que en algunas partes de la Unión (país libre reconocido) se conoce como *tendero*; es decir, tenía un comercio en el que vendía las mercancías propias de este tipo de negocios. Nadie puso nunca su honradez, al menos por lo que sabemos, en tela de juicio, pues todo el mundo le tenía en gran estima. Los más exigentes hubieran podido reprocharle un celo riguroso en su actividad. No lo hicieron, aunque a otros que mostraban menos interés en su trabajo se les juzgaba con más severidad. El negocio de Silas era, en su mayor parte, de su propiedad, y eso, probablemente, pueda haber supuesto una diferencia.

En el momento de su fallecimiento nadie recordaba un solo día, exceptuando domingos, que no hubiera pasado en la tienda desde su apertura, veinticinco años antes. Su salud había sido siempre estupenda y nunca había sentido una tentación suficientemente fuerte como para abandonar el mostrador. Se cuenta que una vez se le citó como testigo en un importante caso y no se presentó. El abogado que tuvo la osadía de pedir que se le amonestara fue informado solemnemente de que la sala consideraba dicha petición «con extrañeza». Como a los abogados no les gusta provocar la sorpresa judicial, la moción fue rápidamente retirada y se llegó a un acuerdo entre las partes sobre lo que el señor Deemer habría dicho si hubiera estado presente (acuerdo que fue aprovechado hasta el límite por la acusación para que el supuesto testimonio dañara claramente los intereses de la defensa). En resumen, toda la región coincidía en que Silas Deemer representaba la única verdad inamovible en Hillbrook y en que su desplazamiento podría traer consigo una desgracia pública o una calamidad fatal.

La señora Deemer y sus dos hijas mayores ocupaban el piso superior de la tienda, pero a Silas nunca se le había ocurrido dormir en otro lugar que no fuera su catre tras el mostrador. Y fue precisamente allí donde una noche le encontraron, casi por accidente, agonizando, y donde expiró sin tiempo apenas para echar el cierre. Aunque no hablaba, parecía consciente, y los que mejor le conocieron creen que, si su final se hubiera retrasado más allá de la hora normal de apertura, las consecuencias que tal situación hubiera producido sobre él habrían sido lamentables.

Tal era el carácter de Silas Deemer y tal la precisión e invariabilidad de su vida y costumbres que el humorista del pueblo (que hasta había estado una vez en la Universidad) propuso otorgarle el sobrenombre de *Viejo Ibidem*, y señaló sin ningún ánimo de ofender, en la edición del periódico local posterior a su muerte, que Silas se había tomado «un día libre». En realidad fue más de un día, aunque si nos remitimos a las pruebas, parece que el señor Deemer dejó bien claro, en sólo un mes, que no disponía de tiempo para estar muerto.

Uno de los ciudadanos más respetables de Hillbrook era Alvan Creede, el banquero. Residía en la casa más elegante de la localidad, disponía de carruaje y era considerado digno de aprecio por muchas razones. Como solía ir a Boston con frecuencia, conocía las ventajas que proporciona viajar. Se decía incluso que una vez había estado en Nueva York, pero rechazaba con modestia tan admirable distinción. El asunto se menciona aquí con el único propósito de subrayar la valía del señor Creede ya que, en cualquier caso, honra a su inteligencia, si es que había entrado en contacto, aunque fuera temporalmente, con la cultura metropolitana; y a su franqueza, en caso contrario.

Una agradable noche de verano, sobre las diez, el señor Creede, después de cruzar la verja de su jardín y recorrer bajo la luz de la luna el paseo de gravilla, subió los escalones de piedra de su elegante mansión. Se detuvo un instante y metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta se encontró con su esposa, que se dirigía a la biblioteca. Ella le saludó amablemente y sostuvo la puerta para que entrara. Pero Alvan Creede se volvió y, mirando hacia sus pies, exclamó con sorpresa:

—Pero, ¿qué diablos ha sido de la jarra?

—¿Qué jarra, Alvan? —preguntó su mujer, que no le entendía.

—Una jarra de sirope de arce que traía de la tienda y dejé ahí para abrir la puerta. ¿Dónde diablos... ?

—Alto, alto, Alvan. Deja de hablar así —dijo la señora, interrumpiéndole.

Hay que señalar que Hillbrook no es el único lugar de la cristiandad en que un politeísmo rudimentario prohíbe tomar el nombre del diablo en vano.

La jarra que, gracias a un relajado estilo de vida provinciano, el más ilustre vecino había traído desde la tienda, había desaparecido.

—¿Estás seguro, Alvan?

—Pero, querida, ¿crees que un hombre no sabe cuándo lleva una jarra en las manos? Compré el sirope en la tienda de Deemer. Él mismo la llenó, me la dio y...

La frase permanece hasta hoy inconclusa. El señor Creede entró en la casa tambaleándose, cruzó el recibidor y se dejó caer sobre un sillón. Le temblaban las extremidades. De pronto se había dado cuenta de que Silas Deemer llevaba tres semanas muerto.

La señora Creede, en pie junto a su esposo, le observaba con sorpresa y preocupación.

—Por el amor de Dios —dijo—, ¿qué te pasa, Alvan?

Como sus males no tenían una relación aparente con un pase a mejor vida, el señor Creede no consideró necesario dar una explicación y permaneció en silencio, con la mirada perdida. Hubo un largo silencio, roto únicamente por el rítmico tictac del reloj que, más lento que de costumbre, parecía concederle cortésmente algo de tiempo para recuperar la cordura.

—Jane, me he vuelto loco, eso es lo que ocurre —farfulló con voz apagada—. Me lo podrías haber dicho antes de que los síntomas llegaran a tal extremo que yo mismo los descubriera. Imaginé que pasaba por delante del comercio de Deemer; estaba abierto y había luz dentro, al menos así me lo pareció. Ya, ya sé que lleva tiempo cerrado. Pero Silas estaba de pie detrás del mostrador. Le vi con la misma claridad que te estoy viendo a ti. Recordé que necesitabas un poco de sirope de arce, así que entré y lo compré. Eso fue todo. Compré dos cuartos a Silas Deemer que, desde luego, está bien muerto y enterrado; pero, a pesar de ello, echó el sirope del tonel a la jarra y me la dio. Incluso me dirigió la palabra; con un tono más grave, eso sí, más grave del que era su tono habitual... pero no me acuerdo de lo que me dijo. ¡Dios santo!, le vi. Le vi y hablé con él... ¡Y está muerto! Bueno, todo esto lo imaginé, porque estoy loco, mas loco que una cabra. Y tú sin decirme nada.

Este monólogo dio tiempo a la señora Creede para recuperarse.

—Alean —dijo—, tú nunca has dado muestras de locura, créeme. Sin duda todo ha sido una ilusión. No puede ser otra cosa, ¡sería horrible! Pero no estás loco; lo que pasa es que trabajas demasiado. No deberías haber asistido esta tarde al consejo de administración. No sé cómo no se dieron cuenta de que estabas enfermo. Sabía que algo iba a ocurrir.

El señor Creede seguramente pensó que el presentimiento de su mujer llegaba demasiado tarde. Pero no dijo nada porque estaba preocupado por su situación. Había conseguido tranquilizarse y ahora empezaba a pensar con coherencia.

—Sin duda el fenómeno fue subjetivo —explicó, con ridículos términos de argot científico—, pues, aunque la aparición de un espíritu e incluso su materialización son posibles, la visión y tangibilidad de una jarra de medio galón, hecha de tosca y ruda cerámica, salida de la nada, es difícilmente concebible.

Cuando estaba acabando de hablar, su hija pequeña, en camión, entró correteando en la habitación. Se echó sobre su padre y, rodeándole el cuello, dijo:

—Papi malo, olvidaste entrar a darme un beso. Te oímos abrir la puerta y nos levantamos. —Y añadió—: Papi, Eddy dice que si se puede quedar con la jarrita cuando esté vacía.

Mientras el significado completo de aquella revelación llegaba al cerebro de Alvan Creede, éste se estremeció palpablemente. Era evidente que la niña no podía haber entendido una sola palabra de la conversación anterior.

Como las propiedades de Silas Deemer estaban en manos de un administrador que consideraba que lo mejor era deshacerse del negocio, la tienda había sido cerrada a la muerte de su propietario, y los artículos vendidos a otro comerciante que se los había llevado en bloque. También estaban vacías

las habitaciones superiores, pues la viuda y sus hijas se habían marchado a otra ciudad.

La tarde siguiente a la aventura de Alvan Creede (que de algún modo ya era de dominio público) una multitud de hombres, mujeres y niños llenaba la acera frente a la tienda. Aunque muchos se mostraban incrédulos, todos los habitantes de Hillbrook sabían que el espíritu de Silas Deemer rondaba por el lugar. Los más agresivos y, en general, los más jóvenes lanzaban piedras contra la fachada, poniendo especial cuidado en no dar a las ventanas que aún tenían las persianas subidas: la incredulidad todavía no llegaba a maldad. Unas pocas almas audaces cruzaron la calle y golpearon en la puerta. Tras encender unas cerillas, las acercaron al escaparate con el fin de poder ver algo en el oscuro interior. Otros espectadores hacían alarde de su ingenio desafiando al fantasma con gritos y chillidos a una carrera.

Pasado un rato sin que ocurriera nada, y cuando algunos comenzaban a marcharse, los que quedaban advirtieron que el interior de la tienda estaba bañado por una luz amarillenta y difusa. En ese instante todas las manifestaciones cesaron. Los intrépidos que se habían acercado a la puerta y a las ventanas retrocedieron hasta la acera y se mezclaron con el gentío; los jóvenes dejaron de tirar piedras. Ahora nadie levantaba la voz sino que, con nerviosos susurros, señalaban hacia aquella claridad que iba en aumento. Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde el primer resplandor, pero al final la luz fue suficiente para iluminar todo el interior de la tienda. Y en ella, de pie tras el mostrador, junto a su mesa, se pudo ver claramente a Silas Deemer.

El efecto sobre la multitud fue increíble. La gente comenzó a dispersarse con rapidez por ambos flancos, y los más asustadizos abandonaron definitivamente el lugar. Muchos corrían con todas las fuerzas que les daban sus piernas; otros, con mayor dignidad, se marchaban despacio y volvían de vez en cuando la cabeza para echar un último vistazo por encima del hombro. Al final sólo quedaron unos veinte, casi todos hombres, que permanecían en silencio, absortos, y mostraban un aspecto nervioso. El fantasma no les prestó la más mínima atención: al parecer estaba ocupado con su libro de cuentas.

Al cabo de unos instantes, tres hombres salieron del grupo que había en la acera y, llevados por un mismo impulso, cruzaron la calle. Cuando uno de ellos, el más robusto, estaba a punto de derribar la puerta con el hombro, ésta, al parecer sin mediación humana, se abrió y los audaces investigadores entraron. Apenas cruzaron el umbral, según pudieron observar los timoratos observadores exteriores, comenzaron a actuar de un modo inexplicable: tendían sus manos en busca de ayuda, seguían trayectorias tortuosas, chocaban entre ellos, con el mostrador, con las cajas y toneles... Iban de un lado para otro en busca de una salida, pero parecían incapaces de volver sobre sus pasos. A pesar de sus gritos y maldiciones, el fantasma de Silas Deemer seguía sin mostrar el menor interés en lo que ocurría.

Guiados por no se sabe qué impulsos, los de fuera hicieron una simultánea y tumultuosa acometida hacia la puerta. Como todos querían ser los primeros, la entrada quedó bloqueada, por lo que finalmente decidieron ponerse en fila y avanzar de uno en uno. Por algún extraño arte espiritual o físico la observación se transformó en acción: los espectadores comenzaron a tomar parte en el

espectáculo y el público ocupó el escenario.

Alvan Creede, único espectador que quedaba al otro lado de la calle, pudo ver claramente lo que ocurría en el interior de la tienda, que aparecía inundado de luz y cada vez con más gente. Para los de dentro, por el contrario, la oscuridad era total: era como si los que cruzaban el umbral quedaran ciegos y enloquecieran por tal desgracia. Andaban a tientas e intentaban salir contra la corriente, a empujones y codazos, por lo que se caían y pisoteaban una y otra vez. Se agarraban de la ropa, del pelo, de la barba; luchaban como fieras y gritaban y se insultaban furiosamente. Cuando el señor Creede vio a la última persona penetrar en aquel espantoso tumulto, la luz que antes todo lo iluminaba se convirtió en una oscuridad tan palpable para él como para los del interior. Alvan Creede dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

A la mañana siguiente, una multitud de curiosos se reunió en torno a la tienda. Entre ellos se encontraban los que habían huido la noche anterior, envalentonados ahora por la luz del sol, y los que iban a sus labores cotidianas. La puerta del inmueble seguía abierta, pero el lugar estaba vacío. Por todo el suelo, sobre las paredes y muebles, se veían jirones de ropa y mechones de pelo. Los virulentos habitantes de Hillbrook habían conseguido, no se sabe cómo, salir de allí y habían vuelto a casa a curar sus heridas; seguro que habían pasado una mala noche. Tras el mostrador, sobre la mesa polvorienta, estaba el libro de cuentas. Las anotaciones, con letra de Deemer, acababan el dieciséis de julio, fecha de su muerte: no quedaba constancia de una posterior venta a Alvan Creede.

Y ésta es toda la historia. Las pasiones de la gente se calmaron y la razón volvió a prevalecer. Todo Hillbrook coincidía en que, teniendo en cuenta el carácter respetable e inofensivo de su primera transacción comercial bajo las nuevas condiciones, se podía permitir que Silas Deemer, después de muerto, continuara con su negocio en el viejo local, pero sin atropellos. El cronista de la localidad, de cuya obra inédita se ha extraído el relato de los hechos, tuvo la precaución de mostrarse de acuerdo con esa idea.

La alucinación de Staley Fleming

De los dos hombres que estaban hablando, uno era médico.

–Le pedí que viniera, doctor, aunque no creo que pueda hacer nada. Quizás pueda recomendarme un especialista en psicopatía, porque creo que estoy un poco loco.

–Pues parece usted perfectamente –contestó el médico.

–Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones. Todas las noches me despierto y veo en la habitación, mirándome fijamente, un enorme perro negro de Terranova con una pata delantera de color blanco.

–Dice usted que despierta; ¿pero está seguro de eso? A veces, las alucinaciones tan sólo son sueños.

–Oh, despierto, de eso estoy seguro. A veces me quedo acostado mucho tiempo mirando al perro tan fijamente como él a mí... siempre dejo la luz encendida. Cuando no puedo soportarlo más, me siento en la cama: ¡y no hay nada en la habitación!

–Mmmm... ¿qué expresión tiene el animal?

–A mí me parece siniestra. Evidentemente sé que, salvo en el arte, el rostro de un animal en reposo tiene siempre la misma expresión. Pero este animal no es real. Los perros de Terranova tienen un aspecto muy amable, como usted sabrá; ¿qué le pasará a éste?

–Realmente mi diagnosis no tendría valor alguno: no voy a tratar al perro.

El médico se rió de su propia broma, pero sin dejar de observar al paciente con el rabillo del ojo. Después, dijo:

–Fleming, la descripción que me ha dado del animal concuerda con la del perro del fallecido Atwell Barton.

Fleming se incorporó a medias en su asiento, pero volvió a sentarse e hizo un visible intento de mostrarse indiferente.

–Me acuerdo de Barton –dijo–. Creo que era... se informó que... ¿no hubo algo sospechoso en su muerte?

Mirando ahora directamente a los ojos de su paciente, el médico respondió:

–Hace tres años, el cuerpo de su viejo enemigo, Atwell Barton, se encontró en el bosque, cerca de su casa y también de la de usted. Había muerto acuchillado. No hubo detenciones porque no se encontró ninguna pista. Algunos teníamos nuestra «teoría». Yo tenía la mía. ¿Pensó usted algo?

–¿Yo? Por su alma bendita, ¿qué podía saber yo al respecto? Recordará que marché a Europa casi inmediatamente después, y volví mucho más tarde. No puede pensar que en las escasas semanas que han transcurrido desde mi regreso pudiera construir una «teoría». En realidad, ni siquiera había pensado en el asunto. ¿Pero qué pasa con su perro?

–Fue el primero en encontrar el cuerpo. Murió de hambre sobre su tumba.

Desconocemos la ley inexorable que subyace bajo las coincidencias. Staley Fleming no, o quizás no se habría puesto en pie de un salto cuando el viento de la noche trajo por la ventana abierta el aullido prolongado y lastimero de un perro distante. Recorrió varias veces la habitación bajo la mirada fija del médico, hasta que, parándose abruptamente delante de él, casi le gritó:

–¿Qué tiene que ver todo esto con mi problema, doctor Halderman? Se ha olvidado del motivo de que le hiciera venir.

El médico se levantó, puso una mano sobre el brazo del paciente y le dijo con amabilidad:

–Perdóneme. Así, de improviso, no puedo diagnosticar su trastorno... quizás mañana. Hágame el favor de acostarse dejando la puerta sin cerrar; yo pasaré la noche aquí, con sus libros. ¿Podrá llamarme sin levantarse de la cama?

–Sí, hay un timbre eléctrico.

–Perfectamente. Si algo le inquieta, pulse el botón, pero sin erguirse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el médico se quedó mirando fijamente los carbones ardientes de la chimenea y meditando en profundidad, aunque aparentemente sin propósito, pues frecuentemente se levantaba y abría la puerta que daba a la escalera, escuchaba atentamente y después volvía a sentarse. Sin embargo, acabó por quedarse dormido y al despertar había pasado ya la medianoche. Removió el fuego, cogió un libro de la mesa que tenía a su lado y miró el título. Eran las *Meditaciones de Denneker*. Lo abrió al azar y empezó a leer.

«Lo mismo que ha sido ordenado por Dios que toda carne tenga espíritu y adopte por tanto las facultades espirituales, también el espíritu tiene los poderes de la carne, aunque se salga de ésta y viva como algo aparte, como atestiguan muchas violencias realizadas por fantasmas y espíritus de los muertos. Y hay quien dice que el hombre no es el único en esto, pues también los animales tienen la misma inducción maligna, y... »

Interrumpió su lectura una conmoción en la casa, como si hubiera caído un objeto pesado. El lector soltó el libro, salió corriendo de la habitación y subió velozmente las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Intentó abrirla puerta pero, contrariando sus instrucciones, estaba cerrada. Empujó con el hombro con tal fuerza que ésta cedió. En el suelo, junto a la cama en desorden, vestido con su camión, yacía Fleming moribundo.

El médico levantó la cabeza de éste del suelo y observó una herida en la garganta.

–Debería haber pensado en esto –dijo, suponiendo que se había suicidado.

Cuando el hombre murió, el examen detallado reveló las señales inequívocas de unos colmillos de animal profundamente hundidos en la vena yugular.

Pero allí no había habido animal alguno.

Una identidad reanudada

La revista como forma de bienvenida

Una noche de verano un hombre divisaba una amplia extensión de bosque y campo desde una pequeña colina. La luna llena situada ya cerca de la tierra en el oeste, le permitía saber lo que no hubiera podido saber de otro modo: que era casi la hora del amanecer. Una ligera neblina se extendía a lo largo del suelo, velando parcialmente los rasgos inferiores del paisaje, pero por encima de ella los árboles más altos destacaban en montones bien definidos contra la claridad celeste. Dos o tres granjas eran visibles a través de la niebla, pero en ninguna de ellas, naturalmente, había luz. De hecho, en ninguna parte había señal o sugerencia de vida exceptuando el ladrido de un perro lejano, que, repetido mecánicamente, servía más bien para acentuar que para disipar la soledad de la escena.

El hombre miraba alrededor con curiosidad en todas las direcciones, como aquel que en un entorno familiar es incapaz de determinar su lugar exacto y su parte exacta en la disposición de las cosas. Quizás actuemos de este modo cuando, resucitados de entre los muertos, esperemos ser llamados a juicio.

A un ciento de yardas de distancia había un camino recto, que se mostraba blanco bajo la luz de la luna. Procurando orientarse, como diría un topógrafo o un navegante, el hombre movió sus ojos lentamente a lo largo de la longitud visible del camino, y a un cuarto de milla hacia el sur desde donde él se encontraba vio, indistinto y gris en medio de la niebla, un grupo de jinetes que cabalgaban hacia el norte. Tras ellos iban hombres a pie, marchando en columna, con rifles débilmente relucientes colocados oblicuamente por encima de los hombros. Se movían despacio y en silencio. Otro grupo de jinetes, otro regimiento de infantería, otro y otro –todos en un incesante movimiento hacia el punto de vista del hombre, por delante de él, y más allá. Eran seguidos por una batería de artillería, en la que los encargados de los cañones cabalgaban con los brazos doblados sobre el armón y el cajón. Y sin embargo la interminable procesión salía de la oscuridad del sur y se adentraba en la oscuridad del norte, sin que se oyera el sonido de voces, de cascos, de ruedas.

El hombre no comprendía bien: pensaba que estaba sordo; hablaba, y oía su propia voz, aunque poseía una cualidad desconocida que casi lo inquietaba; defraudaba la expectativa de su oído en materia de timbre y resonancia. Pero él no estaba sordo, y eso por el momento era suficiente.

Entonces recordó que hay fenómenos naturales a los que alguien ha dado el nombre de «sombras acústicas». Si tú permaneces en una sombra acústica hay una dirección en la que no oirás nada. En la batalla de Gaines's Mili, uno de los conflictos más feroces de la Guerra Civil, con cien armas en juego, el público que se hallaba a una milla y media de distancia en el lado opuesto del valle Chickahominy no oía nada de lo que claramente veía. El bombardeo de Port Royal, oído y sentido en St. Augustine, ciento cincuenta millas al sur, era inaudible dos millas al norte en una atmósfera tranquila. Unos pocos días antes de la rendición en Appomattox un ensordecedor combate entre las comandancias de Sheridan y Pickett no fue conocido por el segundo comandante, que estaba a una milla en la retaguardia de su propia línea.

Estos ejemplos eran ignorados por el hombre de quien escribimos, pero no se habían escapado a su observación otros menos sorprendentes del mismo carácter. Estaba profundamente inquieto, pero por otra razón que el silencio misterioso de esa marcha iluminada por la luna.

«¡Dios mío!» se dijo a sí mismo –y de nuevo era como si otro hubiera expresado su pensamiento– «si esa gente es quien creo que es ¡hemos perdido la batalla y se dirigen a Nashville!»

Entonces le vino un pensamiento de sí mismo –un recelo– un fuerte sentido de peligro personal, lo que en otro llamamos miedo. Se introdujo rápidamente en la sombra de un árbol. Y a pesar de todo los batallones silenciosos avanzaban lentamente hacia la niebla.

El frío de una brisa repentina sobre la parte trasera de su cuello atrajo su atención hacia la dirección de la que provenía, y girándose hacia el este contempló una luz débilmente gris a lo largo del horizonte –el primer signo de la llegada del día. Esto incrementaba su recelo.

«Debo marcharme de aquí», pensó «o me descubrirán y me cojerán».

Salió de la sombra, caminando rápidamente hacia el grisáceo este. Desde el refugio más seguro que ofrecía un grupo de cedros miró hacia atrás. La columna entera había desaparecido de su vista: ¡el blanco camino recto se extendía desnudo y desolado bajo la luz de la luna!

Si antes estaba perplejo, ahora estaba inefablemente asombrado. ¡El paso tan veloz de un ejército tan lento! –no podía entenderlo. Los minutos transcurrían imperceptiblemente; había perdido el sentido del tiempo. Buscaba con una terrible seriedad la solución al misterio, pero buscaba en vano. Cuando por fin se despertó de su abstracción el borde del sol podía verse por encima de las colinas, pero en las nuevas condiciones él no encontraba otra luz que la del día; su entendimiento estaba envuelto en dudas tan oscuras como antes.

A cada lado se extendían campos cultivados que no mostraban señales de guerra o de estragos bélicos. De las chimeneas de las granjas las sutiles ascensiones de humo azul indicaban los preparativos para el pacífico trabajo diario. Habiendo acallado su inmemorable alocución a la luna, el perro guardián ayudaba a un negro que, prefijando un tiro de mulas al arado, desafinaba con satisfacción en su labor. El héroe de este cuento observaba estúpidamente este cuadro pastoril como si no hubiera visto nunca tal cosa en toda su vida; después se llevó la mano a la cabeza, la pasó por el pelo y, retirándola, examinó la palma con atención –algo singular. Tranquilizado aparentemente por esta acción, caminó con confianza hacia el camino.

II

Cuando has perdido la vida consulta a un médico

Tras visitar a un paciente a seis o siete millas de distancia, en el camino de Nashville, el Dr. Stilling Malson, de Murfreesboro, había permanecido con él toda la noche. Al amanecer salió para su casa a caballo, como era la costumbre de los doctores de la época y del lugar. Había entrado en los alrededores del campo de batalla de Stone's River cuando un hombre se le acercó desde el borde del camino y lo saludó a la manera militar, con un movimiento de la mano derecha hacia el ala del sombrero. Pero el sombrero no era militar, el hombre no llevaba uniforme y no poseía porte marcial. El doctor inclinó la cabeza atentamente, medio pensando que el extraño saludo del forastero era quizás por respeto al entorno histórico. Ya que evidentemente el extranjero deseaba hablar con él, refrenó su caballo con cortesía y esperó.

«Señor», dijo el forastero, «aunque sea usted un civil, puede que sea un enemigo».

«Soy médico», respondió en tono evasivo.

«Gracias», dijo el otro. «Soy lugarteniente, de la compañía del general Hazen». Se detuvo un momento y miró con intensidad a la persona a quien se dirigía, después añadió, «Del ejército federal».

El médico asintió únicamente.

«Tenga la bondad de decirme», continuó el otro, «lo que ha sucedido aquí. ¿Dónde están los ejércitos? ¿Quién ha ganado la batalla?».

El médico observó curiosamente a su interrogador con los ojos a medio cerrar. Tras un examen profesional, prolongado hasta el límite de la cortesía, dijo, «Perdone, el que pide información debería estar dispuesto a comunicarla. ¿Está usted herido?» añadió sonriente.

«No seriamente –parece».

El hombre se quitó el sombrero no-militar, puso la mano en la cabeza, la pasó por el pelo y, retirándola, examinó con atención su palma.

«Fui alcanzado por una bala y he estado inconsciente. Debe haber sido un golpe ligero y oblicuo: no encuentro sangre y no siento dolor. No lo molestaré con mi cura, pero ¿será tan amable de indicarme dónde está mi comandancia –cualquier parte del ejército federal– si lo sabe?»

Nuevamente el doctor no contestó de inmediato: estaba trayendo a la memoria lo que se consigna en los libros de su profesión –algo sobre la pérdida de la identidad y el efecto de las escenas familiares en su recuperación. Finalmente miró al hombre a la cara, sonrió, y dijo:

«Lugarteniente, usted no lleva el uniforme de su rango y servicio».

Al oír esto el hombre bajó la vista hacia su indumentaria civil, levantó los ojos, y dijo dubitativamente:

«Es verdad. Yo –yo no comprendo nada».

Todavía observándolo con intensidad pero compasivamente el hombre de ciencia preguntó de manera directa:

«¿Cuántos años tiene?»

«Veintitrés –si eso tiene algo que ver».

«No lo parece; no hubiera adivinado que usted tenía esa edad».

El hombre se impacientaba. «No es necesario hablar de eso», dijo; «quiero saber sobre el ejército. No hace dos horas que vi una columna de tropas que se dirigían hacia el norte por este camino. Usted debe haberse encontrado con ellos. Sea bueno y dígame el color de su ropa, el cual fui incapaz de distinguir, y no lo molestaré más».

«¿Está bastante seguro de que los vio?»

«¿Seguro? Dios mío, señor, ¡podría haberlos contado!»

«Vaya, realmente», dijo el médico, graciosamente consciente de su propio parecido con el locuaz barbero de las Mil y Una Noches, «esto es muy interesante. No encontré ninguna tropa».

El hombre lo miró con frialdad, como si hubiera observado la semejanza con el barbero. «Es evidente», dijo, «que no tiene ganas de ayudarme. Señor, ¡váyase al diablo!».

Se giró y se alejó a grandes zancadas, sin pensar, a través de los campos húmedos por el rocío, mientras que su atormentador medio arrepentido lo observaba desde su punto de ventaja en la silla de montar hasta que desapareció tras una arboleda.

III

El peligro de mirar en un charco

Después de dejar el camino el hombre aflojó el paso, y ahora avanzaba, más bien dificultosamente, con una visible sensación de fatiga. No podía justificar esto, aunque verdaderamente la interminable locuacidad de aquel médico rural se presentaba como explicación. Al sentarse sobre una roca, puso una mano en la rodilla, con el dorso hacia arriba, y casualmente la miró. Estaba arrugada y llena de surcos; podía trazar las líneas con las puntas de sus dedos. ¡Qué extraño! –un simple balazo y una breve inconsciencia no deberían estropear a alguien físicamente.

«Debo haber estado mucho tiempo en el hospital», dijo en voz alta. «Caramba ¡qué tonto soy! ¡La batalla fue en diciembre, y ahora es verano!» Se rió. «Con razón aquel tipo pensó que yo era un lunático fugado. Estaba equivocado: sólo soy un paciente fugado».

A corta distancia una parcelita de terreno cercada por una pared de piedra llamó su atención. Con un propósito no muy definido se levantó y fue hacia ella. En el centro había un monumento macizo y cuadrado de piedra labrada. Estaba oscurecido por el paso del tiempo, erosionado en los ángulos, manchado de musgo y líquen. Entre los bloques macizos había franjas de hierba cuyas raíces los habían separado al actuar como palanca. Como respuesta al reto de esta ambiciosa estructura el Tiempo había puesto su mano destructora sobre ella, y pronto sería «una con Nínive y Tiro»^[5]. En una inscripción lateral su ojo atrapó un nombre familiar. Vibrando de emoción, estiró el cuerpo por encima del muro y leyó:

BRIGADA DE HAZEN
en
Memoria de Sus Soldados
que cayeron en
Stone River, Dic. 31, 1862.

El hombre se cayó de la pared hacia atrás, pálido y enfermo. Aproximadamente a la distancia de un brazo se hallaba un hoyito en la tierra; la lluvia reciente lo había llenado –era un charco de agua clara. Se arrastró hacia él para reponerse, levantó la parte superior de su cuerpo sobre sus brazos temblorosos, empujó la cabeza hacia adelante y vio el reflejo de su rostro, como en un espejo. Lanzó un grito terrible. Sus brazos se dejaron vencer; cayó, con la cara hacia abajo, dentro del charco y entregó la vida que había abarcado otra vida.

Un vagabundo infantil

Difícilmente habría admirado usted al pequeño Jo si lo hubiera visto de pie en la esquina de una calle bajo la lluvia. Aparentemente se trataba de una tormenta otoñal ordinaria, pero el agua que caía sobre Jo (que no era lo bastante mayor para ser justo o injusto, por lo que quizás no entrara bajo la ley de la distribución imparcial) parecía tener una propiedad peculiar: uno diría que era oscura y adhesiva; pegajosa. Pero resulta difícil que fuera así, incluso en Blackburg, donde ocurrían algunas cosas que se salían bastante de lo común.

Por ejemplo, diez o doce años antes había caído una lluvia de ranas pequeñas, tal como atestiguó creíblemente una crónica contemporánea, que concluía con una afirmación, algo oscura, en el sentido de que el cronista consideraba que significaba un buen momento para el progreso de los franceses.

Años más tarde había caído sobre Blackburg una nevada carmesí; en Blackburg hace frío durante el invierno y las nevadas son frecuentes y copiosas. Mas no cabía ninguna duda al respecto: en aquel caso la nieve tenía el color de la sangre y al fundirse en agua seguía manteniendo esa tonalidad, aunque fuera agua y no sangre. El fenómeno había atraído una amplia atención y la ciencia había dado tantas explicaciones como científicos hubo que se preocuparon por ello, sin llegar a saber nada. Pero los hombres de Blackburg —hombres que durante muchos años habían vivido precisamente donde cayó la nieve roja, y podía suponerse que sabían mucho sobre el asunto— sacudieron la cabeza y dijeron que algo iba a pasar.

Y algo pasó, pues el verano siguiente fue memorable por la prevalencia de una enfermedad misteriosa —epidémica, endémica o Dios sabrá qué, porque los médicos no lo supieron— que se llevó a la mitad de la población. La mayor parte de la otra mitad se había alejado voluntariamente de la ciudad, y empezaron a retornar lentamente, y finalmente lo hicieron todos, y se entregaron a crecer y multiplicarse como antes, aunque desde entonces Blackburg no ha llegado a ser la misma.

De un tipo muy distinto, aunque igualmente «fuera de lo común» fue el incidente del fantasma de Hetty Parlow. El nombre de soltera de Hetty Parlow había sido Brownon, que en Blackburg significaba más de lo que uno podría pensar.

Desde tiempo inmemorial, desde los primerísimos días de los antiguos tiempos coloniales, los Brownon habían sido la familia principal de la ciudad. Eran los más ricos y los mejores, hasta el punto de que Blackburg habría derramado hasta la última gota de su sangre plebeya defendiendo la justa fama de los Brownon. Que se supiera, muy pocos miembros de esa familia vivieron permanentemente lejos de Blackburg, aunque casi todos se habían educado en otro lugar y habían viajado lo suyo, por lo que el número de miembros de la familia era abundante. Los hombres se encargaban de la mayor parte de las funciones públicas, mientras las mujeres se dedicaban primordialmente a las buenas obras. De estas últimas, Hetty era la más amada por la dulzura de su disposición, la pureza de su carácter y su singular belleza personal. Se casó en Boston con un joven bribón llamado Parlow y, como una buena Brownon, lo llevó inmediatamente a Blackburg, haciendo de él un hombre y un consejero municipal. Tuvieron un hijo al que pusieron de nombre Joseph y al

que amaron tiernamente, como acostumbraban a hacer entonces los padres de toda aquella región.

Murieron después de la misteriosa enfermedad ya mencionada, por lo que a la edad de un año Joseph quedó huérfano.

Por desgracia para Joseph, la enfermedad que le dejó sin padres no se conformó con eso; acabó prácticamente con todo el contingente de Brownon y sus aliados por matrimonio; y los que huyeron, no regresaron. Rota la tradición, los bienes raíces de los Brownon pasaron a manos extrañas y los únicos Brownon que quedaron en aquel lugar estaban bajo tierra en el Cementerio de la Colina del Roble, donde ciertamente había una colonia de ellos lo bastante poderosa como para resistirse a la invasión de las tribus que les rodeaban y retener la parte mejor de aquellos terrenos. Pero volvamos al fantasma:

Una noche, unos tres años después de la muerte de Hetty Parlow, varios jóvenes de Blackburg pasaron en un carro junto al Cementerio de la Colina del Roble; si el lector ha estado allí, recordará que la carretera que conduce a Greenton bordea su perímetro meridional. Habían asistido a una fiesta del día de mayo en Greenton; eso nos sirve para fijar la fecha. En total debían de ser una docena, y formaban un grupo bien alegre, si tenemos en cuenta el legado de tristeza que habían dejado las recientes y sombrías experiencias de la ciudad. Al pasar por el Cementerio, el que conducía el carro tiró de pronto de las riendas lanzando una exclamación de sorpresa. Sin duda había motivos suficientes para la sorpresa, pues delante de ellos, casi al lado de la carretera, aunque por la parte interior del cementerio, estaba el fantasma de Hetty Parlow. Nadie dudó al respecto, pues la habían conocido personalmente todos los jóvenes y doncellas del grupo. Aquello sirvió para establecer la identidad del fantasma; su carácter de fantasma se significó con todos los signos habituales —el sudario, el cabello largo y despeinado, la «mirada perdida»... es decir, todo. La inquietante aparición extendía los brazos hacia el oeste, como si estuviera suplicando al lucero de la tarde, que aunque era ciertamente atractivo resultaba a todas luces inalcanzable. Mientras permanecieron sentados y en silencio (así lo cuenta la historia), todos los miembros de aquel grupo de juerguistas —aunque sólo se habían alegrado con café y limonada— escucharon claramente al fantasma gritar el nombre de Joey. Un momento después, allí no había nadie. Evidentemente, nadie está obligado a creer todo esto.

Ahora bien, en ese momento, tal como se averiguó más tarde, Joey deambulaba por entre unos matorrales de artemisa al otro lado del continente, cerca de Winnemucca, en el estado de Nevada. Lo habían llevado a esa ciudad unas buenas personas, que eran parientes lejanos de su fallecido padre, y le habían adoptado y atendido tiernamente. Pero aquella tarde el pobre niño se había alejado de su casa y se encontraba perdido en el desierto.

Su historia posterior está inmersa en la oscuridad y tiene vacíos que sólo podemos llenar con conjeturas. Se sabe que fue encontrado por una familia de indios piute, que se quedaron con el infortunado pequeño durante algún tiempo y luego lo vendieron; lo vendieron realmente por dinero a una mujer que iba en un tren hacia el este, en una estación bastante alejada de Winnemucca. Se asegura que la mujer hizo todo tipo de investigaciones, pero en vano, por lo que, como era viuda y no

tenía hijos, lo adoptó. En este punto de su historia da la impresión de que Jo se aleja bastante de su condición de huérfano; la interposición de una multitud de padres entre él mismo y ese infortunado estado le prometía una prolongada inmunidad con respecto a sus desventajas.

Su madre más reciente, la señora Darnell, vivía en Cleveland, Ohio. Pero no permaneció mucho con ella su hijo adoptivo. Una tarde, un policía que era nuevo en la ronda por aquella zona, lo vio alejándose deliberadamente de su casa, y al interrogarle el niño respondió que «volvía a su hogar». Debió viajar en tren, pues tres días más tarde se encontraba en la ciudad de Whiteville, que como el lector sabe está muy lejos de Blackburg. Sus ropas se encontraban en bastante buenas condiciones, pero él estaba terriblemente sucio. Incapaz de explicarlo, fue detenido por vago y sentenciado a prisión en el Hogar Refugio de Niños, donde le lavaron.

Jo escapó del Hogar Refugio de Niños de Whiteville internándose en el bosque, por lo que el Hogar no volvió a saber nunca de él.

Volvemos a encontrarle, o más bien lo recuperamos, desamparado bajo la fría lluvia otoñal en la esquina de una calle de un barrio de Blackburg; en estos momentos parece adecuado explicar que las gotas de lluvia que caían sobre él no eran en realidad ni oscuras ni pegajosas; lo único que sucedía es que no servían para que su rostro y manos dejaran de estar menos negros ni viscosos. Pues lo cierto es que Jo estaba terrible y maravillosamente manchado, como si hubiera salido de la mano de un artista. Además, el pequeño y desamparado vagabundo no tenía zapatos, por lo que sus pies estaban descalzos, rojizos e hinchados, y al caminar cojeaba de ambos. En cuanto a la ropa... ah, no creo que el lector tuviera capacidad de describir ni una sola de las prendas que llevaba, o decir por qué acto de magia se mantenían encima de él.

Estaba absolutamente helado, lo que no admitía duda alguna; y él mismo lo sabía. Cualquiera hubiera tenido frío allí aquella tarde; pero ésa era también la razón de que no hubiera nadie allí. Cómo había llegado hasta allí él mismo no podría haberlo dicho ni por la escasa y vacilante vida que le quedaba, aunque hubiera estado dotado de un vocabulario que excediera de las cien palabras. Pero por la manera en que miraba a su alrededor cualquiera se hubiera dado cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaba (ni por qué).

Sin embargo, no era tonto del todo para su edad y generación; como tenía frío y hambre, y todavía era capaz de caminar un poco doblando mucho las rodillas y apoyando primero los dedos de los pies, decidió entrar en una de las casas que había a largos intervalosa un lado de la calle y que parecía tan iluminada y caliente. Mas cuando intentó llevar a cabo tan sensata decisión, se presentó un fornido perro que tiraba de una cadena y le disputó su derecho. Aterrado, y creyendo sin duda (con cierta razón) que los que son brutos por fuera tienen una brutalidad interior, se alejó cojeando de todas las casas y, como tenía a su derecha campos grises y húmedos, y a su izquierda campos húmedos y grises, y como la lluvia casi le cegaba y la noche venía envuelta en niebla y oscuridad, tomó el camino que conduce a Greenton. Es decir, el camino que lleva a Greenton a los que consiguen dejar atrás el Cementerio de la Colina del Roble. Pero todos los años había un número considerable de personas que no lo conseguían.

Jo no lo logró.

Le encontraron a la mañana siguiente muy húmedo, muy frío, pero ya sin hambre. Por lo visto había cruzado la puerta del Cementerio –esperando quizás que condujera a una casa que no tuviera perro–, lo recorrió torpemente en la oscuridad, cayó sobre muchas tumbas, sin duda, hasta que se cansó de todo y se abandonó. El pequeño cuerpo yacía de costado, con una mejilla manchada apoyada en una mano sucia, y la otra mano metida entre los harapos para calentarla, mientras la mejilla restante estaba por fin limpia y blanca, como si la hubiera besado uno de los ángeles de Dios. Se observó que el pobrecillo yacía sobre la tumba de Hetty Parlow, aunque en aquel momento no se pensó que aquello significara nada, pues el cuerpo todavía no había sido identificado. Pero la tumba no se abrió para recibirle. Uno desearía, sin llegar a ser irreverente, que esa circunstancia hubiera sido distinta.

Los sucesos nocturnos en el barranco del muerto

Un relato falso

Hacia una noche especialmente fría y clara, como el corazón de un diamante. Las noches claras tienen la peculiaridad de ser perspicaces. En la oscuridad puedes tener frío y no darte cuenta; sin embargo, cuando ves, sufres. Esa noche era suficientemente sagaz para morder como una serpiente. La luna se movía de modo misterioso tras los pinos gigantes que coronaban la Montaña del Sur, haciendo que la dura corteza de la nieve produjera destellos y subrayando contra el negro Oeste los contornos fantasmales de la Cordillera de la Costa, más allá de la cual se extendía el Pacífico invisible. La nieve se amontonaba en los claros del fondo del barranco, en las extensas sierras que subían y bajaban, y en las colinas, donde parecía que el rocío manaba y se desbordaba. Rocío que en realidad era la luz del sol, reflejada dos veces: una desde la luna, y otra desde la nieve.

Sobre ésta, muchas de las barracas del abandonado campamento minero aparecían destruidas (un marinero podría haber dicho que se habían ido a pique.) La nieve cubría a intervalos irregulares los altos caballetes que una vez habían soportado el peso de un arroyo al que llamaban «flume»; porque «flume», claro está, viene de *flumen*. El privilegio de hablar Latín se cuenta entre las ventajas de las que las montañas no pueden privar al buscador de oro. Este, al referirse a un compañero muerto dice: «Se ha ido “flume” arriba», que es una bonita forma de decir: «Su vida ha retornado a la Fuente de la Vida».

Mientras se ponía la armadura contra los ataques del viento, la nieve no había descuidado ninguna posición estratégica. Cuando es perseguida por el viento, la nieve no es muy distinta a un ejército que se repliega. En campo abierto se alinea en grados y batallones. Si puede ganar una posición, opone resistencia; donde puede refugiarse, lo hace. Detrás de un trozo de pared derruida pueden verse pelotones completos de nieve encogidos de miedo. La vieja carretera tortuosa, excavada en la ladera de la montaña, estaba llena de ellos. Un escuadrón tras otro se habían afanado por escapar por este flanco, pero el hostigamiento había cesado de repente. Es imposible imaginar un lugar más desolado y espantoso que el Barranco del Muerto en una noche de invierno. A pesar de ello, Mr. Hiram Beeson, su único habitante, eligió vivir allí.

En la ladera de la Montaña del Norte, muy arriba, su pequeña cabaña, construida con troncos de pino, proyectaba un delgado rayo de luz desde el único cristal de la ventana, y parecía un escarabajo negro sujeto a la ladera con un flamante y luminoso alfiler. En el interior, Mr. Beeson se sentaba delante de una lumbre que ardía con fuerza, con la vista clavada en el foco candente, como si nunca hubiera visto una cosa igual en toda su vida. No era un hombre atractivo. Tenía el pelo cano y su atuendo estaba raído y sucio. La cara tenía un aspecto pálido y ojeroso, y los ojos le brillaban con excesiva fuerza. En cuanto a su edad, si alguien hubiera intentado adivinarla, primero podría haber dicho que rondaba los cuarenta y siete, después corregiría y diría setenta y cuatro. En realidad tenía veintiocho. Estaba demacrado; quizás, hasta donde podía arriesgarse, pues en Bentley's Flat había una funeraria muy necesitada y en Sonora un forense muy emprendedor. La pobreza y el celo son

como las piedras superior e inferior de un molino. Es peligroso colocar una tercera en esa especie de «sandwich».

Mientras Mr. Beeson permanecía allí sentado, con sus raídos codos apoyados sobre unas rodillas aun más raídas y sus esqueléticas mandíbulas hundidas entre sus esqueléticas manos, sin ninguna intención aparente de irse a la cama, parecía que el más ligero movimiento podía dejarlo hecho añicos. Sin embargo, durante la última hora había pestañeado no menos de tres veces.

Entonces se oyeron unos golpes secos en la puerta. Esto, a aquella hora de la noche y con aquel tiempo, podría haber sorprendido a cualquier común mortal que llevara viviendo dos años en el barranco sin ver una cara humana y que, por tanto, no podía desconocer que la zona estaba intransitable; pero Mr. Beeson ni siquiera apartó la vista del fuego. Incluso al abrirse la puerta, se limitó a encogerse un poco más, como quien espera algo que preferiría no ver. Se puede observar este gesto entre las mujeres, en una capilla mortuoria, mientras se coloca el féretro en el pasillo que hay junto a ellas.

Pero cuando un anciano alto envuelto en un capote, con la cabeza rodeada por un pañuelo y la cara prácticamente oculta por una bufanda, con anteojos verdes y un color de tez (donde se podía apreciar) de una blancura deslumbrante, entró sigilosamente en la habitación y colocó una mano rígida y enguantada sobre el hombro de Mr. Beeson, olvidó sus buenos modales hasta el grado de levantar la vista y poner una expresión de considerable asombro; fuera quien fuera aquel a quien estaba esperando, evidentemente no contaba con encontrarse a alguien semejante. A pesar de ello, la visión de aquel inesperado invitado produjo en Mr. Beeson la siguiente secuencia: una sensación de asombro; después un sentimiento de gratificación, y, por último, una impresión de profunda buena voluntad. Levantándose del asiento, retiró aquella mano nudosa de su hombro y la estrechó con un fervor inexplicable, pues el aspecto del anciano no tenía nada de atractivo y sí mucho de repulsivo. Sin embargo, la atracción es una característica demasiado general para que no sea compartida por la repulsión. El objeto más atractivo del mundo es el rostro que instintivamente cubrimos con un paño. Cuando se hace incluso más atractivo, fascinante, echamos siete pies de tierra sobre él.

—Amigo —dijo Mr. Beeson soltando la mano del anciano, que al desplomarse contra su muslo produjo un golpe seco—, hace una noche muy desagradable. Por favor, tome asiento; me alegro mucho de verle.

Mr. Beeson habló con un tono bastante educado, un tono que uno nunca habría esperado teniendo en cuenta la situación. Realmente, el contraste entre su aspecto y sus modales fue suficientemente sorprendente para ser uno de los fenómenos sociales más comunes en las minas. El anciano dio un paso adelante, hacia el fuego, que se reflejaba sobre los anteojos verdes como en una caverna. Mr. Beeson añadió:

—¡Ya lo creo que me alegro!

La elegancia de Mr. Beeson no era muy refinada; había hecho razonables concesiones al gusto local. Hizo una pausa y recorrió con la vista desde la embozada cabeza de su invitado, pasando por

la hilera de enmohecidos botones que cerraban su capote, hasta sus verdosas botas de cuero manchadas de nieve, que había empezado a fundirse y escurría por el suelo formando pequeños regueros. Hizo un inventario de aquel personaje y quedó satisfecho. ¿Y quién no habría quedado? Entonces prosiguió:

—La comida que puedo ofrecerle está, por desgracia, en relación con mis posibilidades; pero me sentiría tremendamente agraciado si se dignara a aceptarla en vez de buscar algo mejor en Bentley's Flat.

Con un especial refinamiento de humildad hospitalaria, Mr. Beeson hablaba como si la estancia en su cálida cabaña una noche como aquella, comparada con una caminata de catorce millas con la nieve hasta el cuello y un mendrugo en el bolsillo, fuera una desgracia insoportable. En respuesta, el invitado se desabrochó el capote. El anfitrión echó leña seca al fuego; después barrió el hogar con una cola de lobo y añadió:

—Aunque creo que sería mejor que se largara.

El anciano tomó asiento junto al fuego y, sin quitarse el sombrero, acercó las grandes suelas de sus botas a las llamas. En las minas sólo se quita uno el sombrero si también se quita las botas. Sin más comentarios, Mr. Beeson se sentó en una silla que había sido anteriormente un tonel y que, por su carácter original, parecía haber sido diseñada para recoger sus cenizas cuando quisiera desmenuzarse. Durante un rato no hubo más que silencio; luego, desde algún lugar entre los pinos, llegó el fuerte gruñido de un coyote y, simultáneamente, el crujido de la puerta en el marco. Entre los dos incidentes no había otra relación que la aversión del coyote por las tormentas y el alboroto del viento; sin embargo, parecía existir una especie de conspiración sobrenatural entre los dos, y Mr. Beeson se estremeció con una imprecisa sensación de terror. En un momento se recuperó y volvió a dirigirse a su invitado:

—Aquí ocurren cosas extrañas. Voy a contárselo todo, y si decide marcharse le acompañaré durante el primer tramo del camino; hasta donde Baldy Peterson disparó contra Ben Hike; seguro que conoce el sitio.

El anciano asintió con ampulosidad, como si diera a entender que no sólo conocía el lugar, sino que lo conocía de verdad.

—Hace dos años —comenzó Mr. Beeson—, otros dos compañeros y yo ocupamos esta casa; pero cuando todo el mundo se marchó hacia Bentley's Flat, nosotros nos fuimos con ellos. En diez horas el barranco quedó desierto. Aquella tarde, sin embargo, me di cuenta de que había olvidado una pistola muy valiosa (ésa) y volví por ella; pasé la noche solo aquí, tal y como he hecho todas las noches desde entonces. He de explicar que unos cuantos días antes de que nos marcháramos nuestro criado chino tuvo la desgracia de morir cuando la tierra estaba tan helada que era imposible cavar una tumba de la manera habitual. Así que el día de nuestra precipitada partida cavamos ahí, en el suelo, y le enterramos como pudimos. Pero antes de hacerlo, tuve el mal gusto de cortarle la coleta y clavarla sobre su tumba, en aquella viga donde usted la ve ahora; o mejor dicho, ahora que el calor le ha dado

a usted la oportunidad de verla.

» ¿He dicho ya (creo que sí), que el chino murió por causas naturales? Por supuesto, yo no tuve nada que ver con eso, y volví, no por una atracción irresistible o por una fascinación morbosa, sino sencillamente porque había olvidado la pistola. Esto queda claro ¿verdad, amigo?

El visitante asintió solemnemente. Parecía ser hombre de pocas palabras, casi de ninguna. Mr. Beeson continuó:

—De acuerdo con la religión china, el hombre es como una cometa: no puede subir al cielo sin su coleta. Bien; para abreviar esta tediosa historia (que, a pesar de todo, creo mi obligación relatar), aquella noche, mientras me encontraba aquí solo, pensando en cualquier cosa menos en él, el chino volvió por la coleta.

» Pero no se la llevó.

En este punto Mr. Beeson cayó en un silencio incomprensible. Quizás estaba fatigado por el insólito ejercicio de hablar; o quizás había evocado un recuerdo que exigía su total atención. El viento soplaba ahora cerca de la casa y los pinos de la ladera susurraban con singular claridad. El narrador prosiguió:

—Usted dice que no ve nada especial en ello, y debo confesar que yo tampoco.

» ¡Pero la cuestión es que sigue viniendo!

Se produjo otra larga pausa, durante la cual se dedicaron a mirar fijamente al fuego, sin mover un miembro. Entonces, clavando los ojos sobre lo que podía ver de la cara impassible de quien le escuchaba, Mr. Beeson estalló, casi con fiereza:

—¿Dársela? Mire, no tengo ninguna intención de molestar a nadie pidiéndole consejo sobre este asunto. Usted me perdonará, estoy seguro (aquí se mostró especialmente persuasivo), pero me he arriesgado a sujetar con clavos esa coleta y he asumido, en cierto modo, la onerosa obligación de conservarla. Por tanto, me es imposible llevar a cabo su considerada sugerencia.

» ¿Es que me toma usted por un pelele?

Nada podría superar la repentina ferocidad con que hundió este reproche indignado en el oído de su invitado. Era como si le hubiera golpeado en la cara con un guantelete de acero. Se trataba de una protesta, pero también de un desafío. Ser confundido con un cobarde, ser tomado por un pelele: estas dos expresiones son la misma. A veces es un chino. —«¿Es que me toma usted por un chino?», es una pregunta que se hace con frecuencia a los que mueren bruscamente.

La bofetada de Mr. Beeson no tuvo ningún efecto, y tras una pausa durante la cual el viento estuvo resonando en la chimenea como si echaran terrones de tierra sobre un ataúd, prosiguió:

—Aunque, como usted dice, está acabando conmigo. Siento que mi vida durante los dos últimos años ha sido un completo error, un error que se corrige a sí mismo; ya ve cómo. ¡La tumba! No; no hay quien la cave. El terreno también está helado. Pero sea usted bienvenido. Aunque no es

importante, puede usted decirlo en Bentley's. Sí, fue difícil cortarla: suelen colocar seda trenzada dentro de sus coletas. Uaagh.

Mr. Beeson hablaba con los ojos cerrados mientras paseaba de un lado a otro. Su última palabra fue un ronquido. Al cabo de un rato, respiró hondo, abrió los ojos haciendo un esfuerzo y, tras un simple comentario, se quedó profundamente dormido. Lo que dijo fue lo siguiente:

—¡Están robando mis cenizas!

Entonces el extraño anciano, que no había dicho una palabra desde su llegada, se levantó del asiento y, pausadamente, se quitó la ropa de abrigo, dejando ver una figura en ropa interior de lana tan delgada como la de la difunta Signorina Festorazzi, una mujer irlandesa de seis pies de altura y cincuenta y seis libras de peso, que solía exhibirse en camisola ante la gente de San Francisco. Luego, después de haber situado un revólver a mano según la costumbre de la región, se metió en uno de los camastros. Lo había cogido de una repisa, y era el revólver que Mr. Beeson había mencionado y por el que había vuelto al barranco dos años antes.

Mr. Beeson se despertó al cabo de un rato y, al ver que su invitado se había retirado, hizo lo mismo. Pero antes se acercó al largo y trenzado mechón pagano y le dio un fuerte tirón para asegurarse de que estaba bien sujeto. Las dos camas (meras tablas cubiertas con mantas no muy limpias) estaban situadas una frente a la otra en sendos extremos de la habitación, y la pequeña trampilla cuadrada que daba acceso a la tumba del chino quedaba entre ellas. Ésta, por cierto, estaba atravesada por una doble fila de clavos. En su resistencia a lo sobrenatural, Mr. Beeson no había olvidado tomar precauciones materiales.

El fuego había languidecido y sus llamas azuladas y mortecinas centelleaban de vez en cuando proyectando sombras espectrales en las paredes; sombras que deambulaban misteriosamente, separándose o juntándose. Sin embargo, la sombra de la coleta, suspendida del tejado en el extremo más alejado de la habitación, permanecía melancólica y distante, como si fuera una llamada de admiración. El susurro de los pinos en el exterior había aumentado hasta alcanzar la dignidad de un himno triunfal. En los momentos de pausa el silencio era espantoso.

Fue precisamente en uno de esos momentos cuando la trampilla del suelo comenzó a levantarse. Se iba alzando lenta pero ininterrumpidamente, del mismo modo que la embozada cabeza del anciano se elevaba del camastro para verla. Entonces, con un golpetazo que estremeció la casa hasta los cimientos, fue lanzada completamente hacia atrás y se quedó con las puntas de los clavos, horrorosas y amenazantes, hacia arriba. Mr. Beeson se despertó y, sin levantarse, se tapó los ojos con los dedos. Temblaba; los dientes le rechinaban. Su invitado descansaba sobre un codo mientras observaba la evolución de los hechos con los anteojos, que relucían como lámparas.

De pronto, el bramido de una ráfaga de viento se precipitó por la chimenea, desparramando cenizas y humo en todas direcciones y dejando la habitación a oscuras durante un rato. Cuando el fuego de la chimenea volvió a iluminar la habitación, se pudo ver, sentado calladamente en el borde de un taburete que había junto al hogar, a un hombre pequeño, de tez morena, aspecto agradable y

vestido con buen gusto, que asentía en dirección al anciano con una sonrisa amigable y simpática. «De San Francisco, claro está», pensó Mr. Beeson, que había conseguido recuperarse del susto e intentaba buscar una solución a aquellos acontecimientos nocturnos.

Pero en ese momento apareció otro actor en escena. Desde el negro agujero cuadrado que había en medio del suelo surgió la cabeza del difunto chino que, con ojos vidriosos y concentrado en la coleta que pendía sobre él, dirigió desde sus pronunciadas hendiduras la mirada hacia arriba con un gesto de ansiedad indescriptible. Mr. Beeson emitió un gemido y volvió a cubrirse la cara con las manos. Un suave olor a opio inundaba la habitación. El fantasma, vestido sólo con una corta túnica azul de seda acolchada, cubierta del moho de la sepultura, se incorporó lentamente, como impulsado por un débil resorte. Tenía las rodillas a nivel del suelo cuando, tras dar un rápido salto hacia arriba semejante al de una llama que arde de repente, estiró el cuerpo, agarró la coleta con las dos manos y mordió la punta con sus horribles dientes amarillos. Así quedó colgado, con aparente frenesí y sin emitir sonido alguno; gesticulaba de un modo espantoso, saltando y hundiéndose una y otra vez en sus esfuerzos por desenganchar su propiedad de la viga. Era como un cadáver convulsionado artificialmente por medio de una batería eléctrica. ¡El contraste entre su actividad sobrehumana y su silencio resultaba horroroso!

Mr. Beeson se encogió en la cama. El hombrecillo de tez morena descruzó las piernas, dio con impaciencia unos cuantos golpes con la punta de la bota y consultó su pesado reloj de oro. El anciano se incorporó y cogió el revólver con sigilo.

¡Bang!

Como un cuerpo que se desploma en la horca, el chino se hundió pesadamente en el agujero oscuro, con la coleta entre los dientes. La trampilla giró y se cerró de un fuerte golpe. El hombrecillo de San Francisco dio un ágil brinco desde su taburete, atrapó con el sombrero algo en el aire, como un niño caza una mariposa, y desapareció por la chimenea como si hubiera sido succionado.

A través de la puerta abierta, desde algún lugar lejano en la oscuridad llegó un grito débil y distante, un lamento de sollozos, parecido al de un niño estrangulado en el desierto, o al de un alma perdida capturada por el Adversario. Aunque pudo haber sido el coyote. Durante los primeros días de la primavera siguiente, un grupo de mineros que se dirigía hacia las nuevas explotaciones pasó por el barranco y, al recorrer las cabañas abandonadas, encontró en una el cuerpo de Hiram Beeson, tendido sobre un catre, y con un agujero de bala en el corazón. La bala había sido disparada, evidentemente, desde el otro extremo de la habitación, pues en una de las vigas superiores de roble había una pequeña abolladura de color azul: la bala había dado en un nudo de la madera y se había desviado posteriormente hacia abajo hasta alcanzar el pecho de la víctima. Sujeto fuertemente a la misma viga, se encontraba lo que parecía ser el extremo de una trenza de pelo de caballo, que había sido segada por la bala en su trayectoria. No se descubrió nada más de interés, salvo unas ropas mohosas y estrafalarias, de las que varias prendas fueron después identificadas por testigos respetables como las que llevaban ciertos ciudadanos del Barranco del Muerto cuando fueron enterrados años antes. Pero no es fácil comprender cómo pudo ocurrir eso, a menos que, claro está,

las prendas hubieran sido utilizadas como disfraz por la misma Muerte, lo que resulta difícil de creer.

Al otro lado de la pared

Hace muchos años, cuando iba de Hong Kong a Nueva York pasé una semana en San Francisco. Hacía mucho tiempo que no había estado en esa ciudad y durante todo aquel periodo mis negocios en Oriente habían prosperado más de lo que esperaba. Como era rico, podía permitirme volver a mi país para restablecer la amistad con los compañeros de juventud que aún vivían y me recordaban con afecto. El más importante para mí era Mohum Dampier, un antiguo amigo del colegio con quien había mantenido correspondencia irregular hasta que dejamos de escribirnos, cosa muy normal entre hombres. Es fácil darse cuenta de que la escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente. Se trata, simple y llanamente, de una ley.

Recordaba a Dampier como un compañero, fuerte y bien parecido, con gustos semejantes a los míos, que odiaba trabajar y mostraba una señalada indiferencia hacia muchas de las cuestiones que suelen preocupar a la gente; entre ellas la riqueza, de la que, sin embargo, disponía por herencia en cantidad suficiente como para no echar nada en falta. En su familia, una de las más aristocráticas y conocidas del país, se consideraba un orgullo que ninguno de sus miembros se hubiera dedicado al comercio o a la política, o hubiera recibido distinción alguna. Mohum era un poco sentimental y su carácter supersticioso le hacía inclinarse al estudio de temas relacionados con el ocultismo. Afortunadamente gozaba de una buena salud mental que le protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza.

La noche que le visité había tormenta. El invierno californiano estaba en su apogeo: una lluvia incesante regaba las calles desiertas y, al ser empujada por irregulares ráfagas de viento, se precipitaba contra las casas con una fuerza increíble. El cochero encontró el lugar, una zona residencial escasamente poblada cerca de la playa, con dificultad. La casa, bastante fea, se elevaba en el centro de un terreno en el que, según pude distinguir en la oscuridad, no había ni flores ni hierba. Tres o cuatro árboles, que se combaban y crujían a causa del temporal, parecían intentar huir de su tétrico entorno en busca de mejor fortuna, lejos, en el mar. La vivienda era una estructura de dos pisos, hecha de ladrillo, que tenía una torre en una esquina, un piso más arriba. Era la única zona iluminada. La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento, sensación que se vio aumentada por el chorro de agua que sentía caer por la espalda mientras corría a buscar refugio en el portal.

Dampier, en respuesta a mi misiva informándole de mi deseo de visitarle, había contestado: «No llames, abre la puerta y sube». Así lo hice. La escalera estaba pobremente iluminada por una luz de gas que había al final del segundo tramo. Conseguí llegar al descansillo sin destrozar nada y atravesé una puerta que daba a la iluminada estancia cuadrada de la torre. Dampier, en bata y zapatillas, se acercó, tal y como yo esperaba, a saludarme, y aunque en un principio pensé que me podría haber recibido más adecuadamente en el vestíbulo, después de verle, la idea de su posible inhospitalidad desapareció.

No parecía el mismo. A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Le encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas, y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso.

Me invitó a sentarme y, tras ofrecirme un cigarro, manifestó con sinceridad obvia y solemne que estaba encantado de verme. Después tuvimos una conversación trivial durante la cual me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido. Debió captar mis sentimientos porque inmediatamente dijo, con una gran sonrisa:

–Te he desilusionado: *non sum qualis eram*.

Aunque no sabía qué decir, al final señalé:

–No, que va, bueno, no sé: tu latín sigue igual que siempre.

Sonrió de nuevo.

–No –dijo–, al ser una lengua muerta, esta particularidad va aumentando. Pero, por favor, ten paciencia y espera: existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?

Mientras hablaba su sonrisa iba desapareciendo, y cuando terminó, me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia. Sin embargo no estaba dispuesto a dejarme llevar por su actitud ni a permitirle que descubriera lo profundamente afectado que me encontraba por su presagio de muerte.

–Supongo que pasará mucho tiempo antes de que el lenguaje humano deje de sernos útil –observé–, y para entonces su necesidad y utilidad habrán desaparecido.

Mi amigo no dijo nada y, como la conversación había tomado un giro desalentador y no sabía qué decir para darle un tono más agradable, también yo permanecí en silencio. De repente, en un momento en que la tormenta amainó y el silencio mortal contrastaba de un modo sobrecogedor con el estruendo anterior, oí un suave golpeteo que provenía del muro que tenía a mis espaldas. El sonido parecía haber sido producido por una mano, pero no como cuando se llama a una puerta para poder entrar, sino más bien como una señal acordada, como una prueba de la presencia de alguien en una habitación contigua; creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación de las que nos gustaría contar. Miré a Dampier. Si había algo divertido en mi mirada no debió captarlo. Parecía haberme olvidado y observaba la pared con una expresión que no soy capaz de definir, aunque la recuerdo como si la estuviera viendo. La situación era desconcertante. Me levanté con intención de marcharme; entonces reaccionó.

–Por favor, vuelve a sentarte –dijo–, no ocurre nada, no hay nadie ahí.

El golpeteo se repitió con la misma insistencia lenta y suave que la primera vez.

–Lo siento –dije–, es tarde. ¿Quieres que vuelva mañana?

Volvió a sonreír, esta vez un poco mecánicamente.

—Es muy gentil por tu parte, pero completamente innecesario. Te aseguro que ésta es la única habitación de la torre y no hay nadie ahí. Al menos...

Dejó la frase sin terminar, se levantó y abrió una ventana, única abertura que había en la pared de la que provenía el ruido.

—Mira.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, le seguí hasta la ventana y me asomé. La luz de una farola cercana permitía ver claramente, a través de la oscura cortina de agua que volvía a caer a raudales, que «no había nadie». Ciertamente, no había otra cosa que la pared totalmente desnuda de la torre.

Dampier cerró la ventana, señaló mi asiento y volvió a tomar posesión del suyo.

El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía). Sin embargo me impresionó vivamente el hecho de que mi amigo se esforzara por tranquilizarme, pues ello daba al suceso una cierta importancia y significación. Había demostrado que no había nadie, pero precisamente eso era lo interesante. Y no lo había explicado todavía. Su silencio resultaba irritante y ofensivo.

—Querido amigo —dije, me temo que con cierta ironía—, no estoy dispuesto a poner en cuestión tu derecho a hospedar a todos los espectros que desees de acuerdo con tus ideas de compañerismo; no es de mi incumbencia. Pero como sólo soy un simple hombre de negocios, fundamentalmente terrenales, no tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo. Por ello, me marcho a mi hotel, donde los huéspedes aún son de carne y hueso.

No fue una alocución muy cortes, lo sé, pero mi amigo no manifestó ninguna reacción especial hacia ella.

—Te ruego que no te vayas —observó—. Agradezco mucho tu presencia. Admito haber escuchado un par de veces con anterioridad lo que tú acabas de oír esta noche. Ahora sé que no eran ilusiones más y esto es verdaderamente importante para mí; más de lo que te imaginas. Enciende un buen cigarro y ármate de paciencia mientras te cuento toda la historia.

La lluvia volvía a arreciar, produciendo un rumor monótono, que era interrumpido de vez en cuando por el repentino azote de las ramas agitadas por el viento. Era bastante tarde, pero la compasión y la curiosidad me hicieron seguir con atención el monólogo de Dampier, a quien no interrumpí ni una sola vez desde que empezó a hablar.

—Hace diez años —comenzó—, estuve viviendo en un apartamento, en la planta baja de una de las casas adosadas que hay al otro lado de la ciudad, en Rincon Hill. Esa zona había sido una de las mejores de San Francisco, pero había caído en desgracia, en parte por el carácter primitivo de su arquitectura, no apropiada para el gusto de nuestros ricos ciudadanos, y en parte porque ciertas mejoras públicas la habían afeado. La hilera de casas, en una de las cuales yo habitaba, estaba un

poco apartada de la calle; cada vivienda tenía un diminuto jardín, separado del de los vecinos por unas cercas de hierro y dividido con precisión matemática por un paseo de gravilla bordeado de bojés, que iba desde la verja a la puerta.

» Una mañana, cuando salía, vi a una chica joven entrar en el jardín de la casa izquierda. Era un caluroso día de junio y llevaba un ligero vestido blanco. Un ancho sombrero de paja decorado al estilo de la época, con flores y cintas, colgaba de sus hombros. Mi atención no estuvo mucho tiempo centrada en la exquisita sencillez de sus ropas, pues resultaba imposible mirarla a la cara sin advertir algo sobrenatural. Pero no, no temas; no voy a deslucir su imagen describiéndola. Era sumamente bella. Toda la hermosura que yo había visto o soñado con anterioridad encontraba su expresión en aquella inigualable imagen viviente, creada por la mano del Artista Divino. Me impresionó tan profundamente que, sin pensar en lo impropio del acto, descubrí mi cabeza, igual que haría un católico devoto o un protestante de buena familia ante la imagen de la Virgen. A la doncella no parecía disgustarle mi gesto; me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó sin aliento, y, sin más, entró en la casa. Permanecí inmóvil por un momento, con el sombrero en la mano, consciente de mi rudeza y tan dominado por la emoción que la visión de aquella belleza incomparable me inspiraba, que mi penitencia resultó menos dolorosa de lo que debería haber sido. Entonces reanudé mi camino, pero dejé el corazón en aquel lugar. Cualquiera otro día habría permanecido fuera de casa hasta la caída de la noche, pero aquél, a eso de la media tarde, ya estaba de vuelta en el jardín, interesado por aquellas pocas flores sin importancia que nunca antes me había detenido a observar. Mi espera fue en vano; la chica no apareció.

» A aquella noche de inquietud le siguió un día de expectación y desilusión. Pero al día siguiente, mientras caminaba por el barrio sin rumbo, me la encontré. Desde luego no volví a hacer la tontería de descubrirme; ni siquiera me atreví a dedicarle una mirada demasiado larga para expresar mi interés. Sin embargo mi corazón latía aceleradamente. Tenía temblores y, cuando me dedicó con sus grandes ojos negros una mirada de evidente reconocimiento, totalmente desprovista de descaro o coquetería, me sonrojé.

» No te cansaré con más detalles; sólo añadiré que volví a encontrármela muchas veces, aunque nunca le dirigí la palabra ni intenté llamar su atención. Tampoco hice nada por conocerla. Tal vez mi autocontrol, que requería un sacrificio tan abnegado, no resulte claramente comprensible. Es cierto que estaba locamente enamorado, pero, ¿cómo puede uno cambiar su forma de pensar o transformar el propio carácter?

» Yo era lo que algunos estúpidos llaman, y otros más tontos aún gustan ser llamados, un aristócrata; y, a pesar de su belleza, de sus encantos y elegancia, aquella chica no pertenecía a mi clase. Me enteré de su nombre (no tiene sentido citarlo aquí) y supe algo acerca de su familia. Era huérfana y vivía en la casa de huéspedes de su tía, una gruesa señora de edad, inaguantable, de la que dependía. Mis ingresos eran escasos y no tenía talento suficiente como para casarme; debe de ser una cualidad que nunca he tenido. La unión con aquella familia habría significado llevar su forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la

calle. Sé que este tipo de consideraciones son fácilmente censurables y no me encuentro preparado para defenderlas. Acepto que se me juzgue, pero, en estricta justicia, todos mis antepasados, a lo largo de generaciones, deberían ser mis codefensores y debería permitírseme invocar como atenuante el mandato imperioso de la sangre. Cada glóbulo de ella está en contra de un enlace de este tipo. En resumen, mis gustos, costumbres, instinto e incluso la sensatez que pueda quedarme después de haberme enamorado, se vuelven contra él. Además, como soy un romántico incorregible, encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar, y el matrimonio con toda seguridad disiparía. Ninguna criatura, argüía yo, podría ser más encantadora que esta mujer. El amor es un sueño delicioso; entonces, ¿por qué razón iba yo a procurar mi propio despertar?

» El comportamiento que se deducía de toda esta apreciación y parecer era obvio. Mi honor, orgullo y prudencia, así como la conservación de mis ideales me ordenaban huir, pero me sentía demasiado débil para ello. Lo más que podía hacer—y con gran esfuerzo— era dejar de ver a la chica, y eso fue lo que hice. Evité incluso los encuentros fortuitos en el jardín. Abandonaba la casa sólo cuando sabía que ella ya se había marchado a sus clases de música, y volvía después de la caída de la noche. Sin embargo era como si estuviera en trance; daba rienda suelta a las imaginaciones más fascinantes y toda mi vida intelectual estaba relacionada con ellas. ¡Ah, querido amigo! Tus acciones tienen una relación tan clara con la razón que no puedes imaginarte el paraíso de locura en el que viví.

» Una tarde, el diablo me hizo ver que era un idiota redomado. A través de una conversación desordenada, y sin buscarlo, me enteré por la cotilla de mi casera que la habitación de la joven estaba al lado de la mía, separada por una pared medianera. Llevado por un impulso torpe y repentino, di unos golpecitos suaves en la pared. Evidentemente, no hubo respuesta, pero no tuve humor suficiente para aceptar un rechazo. Perdí la cordura y repetí esa tontería, esa infracción, que de nuevo resultó inútil, por lo que tuve el decoro de desistir.

» Una hora más tarde, mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno, oí, o al menos creí oír, que alguien contestaba a mi llamada. Dejé caer los libros y de un salto me acerqué a la pared donde, con toda la firmeza que mi corazón me permitía, di tres golpes. La respuesta fue clara y contundente: uno, dos, tres, una exacta repetición de mis toques. Eso fue todo lo que pude conseguir, pero fue suficiente; demasiado, diría yo.

» Aquella locura continuó a la tarde siguiente, y en adelante durante muchas tardes, y siempre era yo quien tenía *la última palabra*. Durante todo aquel tiempo me sentí completamente feliz, pero, con la terquedad que me caracteriza, me mantuve en la decisión de no ver a la chica. Un día, tal y como era de esperar, sus contestaciones cesaron. «Está enfadada —me dije— porque cree que soy tímido y no me atrevo a llegar más lejos»; entonces decidí buscarla y conocerla y... Bueno, ni supe entonces ni sé ahora lo que podría haber resultado de todo aquello. Sólo sé que pasé días intentando encontrarme con ella, pero todo fue en vano. Resultaba imposible verla u oírla. Recorrí infructuosamente las calles en las que antes nos habíamos cruzado; vigilé el jardín de su casa desde

mi ventana, pero no la vi entrar ni salir. Profundamente abatido, pensé que se había marchado; pero no intenté aclarar mi duda preguntándole a la casera, a la que tenía una tremenda ojeriza desde que me habló de la chica con menos respeto del que yo consideraba apropiado.

» Y llegó la noche fatídica. Rendido por la emoción, la indecisión y el desaliento, me acosté temprano y conseguí conciliar un poco el sueño. A media noche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre, que me despertó y me hizo incorporarme para prestar atención a no sé muy bien qué. Me pareció oír unos ligeros golpes en la pared: el fantasma de una señal conocida. Un momento después se repitieron: uno, dos, tres, con la misma intensidad que la primera vez, pero ahora un sentido alerta y en tensión los recibía. Estaba a punto de contestar cuando el Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis asuntos con una pícaro sugerencia de venganza. Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda. ¡Qué tontería! ¡Que Dios sepa perdonármela! Durante el resto de la noche permanecí despierto, escuchando y reforzando mi obstinación con cínicas justificaciones.

» A la mañana siguiente, tarde, al salir de casa me encontré con la casera, que entraba:

» –Buenos días, señor Dampier –dijo–; ¿se ha enterado usted de lo que ha pasado?

Le dije que no, de palabra, pero le di a entender con el gesto que me daba igual lo que fuera. No debió captarlo porque continuó:

–A la chica enferma de al lado. ¿Cómo? ¿No ha oído nada? Llevaba semanas enferma y ahora...

Casi salto sobre ella.

» –Y ahora... –grité–, y ahora ¿qué?

» –Está muerta.

» Pero aún hay algo más. A mitad de la noche, según supe más tarde, la chica se había despertado de un largo estupor, tras una semana de delirio, y había pedido –éste fue su último deseo– que llevaran su cama al extremo opuesto de la habitación. Los que la cuidaban consideraron la petición un desvarío más de su delirio, pero accedieron a ella. Y en ese lugar aquella pobre alma agonizante había realizado la débil aspiración de intentar restaurar una comunicación rota, un dorado hilo de sentimiento entre su inocencia y mi vil monstruosidad, que se empeñaba en profesar una lealtad brutal y ciega a la ley del Ego.

» ¿Cómo podía reparar mi error? ¿Se pueden decir misas por el descanso de almas que, en noches como ésta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?

» Esta ha sido su tercera visita. La primera vez fui escéptico y verifiqué por métodos naturales el carácter del incidente; la segunda, respondí a los golpes, varias veces repetidas, pero sin resultado alguno. Esta noche se completa la «tríada fatal» de la que habla Parapelius Necromantius. Es todo lo

que puedo decir.

Cuando hubo terminado su relato no encontré nada importante que decir, y preguntar habría sido una impertinencia terrible. Me levanté y le di las buenas noches de tal forma que pudiera captar la compasión que sentía por él; en señal de agradecimiento me dio un silencioso apretón de manos. Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido.

Un naufrapiopsicológico

En el verano de 1874 me encontraba en Liverpool, donde había ido en viaje de negocios representando a la sociedad mercantil Bronson & Jarret de Nueva York. Mi nombre es William Jarret, y el de mi socio era Zenas Bronson. La compañía quebró el año pasado y Bronson, incapaz de soportar el salto de la opulencia a la pobreza, murió.

Una vez concluidos mis asuntos financieros y viendo cercana una crisis de agotamiento y desaliento, decidí que una larga travesía marítima podría resultar al mismo tiempo agradable y beneficiosa para mí; por ello, en vez de embarcarme a la vuelta en uno de aquellos excelentes buques de pasajeros, hice una reserva para Nueva York en el velero *Morrow*, donde había hecho cargar una abundante y valiosa remesa de los artículos que había comprado. *El Morrow* era un barco inglés dotado con pocos camarotes para pasajeros, entre los que sólo nos contábamos *yo* y una joven con su doncella, una mujer negra de mediana edad. Me pareció extraño que una joven inglesa viajara tan bien atendida, pero ella me explicó más tarde que la doncella había estado al servicio de un matrimonio de Carolina del Sur, y que fue recogida por su familia al morir ambos cónyuges el mismo día en casa de su padre, en Devonshire. Dicha circunstancia, por su rareza, permanecería en mi memoria con bastante claridad, incluso aunque no hubiera salido a relucir en una posterior conversación con la joven dama que el marido se llamaba William Jarret, igual que yo. Sabía que una rama de mi familia se había establecido en Carolina del Sur, pero desconocía completamente su historia y lo que había sido de ellos.

El *Morrow* partió del estuario del río Mersey el 15 de junio y durante varias semanas tuvimos brisas ligeras y cielos cubiertos. El patrón del barco, un marinero admirable (pero nada más), no nos ofreció, salvo a la hora de comer, demasiada hospitalidad, por lo que la joven Miss Janette Harford y yo hicimos amistad enseguida. A decir verdad, estábamos casi siempre juntos y, con una disposición de ánimo introspectiva, procuré varias veces analizar y definir el sentimiento novelesco que me inspiraba: una atracción secreta y sutil, pero poderosa, que me impulsaba constantemente a buscarla. Mis intentos fueron vanos. Sólo pude asegurarme de que, al menos, no se trataba de amor. Una vez convencido de esto y confiando en que ella me era bastante incondicional, una tarde (recuerdo que era el 3 de julio), mientras estábamos sentados en cubierta, me aventuré a preguntarle entre risas si podría ayudarme a resolver una duda psicológica.

Al principio se quedó callada, mirando hacia otro lado. Empecé a temer que había sido extremadamente descortés e inoportuno. Pero entonces clavó su mirada solemne sobre la mía. En un instante mi mente se vio dominada por una ilusión extraña y nunca registrada en la consciencia humana. Daba la impresión de que me miraba, desde una lejanía inconmensurable, no *con* sino *a través* de sus ojos, y que otras personas, hombres, mujeres y niños, en cuyos rostros creí ver efímeras expresiones extrañamente familiares, se arremolinaban a su alrededor, pugnando todos, con una ligera impaciencia, por mirarme a través de las mismas órbitas. El barco, el océano, el cielo: todo había desaparecido. No era consciente más que de las figuras de esa extraordinaria y fantástica escena. Entonces, de repente, una profunda oscuridad se abatió sobre mí, y desde ella y poco a poco,

como quien se va acostumbrando despacio a una luz más débil, el entorno anterior de la cubierta, el mástil y las jarcias, fue reapareciendo lentamente ante mi vista. Miss Harford, que había cerrado los ojos y parecía estar dormida, seguía sentada en su silla con el libro que había estado leyendo abierto sobre su regazo. Impulsado por no sé qué motivo, me fijé en la parte superior de la página; era un ejemplar de una obra rara y curiosa, *Las Meditaciones de Denneker*, y el dedo índice de la dama descansaba sobre este pasaje:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan».

Miss Harford se despertó temblando; el sol se había ocultado tras el horizonte, pero no hacía frío. Tampoco hacía nada de viento ni había nubes en el cielo; sin embargo, no se veía una estrella. Unos pasos precipitados resonaron fuertemente sobre la cubierta; el capitán, al que habían hecho subir, se reunió junto al barómetro con el primer oficial. «¡Dios mío!», le oí exclamar.

Una hora más tarde, la figura de Janette Harford, invisible en medio de la oscuridad y la espuma, me fue arrebatada de las manos por el vórtice cruel del barco al hundirse, mientras yo perdía el conocimiento entre las jarcias del mástil flotante al que me había amarrado.

Me despertó la luz de una lámpara. Yacía en una litera rodeado por el característico ambiente del camarote de un buque. Frente a mí, un hombre sentado en un canapé y medio desnudo para irse a dormir, leía un libro. Reconocí el rostro de mi amigo Gordon Doyle. Me había encontrado con él el día que me embarqué en Liverpool, cuando estaba a punto de subir al buque *Ciudad de Praga*, y me había pedido encarecidamente que le acompañara en él.

Pasados unos instantes, pronuncié su nombre. Él se limitó a decir «Bien», y pasó la hoja del libro sin apartar la vista de la página.

–Doyle –repetí–, ¿la salvaron *a ella*?

Entonces se dignó mirarme y sonrió divertido. Evidentemente creyó que estaba medio dormido.

–¿A ella? ¿A quién te refieres?

–A Janette Harford.

Su diversión se convirtió en asombro; me miró fijamente, sin decir nada.

–Me lo dirás dentro de un rato –proseguí–; supongo que me lo dirás dentro de un rato.

Un momento después pregunté:

–¿Qué barco es éste?

Doyle volvió a mirarme fijamente.

–El *Ciudad de Praga*, que partió de Liverpool con rumbo a Nueva York y lleva tres semanas de

travesía con el eje de una hélice roto. Principal pasajero: Mr. Gordon Doyle; ídem lunático: Mr. William Jarret. Estos dos distinguidos viajeros embarcaron juntos, pero están a punto de separarse, siendo la decisión irrevocable del primero tirar por la borda al segundo.

Me incorporé de repente.

—¿Quieres decir que llevo tres semanas como pasajero de este barco?

—Sí, casi tres. Hoy es 3 de julio.

—¿Es que he estado enfermo?

—Sano como una manzana y siempre puntual en las comidas.

—¡Dios santo! Doyle, aquí hay algún misterio. Por favor, te ruego que seas serio. ¿No fui rescatado del naufragio del velero *Morrow*?

A Doyle le cambió el color, se acercó a mí y me cogió por la muñeca. Al rato preguntó con calma:

—¿Qué sabes de Janette Harford?

—Primero dime qué sabes *tú*.

Mr. Doyle me observó durante unos instantes como si estuviera pensando qué hacer. Después se volvió a sentar en el canapé y dijo:

—¿Por qué no? Estoy comprometido con Janette Harford, a la que conocí hace un año en Londres. Su familia, una de las más ricas de Devonshire, se ofendió por ello y nos fugamos, o mejor dicho, estamos fugándonos, porque el día que tú y yo nos dirigíamos al embarcadero para subir a este barco, ella y su fiel doncella, una mujer negra, nos adelantaron y se dirigieron al velero *Morrow*. No consintió que fuéramos en el mismo barco y creyó más oportuno embarcar en un velero para evitar que nos vieran y reducir el riesgo de ser descubiertos. Ahora estoy muy preocupado porque esa maldita rotura de nuestra maquinaria puede que nos retrase tanto que el *Morrow* llegue a Nueva York antes que nosotros y, en ese caso, la pobre chica no sabrá dónde ir.

Me quedé quieto en la litera, tan quieto que apenas respiraba. Pero el asunto no parecía desagradar a Doyle pues, tras una breve pausa, continuó:

—A propósito, ella es sólo hija adoptiva de los Harford. Su madre murió en su tierra al caer de un caballo durante una cacería, y su padre, loco de tristeza, se suicidó el mismo día. Nadie reclamó a la niña y los Harford la adoptaron después de un tiempo razonable. Aunque ella ha crecido en la creencia de que es su hija.

—Doyle ¿qué libro estás leyendo?

—Oh, se llama *Las Meditaciones de Denneker*. Es muy raro; Janette me lo dio. Por casualidad tenía dos ejemplares. ¿Quieres verlo?

Me arrojó el volumen, que se abrió al caer. En una de las páginas había un pasaje subrayado:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan».

–Tenía, es decir, tiene, un gusto muy singular a la hora de leer –conseguí decir, dominando mi nerviosismo.

–Sí. Tal vez ahora tengas la amabilidad de explicarme cómo llegaste a conocer su nombre y el del velero en que se embarcó.

–Te oí hablar de ellos en sueños –señalé.

Una semana después atracamos en el puerto de Nueva York. Pero del *Morrow* nunca se volvió a saber nada.

El dedo corazón del pie derecho

Es bien sabido que la vieja casa Manton está hechizada. En toda la zona rural que la rodea, e incluso en la ciudad de Marshall, situada a una milla de distancia, no hay una sola persona de mente imparcial que tenga la menor duda al respecto; la incredulidad se limita a esas personas que recibirán el término de «chifladas» en cuanto esta útil palabra haya penetrado en la esfera intelectual del *Advance* de Marshall. La evidencia de que la casa está hechizada es doble: el testimonio de testigos desinteresados que han aportado la prueba ocular, y el de la propia casa. Los primeros pueden ser rechazados por cualquiera de las diversas objeciones que se le ocurra plantear al ingenuo; pero los hechos que están al alcance de la observación de todos son materiales y pueden controlarse.

En primer lugar, la casa Manton no ha sido ocupada por los mortales desde hace más de diez años, y junto con sus edificios exteriores está entrando lentamente en decadencia: circunstancia que, por sí sola, nadie en su sano juicio se aventuraría a ignorar. Está un poco alejada del tramo más solitario de la carretera que une Marshall con Harriston, en un claro que en otro tiempo fue una granja, y sigue desfigurado por secciones de valla podrida y medio cubierta por zarzas que antaño cercaba un suelo estéril y pedregoso que hace ya muchísimo tiempo que no sabe lo que es un arado. La casa se encuentra en condiciones tolerablemente buenas, aunque muy despintada por el tiempo y con una gran necesidad de atención del vidriero, ya que la población masculina infantil de la región ha dado pruebas, de la manera que le es habitual, de su desaprobación a esa casa sin habitantes. Tiene una altura de dos pisos, es de planta casi cuadrada y la fachada delantera está traspasada por una sola puerta flanqueada a cada lado por una ventana, totalmente recubiertas ambas de tablones. Las ventanas correspondientes del piso superior, que no están protegidas, permiten la entrada de la luz y la lluvia en las habitaciones del segundo piso. Hierbas buenas y malas crecen a su antojo por todas partes, y algunos árboles de sombra, algo estropeados por el viento, se inclinan todos en la misma dirección, dando la impresión de que estuvieran haciendo un esfuerzo concertado por escapar de allí. En resumen, tal como el humorista de la ciudad de Marshall explicaba en las columnas del *Advance*, «la proposición de que la casa Manton está hechizada es la única conclusión lógica que puede obtenerse». El hecho de que fuera en aquella misma morada donde al señor Manton le pareció adecuado una noche de hace unos diez años levantarse y cortarle la garganta a su esposa y a sus dos hijos pequeños, yéndose a vivir enseguida a otra parte del país, tiene sin duda su parte de responsabilidad en el hecho de que a la atención pública el lugar le parezca adecuado para los fenómenos sobrenaturales.

Una tarde de verano llegaron a la casa cuatro hombres montados en una carreta. Tres de ellos se bajaron enseguida, y el que iba conduciendo ató la yunta al único poste que quedaba de lo que había sido una valla. El cuarto permaneció sentado en el carro.

—Vamos —dijo uno de sus compañeros acercándose a él, mientras los otros dos se dirigían a la casa—. Éste es el lugar.

–¡Dios mío! –respondió sin moverse el otro–. Esto es una broma y me parece que están todos en el ajo.

–Quizás yo lo esté –contestó el otro mirándole directamente a la cara y hablándole con un tono que tenía algo de desprecio–. Pero recordará que la elección del lugar se le dejaba a los otros con su consentimiento. Claro que si tiene miedo de los espectros...

–Yo no le tengo miedo a nada –le interrumpió el otro con un juramento antes de saltar al suelo. Los dos se unieron a los otros en la puerta, que uno de ellos había abierto ya con cierta dificultad porque la cerradura estaba oxidada. Entraron todos. Dentro estaba oscuro, pero el que había abierto la puerta sacó una vela y cerillas y la prendió. Abrió después una puerta que tenía a su derecha en cuanto estuvieron en el pasillo. Daba paso a una habitación grande y cuadrada que la vela sólo podía iluminar muy débilmente. El suelo tenía una espesa capa de polvo que ahogaba parcialmente el ruido de sus pisadas. Había telarañas en los ángulos de las paredes y colgando del techo como tiras de un encaje podrido, y que con la agitación del aire que produjo su entrada iniciaron unos movimientos ondulantes. La habitación tenía dos ventanas en los lados, pero desde ninguna de ellas podía verse nada salvo la tosca superficie interior de los tablones clavados a escasos centímetros del cristal. No había chimenea ni muebles; no había nada: aparte de las telarañas y el polvo, los cuatro hombres eran los únicos seres que no formaban parte de la estructura.

Debían tener un aspecto extraño bajo la luz amarillenta de la vela. El que se había bajado del carro con mayor desgana resultaba especialmente espectacular: casi podría decirse que sensacional. Era de mediana edad, de fuerte constitución, pecho y hombros anchos. Viendo su figura cualquiera habría dicho que tenía la fuerza de un gigante, y si se le miraba a los rasgos de la cara, cualquiera se convencería de que estaba dispuesto a utilizarla como tal. Iba bien afeitado y con el pelo, grisáceo, muy corto. Su frente baja estaba cruzada por arrugas encima de los ojos, que se volvían verticales sobre la nariz. Las cejas, negras y espesas, seguían la misma ley, y sólo un último giro hacia arriba impedía lo que se habría convertido en un punto de contacto. Muy hundidos bajo las cejas, brillando bajo la luz oscura, había unos ojos de color incierto pero evidentemente demasiado pequeños. Su expresión tenía algo formidable que no mejoraba con la boca cruel y las mandíbulas anchas. La nariz estaba, sin embargo, bastante bien, en cuanto que nariz; pero nadie espera demasiado de las narices. Todo lo que tenía de siniestro el rostro de aquel hombre parecía acentuado por una palidez que no era natural: daba la impresión de que careciera totalmente de sangre.

El aspecto de los otros hombres era bastante común: eran personas de esas que uno conoce y se olvida de haber conocido. Todos eran más jóvenes que el hombre que hemos descrito, y entre ellos y el de mayor edad, que se mantenía apartado, no parecía existir ningún sentimiento amable. Evitaban mirarse el uno al otro.

–Caballeros –dijo el hombre que sostenía la vela y las llaves–. Creo que todo está bien. ¿Está dispuesto, señor Rosser?

El hombre que se encontraba apartado del grupo inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Y usted, señor Grossmith?

El hombre pesado inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—Si me hacen el favor de quitarse las prendas exteriores.

Enseguida se quitaron los sombreros, abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, que arrojaron fuera de la puerta, al pasillo. El hombre que llevaba la vela asintió y el cuarto hombre —el que había presionado a Grossmith para que bajara del carro— sacó del bolsillo de su abrigo dos largos machetes de aspecto asesino que extrajo inmediatamente de sus vainas de cuero.

—Son exactamente iguales —dijo dándole a cada uno de los dos personajes principales uno de los cuchillos, pues en ese momento hasta el observador más torpe habría comprendido la naturaleza de la reunión. Iba a ser un duelo a muerte.

Cada luchador cogió un cuchillo, lo examinó críticamente cerca de la vela y comprobó la fuerza de la hoja y del mango sobre su rodilla levantada. Después, el ayudante de cada uno de ellos se dirigió al otro.

—Si le parece bien, señor Grossmith —dijo el hombre que sostenía la luz—, se colocará usted en esa esquina.

Indicó el ángulo de la habitación más alejado a la puerta, y hacia allí se retiró Grossmith, después de que su ayudante se despidiera de él con un apretón de manos que no tenía nada de cordial. En el ángulo más cercano a la puerta se colocó el señor Rosser, y tras una consulta en susurros con su ayudante, éste le dejó y se unió al otro ayudante junto a la puerta. En ese momento se apagó la vela dejando la habitación en una oscuridad profunda. Quizás se debiera a una corriente provocada por la puerta abierta, pero con independencia de cuál fuera la causa, el efecto resultó sorprendente.

—Caballeros —dijo una voz que parecía extrañamente desconocida en esas condiciones alteradas que afectan a las relaciones de los sentidos—: no se moverán hasta que oigan que se ha cerrado la puerta exterior.

Se escucharon sonidos de pisadas, después el de la puerta interior al cerrarse y, finalmente, la puerta exterior, con un golpe que sacudió el edificio entero.

Unos minutos más tarde, el hijo de un granjero que se había retrasado se encontró con un carro ligero que conducían furiosamente hacia la ciudad de Marshall. Afirmó que tras las dos personas del asiento delantero había una tercera, con las manos sobre los hombros inclinados de los otros, quienes parecían luchar en vano para liberarse del tercero. A diferencia de las otras, esa figura iba vestida de blanco y sin la menor duda se había subido al carro cuando éste pasó junto a la casa hechizada. Como el muchacho podía jactarse de haber tenido muchísimas experiencias anteriores en esa zona sobrenatural, su palabra tenía con justicia el peso del testimonio de un experto. La historia (en relación con los acontecimientos del día siguiente) apareció en el *Advance*, con algunos ligeros embellecimientos literarios y la sugerencia, a modo de conclusión, de que a esos caballeros se les permitiría utilizar las columnas del periódico para dar su versión acerca de la aventura nocturna.

Pero nadie reclamó ese privilegio.

II

Los acontecimientos que habían llevado a aquel «duelo en la oscuridad» fueron bastante simples. Una noche, tres jóvenes de la ciudad de Marshall estaban sentados en una tranquila esquina del porche del hotel del pueblo, fumando y discutiendo acerca de los asuntos que es natural interesen a hombres jóvenes y educados de un pueblo del sur. Sus nombres eran King, Sancher y Rosser. A una distancia escasa desde la que era fácil escucharles, pero sin tomar parte en la conversación, se sentaba un cuarto hombre que aquellos tres no conocían. Simplemente sabían que cuando a primera hora de la tarde había llegado en la diligencia, se había registrado en el hotel con el nombre de Robert Grossmith. No se le había visto hablar con nadie salvo con el recepcionista del hotel. Sin embargo, parecía apreciar singularmente su propia compañía; o tal como lo expresó el *personnel* del *Advance*, era «muy adicto a las malignas asociaciones». Pero habría que añadir entonces, para hacer justicia al desconocido, que el *personnel* era de una disposición demasiado alegre como para poder juzgar a alguien diferentemente dotado, y que además había experimentado un ligero rechazo cuando intentó hacerle una «entrevista».

—Odio cualquier tipo de deformidad en una mujer —estaba diciendo King—. Ya sea natural o... adquirida. Sostengo la teoría de que cualquier defecto físico tiene su correlativo defecto mental y moral.

—Deduzco de ello —intervino con solemnidad Rosser—, que una dama que carezca de la ventaja moral de una nariz encontraría que la lucha por convertirse en la señora King sería una empresa ardua.

—Desde luego que puede expresarlo de ese modo —le respondió el otro—. Pero hablando en serio, en una ocasión abandoné a una joven de lo más encantadora al enterarme accidentalmente de que había sufrido la amputación de un dedo de un pie. Mi conducta fue brutal, si quieren considerarlo así, pero si me hubiera casado con esa joven me habría sentido desgraciado durante toda la vida, y habría hecho que también ella se sintiera así.

—Mientras que al casarse con un caballero de opiniones más liberales, escapó a ese destino y se encontró con que le abrieron la garganta—intervino Sancher con una ligera risotada.

—Ah, ya sabe a quién me refiero. Ciertamente, se casó con Manton, pero nada sé de su liberalidad; no estoy seguro de que no le cortara la garganta al descubrir que le faltaba eso que es tan excelente en una mujer: el dedo corazón del pie derecho.

—¡Fíjense en ese tipo! —dijo Rosser en voz baja fijando su mirada en el desconocido.

Evidentemente aquel tipo estaba escuchando la conversación intensamente.

—¡Vaya descaró! —murmuró King—. ¿Qué podemos hacer?

—Eso es fácil —contestó Rosser levantándose—. Señor —dijo dirigiéndose al desconocido—: creo que sería mejor que se fuera con su silla al otro extremo del porche. La presencia de unos caballeros

es. una situación que, evidentemente, no le resulta familiar.

El hombre se puso en pie y avanzó hacia ellos con los puños cerrados y el rostro blanco por la rabia. Ahora estaban todos en pie y Sancher se interpuso entre los beligerantes.

–Ha sido usted apresurado e injusto –le dijo a Rosser–. Este caballero no ha hecho nada que merezca ese lenguaje.

Pero Rosser no retiró ninguna palabra. Dada la costumbre del país y de la época, aquella disputa sólo podía tener una consecuencia.

–Exijo la satisfacción debida a un caballero –dijo el desconocido, ya más tranquilo–. No tengo ningún conocido en esta región. Quizás usted, señor, tendrá la amabilidad de representarme en este asunto –añadió haciendo un gesto a Sancher.

Sancher aceptó la misión; hay que confesar que con cierta desgana, pues ni el aspecto ni las maneras de aquel hombre eran totalmente de su agrado. King, que durante el coloquio apenas había apartado la mirada del rostro del desconocido y no había dicho ni una sola palabra, consintió con un gesto actuar como ayudante de Rosser, y como consecuencia de todo aquello, una vez se hubieron retirado los elementos principales, se acordó un encuentro para la noche siguiente. La naturaleza de las disposiciones tomadas ya se ha revelado. El duelo a cuchillo en una habitación oscura fue en otro tiempo algo común en la vida del suroeste. Lo que veremos más adelante es la delgada capa de barniz de «caballería» que ocultaba la brutalidad esencial de dicho código.

III

Bajo el calor de un mediodía de verano, la antigua casa Manton resultaba verdaderamente fiel a sus tradiciones. Era terrena, de la tierra. La luz del sol la acariciaba cálida y afectuosamente, despreciando evidentemente su mala reputación. La hierba que verdeaba todo el área frontal parecía crecer no sólo espesamente, sino con una exuberancia natural y gozosa, mientras las matas florecían como si fueran plantas. Formando encantadores juegos de luces y sombras, y poblados de pájaros de agradables cantos, los olvidados árboles de sombra ya no luchaban por escapar, sino que se inclinaban reverentemente bajo su carga de sol y de cantos. Incluso en las ventanas altas, sin cristales, había una expresión de paz y alegría debida ala luz interior. Sobre los campos pedregosos el calor visible danzaba con un temblor vivo incompatible con esa gravedad que es atributo de lo sobrenatural.

Ése era el aspecto que presentaba el lugar ante el sheriff Adams y los dos hombres que le habían acompañado desde Marshall para ir a verla. Uno de ellos era el señor King, ayudante del sheriff; el otro, llamado Brewer, era un hermano de la fallecida señora Manton. Según una benéfica ley del Estado relativa a cualquier propiedad que hubiera sido abandonada durante un cierto período de tiempo por un propietario cuya residencia no podía averiguarse, el sheriff era el custodio legal de la granja Manton y de las dependencias que le pertenecieran. Aquella visita se debía a una simple conformidad superficial al mandato de un tribunal al que había acudido el señor Brewer con el fin de tomar posesión de la propiedad en cuanto que heredero de su hermana fallecida. Por una simple coincidencia, la visita se realizó al día siguiente de la noche en que el ayudante del sheriff, King, había abierto la casa con un propósito muy distinto. Su presencia actual no la había decidido él: le habían ordenado que acompañara a su superior y en aquel momento no se le ocurrió nada que fuera más prudente que simular prontitud en obedecer la orden.

Abriendo cuidadosamente la puerta principal, que para su sorpresa no estaba cerrada, el sheriff se alarmó al ver en el suelo del pasillo al que daba ésta un confuso montón de prendas masculinas. El examen reveló que se componía de dos sombreros y el mismo número de abrigo, chalecos y pañuelos de cuello, todos en un estado de conservación notablemente bueno, aunque algo manchados por el polvo sobre el que yacían. El señor Brewer quedó igualmente asombrado, pero no se registró la emoción del señor King. Con un renovado y vivo interés por aquel acto, el sheriff abrió y empujó una puerta que daba a la derecha y los tres hombres entraron por ella. La habitación parecía vacía... pero no, cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz pudieron ver algo en el ángulo más alejado de la pared. Era una figura humana: la de un hombre acurrucado en la esquina. Había algo en su actitud que obligó a los intrusos a detenerse cuando apenas habían traspasado el umbral. La figura fue definiéndose con mayor claridad cada vez. El hombre estaba apoyado sobre una rodilla, la espalda contra un ángulo de la pared, los hombros elevados hasta la altura de las orejas, las manos delante del rostro con las palmas hacia afuera, los dedos extendidos y curvados como si fueran garras; el rostro blanco y vuelto hacia arriba sobre el cuello echado hacia atrás tenía la expresión de un temor indescriptible, con la boca abierta a medias y los ojos increíblemente abiertos. Estaba muerto. Sin

embargo, con la excepción de un machete que había caído, evidentemente, de su propia mano, no había ningún otro objeto en la habitación.

Sobre el espeso polvo que cubría el suelo encontraron algunas huellas confusas cerca de la puerta y a lo largo de la pared que daba a ésta. En una de las paredes adjuntas, más allá de las ventanas entabladas, estaba el rastro que él mismo había hecho hasta llegar a aquella esquina. Para acercarse al cuerpo, los tres hombres siguieron ese rastro. El sheriff tocó uno de sus brazos extendidos; estaba tan rígido como el hierro, y la aplicación de una fuerza suave hizo oscilar el cuerpo entero sin alterar la relación de sus partes. Brewer, pálido por la excitación, contempló fijamente el rostro distorsionado.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —gritó de pronto—. ¡Es Manton!

—Tiene usted razón —añadió King, en un evidente intento de mantenerse tranquilo—. Conocí a Manton. Entonces llevaba barba y el cabello largo, pero es él.

Podría haber añadido: «Lo reconocí cuando desafió a Rosser. Le dije a Rosser y a Sancher quién era él antes de que le preparáramos esta trampa horrible. Cuando Rosser salió de esta habitación oscura detrás de nosotros, olvidando sus prendas exteriores por la excitación, y viniéndose con nosotros en mangas de camisa, durante todo aquel deshonroso procedimiento, sabíamos que estábamos tratando con ese cobarde y asesino».

Pero el señor King no dijo nada de aquello. Estaba esforzándose por penetrar en el misterio de la muerte de aquel hombre. Que no se había movido de la esquina que le habían asignado; que su postura no era ni de ataque ni de defensa; que había dejado caer el arma; que evidentemente había perecido por un horror terrible a algo que había *vista* éstas eran las circunstancias que la inteligencia turbada del señor King no podía comprender correctamente.

Buscando a tientas en su oscuridad intelectual una pista que le permitiera salir de ese laberinto de dudas, su mirada, dirigida mecánicamente hacia abajo como acostumbra a hacer quien medita profundamente, vio algo que allí, a la luz del día y en presencia de sus compañeros, le afectó poderosamente llenándole de terror. En el polvo que se había acumulado en el suelo a lo largo de tantos años, desde la puerta por la que ellos habían entrado, cruzando la habitación y deteniéndose a un metro del cadáver acurrucado de Manton, había tres líneas paralelas de huellas: las impresiones ligeras pero claras de unos pies desnudos, las dos del exterior, de unos niños pequeños, y la interior, de una mujer. No habían regresado desde el punto en que terminaban: todas señalaban en una dirección. Brewer, que se había dado cuenta de ellas en ese mismo momento, se inclinó hacia adelante en una actitud de atención reconcentrada, pero horriblemente pálido.

—¡Miren! —gritó señalando con ambas manos la huella más cercana del pie derecho de la mujer, donde ésta evidentemente se había detenido—. Falta el dedo del centro... ¡era Gertrude!

Gertrude era la fallecida señora Manton, la hermana del señor Brewer.

El funeral de John Mortonson

John Mortonson se murió: su obituario había sido leído y él había dejado la escena.

El cuerpo descansaba en un fino ataúd de mahogany con una placa de cristal empotrada. Todos los ajustes para el funeral habían sido tan bien digitados que sin duda, si el difunto los hubiera sabido, de seguro que los hubiera aprobado. El rostro, como se podía ver a través del cristal, no tenía semblante de desagrado: perfilaba una tenue sonrisa, como si la muerte no le hubiera resultado dolorosa, no estando distorsionado más allá del poder reparador del funebrero. A las dos de la tarde los amigos fueron citados para rendir su último tributo de respeto a aquel quien no había tenido mayor necesidad de amigos y de respeto. Los miembros de su familia fueron pasando cada varios minutos a la capilla y lloraron sobre los restos plácidos bajo el cristal. Esto no fue bueno; no fue bueno para John Mortonson; pero en presencia de la muerte la razón y la filosofía permanecen mudas.

A medida que las horas iban pasando, los amigos iban llegando y ofrecían consuelo a los parientes dolidos, quienes, como las circunstancias de la ocasión requerían, estaban solemnemente sentados alrededor de la habitación con un importante conocimiento de su importancia en la pompa fúnebre. Luego vino el ministro, y en tal oscura presencia las más mínimas luces se eclipsaron. Su entrada fue seguida por la de la viuda, cuyas lamentaciones llenaron la estancia. Ella se acercó a la capilla y luego de inclinar su rostro contra el frío cristal por un momento, fue gentilmente conducida hacia un asiento cercano al de su hija. Lúgubrementemente y en tono bajo, el hombre de Dios comenzó su elogio de la muerte, y su dolorosa voz, mezclada con los sollozos cuya intención era para estimular al auditorio, pareció como el sonido del mar sombrío. El deprimente día se oscureció a medida que él hablaba; una cortina de nubes acechó el cielo y un par de gotas de lluvia se hicieron audibles. Pareció como si la naturaleza entera estuviera llorando por John Mortonson.

Cuando el ministro hubo terminado su elogio con una oración, se cantó un himno y los portadores del féretro tomaron su lugar detrás del mismo. Cuando las últimas notas del himno tocaron a su fin la viuda corrió hasta el ataúd, cayendo sobre el mismo y llorando histéricamente. Gradualmente fue cediendo a la disuasión y a comportarse; y el ministro trataba de alejar su vista de la muerte bajo el cristal. Ella extendió sus brazos y con un grito cayó insensible.

Los dolientes se acercaron al ataúd, los amigos los siguieron, y cuando el reloj sobre el mantel solemnemente daba las tres, todos miraron fijamente sobre el rostro del difunto John Mortonson.

Ellos retrocedieron, débilmente. Un hombre, tratando en su terror de escapar de la desagradable visión, tropezó contra el ataúd tan pesadamente como para golpeando uno de sus delicados soportes. El ataúd cayó al piso, el cristal estalló en miles de pedazos por el golpe.

Desde la abertura del cristal salió el gato de John Mortonson, que perezosamente brincó al piso, sentándose, limpiando tranquilamente su criminal hocico con la pata delantera, para retirarse con dignidad de la estancia.

El reino de lo irreal

En un tramo que hay entre Auburn y Newcastle, siguiendo en primer lugar la orilla de un arroyo y luego la otra, la carretera ocupa todo el fondo de un desfiladero que está en parte excavado en las pronunciadas laderas, y en parte levantado con las piedras sacadas del lecho del arroyo por los mineros. Las colinas están cubiertas de árboles y el curso del río es sinuoso.

En noches oscuras hay que conducir con cuidado para no salirse de la carretera e irse al agua. La noche de mi recuerdo había poca luz, y el riachuelo, crecido por una reciente tormenta, se había convertido en un torrente. Venía de Newcastle y me encontraba a una milla de Auburn, en la zona más oscura y estrecha del desfiladero, con la vista atenta a la carretera que se extendía por delante de mi caballo. De pronto, y casi debajo del hocico del animal, vi a un hombre; di un tirón tan fuerte a las riendas que poco faltó para que la criatura quedara sentada sobre sus ancas.

—Usted perdone —dije—, no le había visto.

—No se podía esperar que me viera —replicó con educación el individuo mientras se aproximaba al costado de la carreta—; y el ruido del desfiladero impidió que yo le oyera.

Aunque habían pasado cinco años, reconocí aquella voz enseguida. No me agradaba especialmente volver a oírla.

—Usted es el Dr. Dorrimore ¿verdad? —pregunté.

—Exacto; y usted es mi buen amigo Mr. Manrich. Me alegra muchísimo verle —añadió esbozando una sonrisa—, sobre todo porque vamos en la misma dirección y, como es natural, espero que me invite a ir con usted en la carreta.

—Cosa que yo le ofrezco de todo corazón.

Lo que no era verdad en absoluto.

El Dr. Dorrimore me dio las gracias mientras se sentaba a mi lado, y yo reanudé la marcha como antes, con precaución. Sin duda son imaginaciones mías, pero ahora me parece que recorrimos la distancia que nos quedaba en medio de una niebla gélida; yo pasé un frío espantoso. El camino resultó mas largo que nunca y la ciudad, cuando llegamos al fin a ella, aparecía sombría, lúgubre y desolada. Debía de estar cayendo la noche, y sin embargo no recuerdo haber visto luz en las casas ni ningún ser vivo por las calles. Dorrimore me explicó con cierto detenimiento por qué se encontraba allí y dónde había pasado los años anteriores, desde que le había visto por última vez. Recuerdo que me lo contó, pero no consigo acordarme de lo que me dijo. Se había ido al extranjero y había vuelto; eso es todo de lo que conservo memoria, y era algo que ya sabía. En cuanto a mí, no recuerdo haber dicho una palabra, aunque seguramente lo hice. Hay algo de lo que sí tengo conciencia clara: la presencia de aquel hombre a mi lado me resultaba singularmente desagradable e inquietante; tanto que, cuando por fin detuve el carro bajo el anuncio luminoso del Hotel Putnam, experimenté la sensación de haber escapado a algún peligro espiritual de naturaleza especialmente funesta. Esa

sensación de alivio se vio modificada al descubrir que el Dr. Dorrimore también se alojaba en el mismo hotel.

II

Como explicación parcial de mis sentimientos hacia el Dr. Dorrimore, relataré brevemente las circunstancias en las que le conocí unos años antes. Una noche, media docena de hombres, yo entre ellos, estaban sentados en la biblioteca del Club Bohemio de San Francisco. La conversación había derivado hacia el tema de la destreza manual y las proezas de los *prestidigitateurs*, uno de los cuales actuaba por aquel entonces en un teatro de la localidad.

—Esos tipos no son más que aspirantes en un doble sentido —dijo un individuo del grupo—; no saben hacer nada a lo que merezca la pena prestar atención. El más humilde malabarista ambulante de la India podría dejarles perplejos y al borde de la locura.

—¿Por ejemplo... ?

—Pues, por ejemplo, ejecutando sus juegos más usuales y conocidos: lanzando al aire grandes objetos que no vuelven a caer; haciendo que las plantas broten, crezcan y florezcan en un terreno estéril elegido por los espectadores; poniendo a un hombre en una cesta de mimbre y atravesándolo una y otra vez con una espada mientras grita y sangra, y luego, al abrir la cesta, revelando que no hay nada dentro; agitando el extremo libre de una escala de seda en el aire, ascendiendo por ella y desapareciendo.

—¡Tonterías! —exclamé, de un modo bastante grosero, me temo—. ¿No creerá usted tales cosas?

—Desde luego que no: las he visto con mucha frecuencia.

—Pero yo sí —dijo un periodista que tenía fama en la localidad como reportero pintoresco—. Las he relatado tantas veces que sólo la observación directa podría debilitar mi convicción. Bueno, caballeros, va mi propia palabra en ello.

Nadie se rió; todos miraban a algo que había detrás de mí. Al darme la vuelta en el asiento vi a un hombre con traje de etiqueta que acababa de entrar en la sala. Su piel era atezada, casi oscura; llevaba una barba negra y poblada, una mata de pelo negro algo revuelto, y tenía la nariz afilada y unos ojos que resplandecían con una expresión tan desalmada como los de una cobra. Alguien del grupo se levantó y lo presentó como el Dr. Dorrimore, de Calcuta. Mientras íbamos siendo presentados uno a uno, él contestaba a nuestro saludo con una profunda reverencia al estilo Oriental, a la que le faltaba la solemnidad de Oriente. Su sonrisa me resultó cínica y un poco despectiva. Sólo sé describir su conducta como desagradablemente atractiva.

Su presencia hizo que la conversación derivara hacia otros temas. Habló poco (no recuerdo nada de lo que dijo). Su voz me pareció especialmente rica y melodiosa, pero me produjo la misma impresión que sus ojos y su sonrisa. Tras unos minutos me puse en pie para marcharme. Él también se levantó y cogió su abrigo.

—Mr. Manrich —dijo—, voy en su misma dirección.

—¡Menudo diablo! —pensé—. ¿Cómo sabe usted en qué dirección voy?

–Estaré encantado de que me acompañe –contesté.

Salimos juntos del edificio. No había ningún coche a la vista, los tranvías se habían ido a acostar, había luna llena y el aire fresco de la noche resultaba delicioso. Subimos caminando por la calle California. Naturalmente, tomé esa dirección creyendo que él tomaría otra, hacia uno de los hoteles.

–Usted no cree lo que se dice de los malabaristas hindúes –dijo sin más preámbulo.

–¿Y usted cómo lo sabe? –pregunté.

Sin contestar a mi pregunta, apoyó una mano ligeramente sobre mi brazo mientras con la otra me señalaba los adoquines de la acera por la que caminábamos. En ella, y casi a nuestros pies, ¡yacía el cuerpo muerto de un hombre, con una cara muy pálida por la luz de la luna, vuelta hacia arriba! Tenía una espada, en cuya empuñadura relucían piedras preciosas, clavada en el pecho; sobre los adoquines de la acera se había formado un charco de sangre.

Me quedé pasmado y aterrorizado, no sólo por lo que veía, sino por las circunstancias en las que lo hacía. Durante nuestra ascensión, mis ojos, al menos eso creía, habían recorrido varias veces toda la distancia de la acera, de calle a calle. ¿Cómo habían podido ser insensibles a aquel objeto horroroso ahora tan visible bajo la luz de la luna?

Cuando recobré mis aturdidas facultades observé que el cuerpo vestía traje de etiqueta. El abrigo, completamente abierto, dejaba ver el frac, la corbata blanca, la amplia pechera penetrada por la espada. Y (¡horrible revelación!) la cara, exceptuando la palidez, ¡era la de mi acompañante! Hasta el más diminuto detalle y característica coincidía con el mismísimo Dr. Dorrimore. Perplejo y horrorizado, me di la vuelta para buscar al hombre vivo. No se le veía por ningún sitio; con gran espanto, me alejé de aquel lugar calle abajo, en la misma dirección por la que había venido. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando sentí que me agarraban por el hombro; me detuve. Por poco no grité de terror: el muerto, con la espada todavía clavada en el pecho, estaba allí, ¡a mi lado! Después de sacarse el arma con la mano libre, la arrojó lejos: la luz de la luna centelleó sobre las gemas de la empuñadura y el immaculado acero de la hoja. Al estrellarse sobre la acera, ¡la espada desapareció! Aquel individuo, con la tez tan morena como antes, retiró la mano de mi hombro y me miró con la misma mirada cínica que yo había observado la primera vez que le vi. Los muertos no tienen esa mirada; eso me reanimó y, al volver la vista hacia atrás, contemplé la amplitud lisa y blanca de la acera, vacía de calle a calle.

–¿Qué es esta insensatez, maldito diablo? –inquirí con fiereza, a pesar de que me temblaban todos los miembros.

–Es lo que algunos gustan llamar malabarismos

–contestó con una sonora carcajada.

Se metió por la calle Dupont y no le volví a ver hasta que me lo encontré en el desfiladero de Auburn.

III

No vi al Dr. Dorrimore al día siguiente de mi segundo encuentro con él: el recepcionista del hotel me dijo que una ligera enfermedad le tenía confinado en sus habitaciones. Aquella tarde, en la estación de ferrocarril, me vi sorprendido y complacido por la inesperada llegada de Miss Margaret Corray y su madre, que venían de Oakland.

Esto no es una historia de amor. No soy un cuentista, y un sentimiento como el amor no puede ser descrito en una literatura dominada y cautivada por la tiranía degradante que «condena a las letras» en nombre de la Joven. Bajo el marchito reinado de la joven, o mejor dicho, bajo el gobierno de esos falsos Ministros de la Censura que se han nombrado a sí mismos custodios de su bien, el amor

cubre con un velo sus sagrados fuegos,

e, ignorante, la Mora, expira,

famélica sobre la comida pasada por el tamiz y sobre el agua destilada de unas provisiones melindrosas.

Baste decir que Miss Corray y yo nos comprometimos en matrimonio. Su madre y ella se dirigieron al hotel en que yo me alojaba y durante dos semanas la vi a diario. No hace falta decir lo feliz que me sentía; el único obstáculo a mi perfecta alegría de aquellos días dorados era la presencia del Dr. Dorrimore, a quien me vi obligado a presentar a las damas.

Evidentemente fue muy bien aceptado por ellas. ¿Qué podía decir yo? No conocía nada que pudiera desacreditarle. Sus modales eran los de un caballero culto y considerado; y para las mujeres los modales de un hombre son lo esencial. En un par de ocasiones en que vi a Miss Corray paseando con él me puse furioso, y en una de ellas tuve la indiscreción de protestar. Cuando Miss Corray me preguntó por las razones, no pude dar ninguna y creí ver en su expresión una sombra de desprecio hacia los caprichos de una mente celosa. Entonces empecé a volverme hosco y desagradable a conciencia y, en mi locura, decidí regresar a San Francisco al día siguiente. Sin embargo, no dije nada de todo el asunto.

IV

En Auburn había un cementerio viejo y abandonado. Estaba casi en el centro de la ciudad, pero por la noche resultaba un lugar tan horroroso que sólo podría ser anhelado por el más tétrico de los temperamentos humanos. Las verjas que separaban las distintas parcelas estaban caídas, podridas e incluso algunas habían desaparecido. Muchas de las tumbas se habían hundido; en otras crecían pinos robustos *cuyas* raíces habían cometido un pecado horrible. Las lápidas se habían desplomado y sus pedazos yacían desperdigados por el suelo; la valla que rodeaba el cementerio había desaparecido y los cerdos y las vacas rondaban por allí a placer. Aquel lugar era una vergüenza para los vivos, una calumnia sobre los muertos y una blasfemia contra Dios.

El día que ciego de rabia tomé la loca decisión de separarme de todo lo que más quería, deambulé por la noche por aquel agradable lugar. La luz de la media luna, al atravesar el follaje de los árboles, producía un efecto fantasmal, formando manchas de claridad y oscuridad que revelaban las zonas más repugnantes; las negras sombras parecían conjuraciones que ocultaban, hasta que llegara el momento oportuno, revelaciones de un significado lúgubre. Cuando caminaba por lo que había sido un camino de grava, vi surgir de la oscuridad la figura del Dr. Dorrimore. Yo me encontraba en la penumbra y me quedé allí, inmóvil, con los puños cerrados y los dientes apretados, intentando controlar el impulso de saltar sobre él y estrangularlo. Al cabo de un rato una segunda figura se le unió y le cogió del brazo. ¡Era Margaret Corray!

Soy incapaz de relatar adecuadamente lo que sucedió. Sé que salté hacia delante, dispuesto al asesinato. También sé que me encontraron al amanecer, magullado y lleno de sangre, con las marcas de unos dedos en la garganta. Me llevaron al hotel Putnam, donde estuve delirando durante varios días. Todo esto lo sé porque me lo han contado. Lo que sí recuerdo por mí mismo es que cuando recobré la consciencia, aún convaleciente, mandé buscar al recepcionista del hotel.

—¿Están Mrs. Corray y su hija todavía aquí? —pregunté.

—¿Qué nombre dijo usted?

—Corray.

—No se ha alojado aquí nadie con ese nombre.

—Le ruego que no juegue conmigo —le dije con cierto malhumor—. Ya ve que estoy bien; haga el favor de decirme la verdad.

—Le doy mi palabra —repuso con evidente sinceridad— de que no hemos tenido ningún huésped con ese nombre.

Su afirmación me dejó estupefacto. Permanecí en silencio durante unos instantes; después le pregunté:

—¿Dónde está el Dr. Dorrimore?

–Se marchó la misma mañana en que ustedes se pelearon, y desde entonces no sabemos nada de él. Desde luego, le dio a usted con ganas.

V

Tales son los hechos de este caso. Margaret Corray es ahora mi esposa. Nunca ha estado en Auburn, y durante las semanas en que tuvo lugar la historia que he intentado relatar, tal y como fue concebida por mi cerebro, permaneció en su casa, en Oakland, preguntándose dónde se encontraba su amor y por qué no le escribía. El otro día leí en el *Sun* de Baltimore el siguiente párrafo:

«El Profesor Valentine Dorrimore, hipnotizador, reunió una gran audiencia anoche. El conferenciante, que ha pasado la mayor parte de su vida en la India, realizó varias demostraciones de su poder, hipnotizando a todo aquel que se prestó al experimento únicamente con mirarle. De hecho, hipnotizó a todo el público (salvo a los periodistas) en dos ocasiones, haciendo que todos concibieran las ilusiones más extraordinarias. La característica más valiosa de la conferencia fue la revelación de los métodos empleados por los malabaristas hindúes en sus famosas actuaciones, muy conocidas por boca de los viajeros. El profesor declaró que estos taumaturgos han adquirido tal destreza en el arte que él aprendió de ellos, que realizan sus milagros arrojando a los «espectadores» a un estado de hipnosis y diciéndoles lo que deben ver y oír. Su afirmación de que un sujeto especialmente sensible puede mantenerse en el reino de lo irreal durante semanas, meses, e incluso años, dominado por las ilusiones y alucinaciones que el operador pueda sugerirle de vez en cuando, resulta un tanto inquietante».

El reloj de John Bartine

El relato de un médico

—¿La hora exacta? ¡Dios mío! ¿Por qué insiste, amigo? Uno creería... pero qué importa eso; es casi hora de irse a la cama. ¿Le sirve así? Aunque, mire: si tiene que poner el reloj en hora, tome el mío y véalo usted mismo.

Entonces separó el reloj (tremendamente pesado y muy anticuado) de la cadena y me lo entregó; luego se dio la vuelta y, cruzando la habitación, se dirigió hacia la estantería y empezó a examinar los lomos de los libros. Su nerviosismo y angustia evidentes me sorprendieron; no parecían tener motivo. Después de poner en hora mi reloj por el suyo, me acerqué donde él estaba y dije:

—Gracias.

Mientras cogía el reloj y lo volvía a enganchar a su cadenilla observé que le temblaban las manos. Con una discreción de la que me enorgullecí en grado sumo, me aproximé lenta y perezosamente al aparador y me serví un poco de coñac y agua; luego, pidiéndole excusas por mi descuido, le rogué que tomara algo y, dejando que se sirviera él mismo tal y como teníamos por costumbre, volví a mi asiento junto al fuego. Una vez servido, se unió a mí junto al hogar tan tranquilo como siempre.

Este pequeño incidente tuvo lugar en mi apartamento, donde John Bartine estaba pasando la noche. Habíamos cenado juntos en el club y llegado a casa en coche; en resumen: todo había sido hecho del modo más prosaico. El por qué John Bartine tenía que interrumpir el orden natural y establecido de las cosas para llamar la atención con un alarde de emoción, al parecer para entretenerse, era algo que de ninguna manera podía entender. Cuanto más pensaba en ello, mientras sus brillantes dotes de conversación se encomendaban a mi falta de atención, más curiosidad me producía y, por supuesto, no tuve ninguna dificultad en convencerme de que tal sentimiento no era otra cosa que solicitud amistosa. Éste es el disfraz que la curiosidad adopta para eludir el resentimiento. Por eso, sin más ceremonia, arruiné una de las mejores frases de su menospreciado monólogo.

John Bartine —dije—, perdóneme si me equivoco, pero con los datos que tengo hasta ahora no puedo concederle el derecho a sufrir un ataque de nervios cuando le pregunto la hora. No puedo admitir que sea aceptable mostrar una misteriosa renuencia a consultar su propio reloj y a abrigar, en mi presencia y sin explicación, emociones dolorosas que están ocultas para mí y que no son de mi incumbencia.

Bartine no dio una respuesta inmediata a este absurdo discurso, sino que se quedó sentado mirando el fuego con preocupación. Temiendo haberle ofendido, estaba a punto de pedirle excusas y rogarle que olvidara el asunto cuando, tranquilamente, me miró a los ojos y dijo:

—Querido amigo, la ligereza de sus modales no atenúa en absoluto la terrible insolencia de su requerimiento; pero, afortunadamente, yo ya había decidido contarle lo que quiere saber, y ninguna

manifestación de su indignidad modificará mi decisión. Sea tan amable de prestarme atención y sabrá todo lo referente a ese asunto.

» Este reloj –dijo–, antes de que me fuera legado, perteneció a mi familia durante tres generaciones. Su primer propietario, el hombre que lo hizo, fue mi bisabuelo, Bramwell Olcott Bartine, un colono acomodado de Virginia, y un Conservador tan leal como ningún otro: pasaba las noches sin dormir, tramando nuevas formas de maldecirla jefatura de Mr. Washington e ideando nuevos métodos para ayudar y apoyar al buen rey Jorge. Un día este digno caballero tuvo la mala fortuna de realizar un servicio de capital importancia para su causa, que no fue considerado legítimo por aquellos que sufrieron sus inconvenientes. Lo que importa no es de qué se trataba, sino que entre sus consecuencias secundarias se cuenta el arresto de mi ilustre antepasado, llevado a cabo una noche en su propia casa por las fuerzas rebeldes de Mr. Washington. Se le permitió despedirse de su afligida familia, y luego desapareció en la oscuridad, que se lo tragó para siempre. Nunca se encontró el más mínimo indicio de su destino. Después de la guerra, ni una investigación diligente ni la oferta de grandes recompensas consiguieron revelar la identidad de quienes le capturaron o algún hecho relacionado con su desaparición. Había desaparecido, eso es todo.

No sé qué fue, pero hubo algo en la actitud de Bartine, no en sus palabras, que me impulsó a preguntarle:

–¿Y cuál es su opinión del asunto, de su justicia?

–Mi opinión –exclamó acalorado, golpeando con el puño en la mesa como si estuviera jugando a los dados con una panda de pillos en un casino–, ¡mi opinión es que fue un vil asesinato cometido por el maldito traidor, Washington, y por los granujas de sus rebeldes!

Durante unos minutos permanecimos en silencio: Bartine se dedicó a recuperar su temple y yo a esperar. Después pregunté:

–¿Y eso fue todo?

–No; hubo algo más. Unas semanas después de la detención de mi bisabuelo se encontró su reloj en el porche de la puerta principal de la casa. Estaba envuelto en un papel de carta que llevaba escrito el nombre de Rupert Bartine, su único hijo, mi abuelo. Y ahora lo tengo yo.

Bartine hizo una pausa. Sus inquietos ojos negros, con un destello de luz roja en cada uno, reflejo del carbón candente, miraban fijamente el fuego. Parecía haberse olvidado de mí. La repentina sacudida de las ramas de un árbol detrás de una de las ventanas y, casi al mismo tiempo, el golpeteo de la lluvia contra el cristal, le devolvieron la consciencia de lo que le rodeaba. Precedida por una ráfaga de viento, se había levantado una tormenta y, tras unos instantes, el continuo chapoteo del agua sobre la acera se hizo claramente perceptible. Realmente no sé por qué cuento este incidente, pero parecía tener un cierto significado y relevancia que actualmente soy incapaz de discernir. Al menos, añadía un elemento de seriedad, casi de solemnidad. Bartine prosiguió:

–Siento algo especial por este reloj, una especie de cariño hacia él. Me gusta tenerlo cerca

aunque, en parte por lo que pesa y en parte por una razón que ahora le explicaré, casi nunca lo utilizo. La razón es la siguiente: cada noche, cuando lo llevo encima, siento un inexplicable deseo de abrirlo y consultarlo, incluso cuando no tengo ninguna razón especial para querer saber la hora. Pero si cedo a él, en el momento en que mi vista descansa sobre la esfera, me siento lleno de una misteriosa aprensión, de una sensación de calamidad inminente. Y ésta se hace más y más insoportable a medida que se acercan las once en punto por este reloj; no importa la hora que realmente sea. Después, cuando las manecillas han pasado de las once, el deseo de mirar desaparece; me da exactamente igual. Entonces puedo consultarlo con la frecuencia que quiera, sin sentir más emoción que la que usted siente al consultar el suyo. Naturalmente me he acostumbrado a no mirar el reloj por la noche antes de las once; nada conseguiría inducirme a hacerlo. Su insistencia hace un momento me trastornó un poco. Siento lo que un consumidor de opio, supongo, sentiría si la ansiedad por su especial y particular infierno se viera reforzada por la oportunidad y el consejo.

» Bien, ésta es mi historia, y la he relatado en interés de su fútil ciencia; pero si alguna noche de aquí en adelante me ve llevando este maldito reloj y tiene el descuido de preguntarme la hora, le ruego que me dé permiso para ponerle en la tesitura de ser golpeado.

Su sentido del humor no me hizo gracia. Pude observar que al relatar su ensoñación se había sentido molesto de nuevo. Su sonrisa final era claramente horrible, y sus ojos habían evidenciado algo más que la primitiva inquietud; recorrían de un lado a otro la habitación sin objetivo aparente y me dio la impresión de que habían adoptado una expresión salvaje, semejante a la que a veces se observa en los casos de demencia. Quizás fuera sólo mi imaginación, pero de todos modos estaba convencido de que mi amigo se veía afectado por una monomanía de lo más singular e interesante. Sin ninguna disminución en mi afectuosa solicitud hacia él como amigo, al menos confío que así fuera, comencé a considerarle como paciente, y vi que tenía muchas posibilidades de estudiarlo con provecho. ¿Por qué no? ¿Acaso no había descrito su ensoñación en interés de la ciencia? Ah, pobre amigo, estaba haciendo por la ciencia más de lo que se imaginaba: no sólo su historia, sino también él, eran prueba de ello. Tenía que curarle, si es que podía, claro, pero antes debía hacer un pequeño experimento psicológico; no, incluso el propio experimento podía suponer un paso en su recuperación.

—Bartine —le dije cordialmente—, eso es muy franco y amigable por su parte, y me siento muy orgulloso de su confianza. Realmente, es todo muy raro. ¿Le importaría enseñarme el reloj?

Lo sacó de su chaleco, con cadena y todo, y me lo pasó sin decir una palabra. La montura era de oro, muy gruesa y dura, y tenía unos grabados muy curiosos. Después de examinar detalladamente la esfera y observar que eran casi las doce, lo abrí por detrás y resultó interesante descubrir una caja interior de marfil, sobre la cual había un retrato en miniatura, pintado de aquel modo exquisito y delicado que estuvo tan de moda durante el siglo dieciocho.

—¡Caramba! —exclamé, mostrando un profundo placer artístico—. ¿Cómo consiguió que le hicieran esto? Creía que la miniatura pintada sobre marfil era un arte perdido.

—Ése no soy yo —replicó con una sonrisa solemne—; es mi ilustre bisabuelo, el difunto caballero Bramwell Olcott Bartine, de Virginia. Entonces era más joven; de mi edad más o menos. Dicen que me parezco a él. ¿Usted qué cree?

—¿Que si se parece a él? ¡Desde luego! Aparte de las ropas, que suponía que usted había adoptado en honor al arte o por *vraisemblance*, por así decirlo, y de la ausencia del bigote, este retrato es el suyo en cada rasgo, detalle, y hasta en la expresión.

Nada más se dijo en aquel momento. Bartine cogió un libro de la mesa y empezó a leer. Yo seguía oyendo el incesante chapoteo de la lluvia en la calle. De vez en cuando se escuchaban pasos apresurados por las aceras; entonces unas pisadas más lentas y firmes se detuvieron ante la puerta. Será un policía, pensé, que busca refugio en la entrada. Las ramas de los árboles golpeaban de un modo significativo, como si pidieran entrar, contra los cristales de las ventanas. Después de años y años de una vida más prudente y seria, lo recuerdo perfectamente.

Aprovechando que no me prestaba atención, cogí la anticuada llave que colgaba de la cadenilla y, girando hacia atrás las manecillas del reloj, lo retrasé una hora; luego cerré la caja, devolví a Bartine su propiedad y vi cómo se la guardaba.

—Creo que usted ha dicho —comencé, con una fingida indiferencia— que después de las once la visión de la esfera ya no le afecta. Como son casi las doce —añadí mirando mi reloj—, quizás, si es que no toma a mal mis ganas de comprobarlo, podría mirarla ahora.

Sonrió en tono amistoso, sacó el reloj de nuevo, lo abrió e inmediatamente se puso en pie de un salto y soltó un grito que el Cielo no ha tenido la compasión de permitirme olvidar. Sus ojos, de una negrura acrecentada de modo sorprendente por la palidez del rostro, se quedaron clavados sobre el reloj, que agarraba con ambas manos. Durante unos instantes permaneció en esa actitud sin emitir sonido alguno; luego, con una voz que debería no haber reconocido como suya, exclamó:

—¡Maldición! ¡Faltan dos minutos para las once!

Yo me estaba preparando para un arrebato como ése; sin levantarme, repliqué con bastante tranquilidad: —Lo siento; debo de haber visto mal al poner mi reloj en hora por el suyo.

Cerró la tapa de golpe y se guardó el reloj en el bolsillo. Entonces me miró e intentó sonreír, pero le temblaba el labio superior y parecía incapaz de cerrar la boca. Después apretó las manos, también temblorosas, y se las metió en los bolsillos del chaqué. El espíritu valiente pugnaba claramente por dominar al cuerpo cobarde. El esfuerzo fue demasiado grande; Bartine, como si tuviera un ataque de vértigo, comenzó a tambalearse de un lado a otro y, antes de que pudiera levantarme de la silla para sostenerle, las rodillas le fallaron, se inclinó violentamente hacia adelante y cayó de bruces. Me puse en pie para ayudarlo a levantarse; pero cuando John Bartine se levante, todos lo haremos.

La autopsia no reveló nada especial; todos los órganos eran normales y estaban sanos. Sin embargo, cuando se preparó el cuerpo para el entierro, se le apreció un ligero círculo de color

oscuro alrededor del cuello; al menos eso fue lo que me aseguraron varias personas que decían haberlo visto, si bien, basándome en mi propio conocimiento, no puedo afirmar que fuera verdad.

Tampoco puedo poner limitaciones a la ley de la herencia. No sé si, en el mundo espiritual, un sentimiento o emoción podrá sobrevivir al corazón que lo cobijó y buscar expresión siglos más tarde en una vida semejante. Ciertamente, si tuviera que imaginar el destino de Bramwell Olcott Bartine, debería suponer que fue ahorcado a las once de la noche y que le habían concedido varias horas para prepararse para el cambio.

En cuanto a John Bartine, mi amigo, mi paciente durante cinco minutos y, ¡que el Cielo me perdone!, mi víctima para la eternidad, no hay más que decir. Está enterrado, y su reloj con él; me encargué de eso. Que Dios acepte su alma en el Paraíso y el alma de su antepasado de Virginia si, claro está, realmente se trataba de dos almas.

El engendro maldito

No siempre se come lo que está sobre la mesa

A la luz de una vela de sebo colocada en un extremo de una rústica mesa, un hombre leía algo escrito en un libro. Era un viejo libro de cuentas muy usado, y al parecer su escritura no era demasiado legible porque a veces el hombre acercaba el libro a la vela para ver mejor. En esos momentos la mitad de la habitación quedaba en sombra y sólo era posible entrever unos rostros borrosos, los de los ocho hombres que estaban con el lector. Siete de ellos se hallaban sentados, inmóviles y en silencio, junto a las paredes de troncos rugosos y, dada la pequeñez del cuarto, a corta distancia de la mesa. De haber extendido un brazo, cualquiera de ellos habría rozado al octavo hombre, tendido boca arriba sobre la mesa, que con los brazos pegados a los costados estaba parcialmente cubierto con una sábana. Era un muerto.

El hombre del libro leía en voz baja. Salvo el cadáver todos parecían esperar que ocurriera algo. Una serie de extraños ruidos de desolación nocturna penetraba por la abertura que hacía de ventana: el largo aullido innombrable de un coyote lejano; la incesante vibración de los insectos en los árboles; los gritos extraños de las aves nocturnas, tan diferentes del canto de los pájaros durante el día; el zumbido de los grandes escarabajos que vuelan desordenadamente, y todo ese coro indescifrable de leves sonidos que, cuando de golpe se interrumpe, creemos haber escuchado sólo a medias, con la sospecha de haber sido indiscretos. Pero nada de esto era advertido en aquella reunión; sus miembros, según se apreciaba en sus rostros hoscos con aquella débil luz, no parecían muy partidarios de fijar la atención en cosas superfluas. Sin duda alguna eran hombres de los contornos, granjeros y leñadores.

El que leía era un poco diferente; tenía algo de hombre de mundo, sagaz, aunque su indumentaria revelaba una cierta relación con los demás. Su ropa apenas habría resultado aceptable en San Francisco; su calzado no era el típico de la ciudad, y el sombrero que había en el suelo a su lado (era el único que no lo llevaba puesto) no podía ser considerado un adorno personal sin perder todo su sentido. Tenía un semblante agradable, aunque mostraba una cierta severidad aceptada y cuidada en función de su cargo. Era el juez, y como tal se hallaba en posesión del libro que había sido encontrado entre los efectos personales del muerto, en la misma cabaña en que se desarrollaba la investigación.

Cuando terminó su lectura se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. En ese instante la puerta se abrió y entró un joven. Se apreciaba claramente que no había nacido ni se había educado en la montaña: iba vestido como la gente de la ciudad. Su ropa, sin embargo, estaba llena de polvo, ya que había galopado mucho para asistir a aquella reunión.

Sólo el juez le hizo un breve saludo.

—Le esperábamos —dijo—. Es necesario acabar con este asunto esta misma noche.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo el joven, sonriendo—. Me marché, no para eludir su

citación, sino para enviar a mi periódico un relato de los hechos como el que supongo quiere usted oír de mí.

El juez sonrió.

–Ese relato tal vez difiera del que va a hacernos aquí bajo juramento.

–Como usted guste –replicó el joven enrojeciendo con vehemencia–. Aquí tengo una copia de la información que envié a mi periódico. No se trata de una crónica, que resultaría increíble, sino de una especie de cuento. Quisiera que formara parte de mi testimonio.

–Pero usted dice que es increíble.

–Eso no es asunto suyo, señor juez, si yo juro que es cierto.

El juez permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. El resto de los asistentes charlaba en voz baja sin apartar la mirada del rostro del cadáver. Al cabo de unos instantes el juez alzó la vista y dijo:

–Continuemos con la investigación.

Los hombres se quitaron los sombreros y el joven prestó juramento.

–¿Cuál es su nombre? –le preguntó el juez.

–William Harker.

–¿Edad?

–Veintisiete años.

–¿Conocía usted al difunto Hugh Morgan?

–Sí.

–¿Estaba usted con él cuando murió?

–Sí, muy cerca.

–Y ¿cómo se explica... ? su presencia, quiero decir.

–Había venido a visitarle para ir a cazar y a pescar. Además, también quería estudiar su tipo de vida, tan extraña y solitaria. Parecía un buen modelo para un personaje de novela. A veces escribo cuentos.

–Y yo a veces los leo.

–Gracias.

–Cuentos en general, no me refería sólo a los suyos.

Algunos de los presentes se echaron a reír.

En un ambiente sombrío el humor se aprecia mejor. Los soldados ríen con facilidad en los

intervalos de la batalla, y un chiste en la capilla mortuoria, sorprendentemente, suele hacernos reír.

–Cuéntenos las circunstancias de la muerte de este hombre –dijo el juez–. Puede utilizar todas las notas o apuntes que desee.

El joven comprendió. Sacó un manuscrito del bolsillo de su chaqueta y, tras acercarlo a la vela, pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba. Entonces empezó a leer.

II

Lo que puede ocurrir en un campo de avena silvestre

... apenas había amanecido cuando abandonamos la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con su escopeta, y nos acompañaba un perro. Morgan dijo que la mejor zona estaba detrás de un cerro, que señaló, y que cruzamos por un sendero rodeado de arbustos. Al otro lado el terreno era bastante llano y estaba cubierto espesamente de avena silvestre. Cuando salimos de la maleza Morgan iba unas cuantas yardas por delante de mí. De repente oímos, muy cerca, a nuestra derecha y también enfrente, el ruido de un animal que se revolvía con violencia entre unas matas.

»—Es un ciervo —dije—. Ojalá hubiéramos traído un rifle.

»Morgan, que se había parado a examinar los arbustos, no dijo nada, pero había cargado los dos cañones de su escopeta y se disponía a disparar. Parecía algo excitado, y esto me sorprendió, pues era célebre por su sangre fría, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

»—Venga —dije—. No esperarás acabar con un ciervo a base de perdigones, ¿verdad?

»No contestó, pero cuando se volvió hacia mí vi su rostro y quedé impresionado por su expresión tensa. Comprendí que algo serio ocurría, y lo primero que pensé fue que nos habíamos topado con un oso. Colgué mi escopeta y avancé hasta donde estaba Morgan.

»Los arbustos ya no se movían y el ruido había cesado, pero mi amigo observaba el lugar con la misma atención.

»—Pero ¿qué pasa? ¿Qué diablos es? —le pregunté.

»—¡Ese maldito engendro! —contestó sin volverse. Su voz sonaba ronca y extraña. Estaba temblando.

»Iba a decir algo cuando vi que la avena que había en torno al lugar se movía de un modo inexplicable. No sé cómo describirlo. Era como si, empujada por una ráfaga de viento, no sólo se cimbrara sino que se tronchaba y no volvía a enderezarse; y aquel movimiento se acercaba lentamente hacia nosotros.

»Aunque no recuerdo haber pasado miedo, nada antes me había afectado de un modo tan extraño como aquel fenómeno insólito e inenarrable. Recuerdo —y lo saco a colación porque me vino entonces a la memoria— que una vez, al mirar distraídamente por una ventana, confundí un cercano arbolito con otro de un grupo de árboles, mucho más grandes, que estaban más lejos. Parecía del mismo tamaño que éstos, pero al estar más claro y marcadamente definido en sus detalles, no armonizaba con el resto. Fue un simple error de perspectiva, pero me sobresaltó y llegó incluso a aterrorizarme. Confiamos tanto en el buen funcionamiento de las leyes naturales que su suspensión aparente nos parece una amenaza para nuestra seguridad, un aviso de alguna calamidad inconcebible. Del mismo modo, aquel movimiento de la maleza, al parecer sin causa, y su aproximación lenta e inexorable resultaban inquietantes. Mi compañero estaba realmente asustado; apenas pude dar

crédito a mis ojos cuando le vi arrimarse la escopeta al hombro y vaciar los dos cañones contra el cereal en movimiento. Antes de que el humo de la descarga hubiera desaparecido oí un grito feroz – un alarido como el de una bestia salvaje–, y vi que Morgan tiraba su escopeta y desaparecía a todo correr de aquel lugar. En ese mismo instante fui arrojado al suelo por el impacto de algo que ocultaba el humo: una sustancia blanda y pesada que me embistió con gran fuerza.

» Cuando me puse en pie y recuperé mi escopeta, que me había sido arrebatada de las manos, oí a Morgan gritar como si agonizara. A sus gritos se unían aullidos feroces, como cuando dos perros luchan entre sí. Completamente aterrorizado, me incorporé con gran dificultad y dirigí la vista hacia el lugar por el que mi amigo había desaparecido. ¡Que Dios me libre de otro espectáculo como aquél! Morgan estaba a unas treinta yardas: tenía una rodilla en tierra, la cabeza, con su largo cabello revuelto, descoyuntada espantosamente hacia atrás, y era presa de unas convulsiones que zarandeaban todo su cuerpo. Su brazo derecho estaba levantado y, por lo que pude ver, había perdido la mano. Al menos yo no la veía. El otro brazo había desaparecido. A veces, tal como ahora recuerdo aquella escena extraordinaria, no podía distinguir más que una parte de su cuerpo; era como si hubiera sido parcialmente borrado (ya sé, es extraño, pero no sé expresarlo de otra forma) y al cambiar de posición volviera a apreciarse de nuevo en su totalidad.

» Debió de ocurrir todo en unos pocos segundos, durante los cuales Morgan adoptó todas las posturas posibles del obstinado luchador que es derrotado por un peso y una fuerza superiores. Yo sólo le veía a él y no siempre con claridad. Durante el incidente soltaba gritos y profería maldiciones acompañadas de unos rugidos furiosos como nunca antes había oído salir de la garganta de un hombre o de una bestia.

» Permanecí en pie por un momento sin saber qué hacer, hasta que decidí tirar la escopeta y correr en ayuda de mi amigo. Creí que estaba sufriendo un ataque o una especie de colapso. Antes de llegar a su lado, le vi caer y quedar inerte. Los ruidos habían cesado, pero volví a ver, con un sentimiento de terror como jamás había experimentado, el misterioso movimiento de la avena que se extendía desde la zona pisoteada en torno al cuerpo de Morgan hacia los límites del bosque. Sólo cuando hubo alcanzado los primeros árboles, aparté la vista de aquel insólito fenómeno y miré a mi compañero. Estaba muerto».

III

Un hombre, aunque esté desnudo, puede estar hecho jirones

El juez se levantó y se acercó al muerto. Tiró de un extremo de la sábana y dejó el cuerpo al descubierto. Estaba desnudo y, a la luz de la vela, mostraba un color amarillento. Presentaba unos grandes hematomas de un azul oscuro, causados sin duda alguna por las contusiones, y parecía que le habían golpeado en el pecho y los costados con un garrote. Había unas horribles heridas y tenía la piel desgarrada, hecha jirones.

El juez llegó hasta el extremo de la mesa y desató el nudo que sujetaba un pañuelo de seda por debajo de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Al retirarlo vimos lo que tenía en la garganta. Los miembros del jurado que se habían levantado para ver mejor lamentaron su curiosidad y volvieron la cabeza. El joven Harker fue hacia la ventana abierta y se inclinó sobre el alféizar, a punto de vomitar. Después de cubrir de nuevo la garganta del muerto, el juez se dirigió a un rincón de la habitación en el que había un montón de prendas. Empezó a coger una por una y a examinarlas mientras las sostenía en alto. Estaban destrozadas y rígidas por la sangre seca. El resto de los presentes prefirió no hacer un examen más exhaustivo. A decir verdad, ya habían visto este tipo de cosas con anterioridad. Lo único que les resultaba nuevo era el testimonio de Harker.

—Señores —dijo el juez—, éstas son todas las pruebas que tenemos. Ya saben su cometido; si no tienen nada que preguntar, pueden salir a deliberar.

El presidente del jurado, un hombre de unos sesenta años, alto, con barba y toscamente vestido, se levantó y dijo:

—Quisiera hacer una pregunta, señor. ¿De qué manicomio se ha escapado este último testigo?

—Señor Harker —dijo el juez con tono grave y tranquilo—; ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker enrojeció de nuevo, pero no contestó, y los siete individuos se levantaron y abandonaron solemnemente la cabaña uno tras otro.

—Si ha terminado ya de insultarme, señor —dijo Harker tan pronto como se quedó a solas con el juez—, supongo que puedo marcharme, ¿no es así?

—En efecto.

Harker avanzó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. Su sentido profesional era más fuerte que su amor propio. Se volvió y dijo:

—Ese libro que tiene ahí es el diario de Morgan, ¿verdad? Debe de ser muy interesante, porque mientras prestaba mi testimonio no dejaba de leerlo. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría...

—Este libro tiene poco que añadir a nuestro asunto —contestó el juez mientras se lo guardaba—; todas las anotaciones son anteriores a la muerte de su autor.

Al salir Harker, el jurado volvió a entrar y permaneció en pie en torno a la mesa en la que el cadáver, cubierto de nuevo, se perfilaba claramente bajo la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó del bolsillo lápiz y papel y redactó laboriosamente el siguiente veredicto, que fue firmado, con más o menos esfuerzo, por el resto:

—Nosotros, el jurado, consideramos que el difunto encontró la muerte al ser atacado por un puma, aunque alguno cree que sufrió un colapso.

IV

Una explicación desde la tumba

En el diario del difunto Hugh Morgan hay ciertos apuntes interesantes que pueden tener valor científico. En la investigación que se desarrolló junto a su cuerpo el libro no fue citado como prueba porque el juez consideró que podría haber confundido a los miembros del jurado. La fecha del primero de los apuntes mencionados no puede apreciarse con claridad por estar rota la parte superior de la hoja correspondiente; el resto expone lo siguiente:

«... corría describiendo un semicírculo, con la cabeza vuelta hacia el centro, y de pronto se detenía y ladraba furiosamente. Al final echó a correr hacia el bosque a gran velocidad. En un principio pensé que se había vuelto loco, pero al volver a casa no encontré otro cambio en su conducta que no fuera el lógico del miedo al castigo».

«, Puede un perro ver con la nariz? ¿Es que los olores impresionan algún centro cerebral con imágenes de las cosas que los producen?»

«2 sept. Anoche, mientras miraba las estrellas en lo alto del cerco que hay al este de la casa, vi cómo desaparecían sucesivamente, de izquierda a derecha. Se apagaban una a una por un instante, y en ocasiones unas pocas a la vez, pero todas las que estaban a un grado o dos por encima del cerco se eclipsaban totalmente. Fue como si algo se interpusiera entre ellas y yo, pero no conseguí verlo, pues las estrellas no emitían suficiente luz para delimitar su contorno. ¡Uf! Esto no me gusta nada... »

Faltan tres hojas con los apuntes correspondientes a varias semanas.

«27 sept. Ha estado por aquí de nuevo. Todos los días encuentro pruebas de su presencia. Me he pasado la noche otra vez vigilando en el mismo puesto, con la escopeta cargada. Por la mañana sus huellas, aún frescas, estaban allí, como siempre. Podría jurar que no me quedé dormido ni un momento... en realidad apenas duermo. ¡Es terrible, insoportable! Si todas estas asombrosas experiencias son reales, me voy a volver loco; y si son pura imaginación, es que ya lo estoy».

«3 oct. No me iré, no me echará de aquí. Ésta es *mi* casa, *mi* tierra. Dios aborrece a los cobardes... »

«5 oct. No puedo soportarlo más. He invitado a Harker a pasar unas semanas. Él tiene la cabeza en su sitio. Por su actitud podré juzgar si me cree loco».

«7 oct. Ya encontré la solución al misterio. Anoche la descubrí de repente, como por revelación. ¡Qué simple, qué horriblemente simple!»

«Hay sonidos que no podemos oír. A ambos extremos de la escala hay notas que no hacen vibrar ese instrumento imperfecto que es el oído humano. Son muy agudas o muy graves. He visto cómo una bandada de mirlos ocupan la copa de un árbol, de varios árboles, y cantan todos a la vez. De repente, y al mismo tiempo, todos se lanzan al aire y emprenden el vuelo. ¿Cómo pueden hacerlo si no se ven unos a otros? Es imposible que vean el movimiento de un jefe. Deben de tener una señal de aviso o

una orden, de un tono superior al estrépito de sus trinos, que es inaudible para mí. He observado también el mismo vuelo simultáneo cuando todos estaban en silencio, no sólo entre mirlos, sino también entre otras aves como las perdices, cuando están muy distanciadas entre los matorrales, incluso en pendientes opuestas de una colina».

«Los marineros saben que un grupo de ballenas que se calienta al sol o juguetea sobre la superficie del océano, separadas por millas de distancia, se zambullen al mismo tiempo y desaparecen en un momento. La señal es emitida en un tono demasiado grave para el oído del marinero que está en el palo mayor o el de sus compañeros en cubierta, que sienten la vibración en el barco como las piedras de una catedral se conmueven con el bajo del órgano».

«Y lo que pasa con los sonidos, ocurre también con los colores. A cada extremo del espectro luminoso el químico detecta la presencia de los llamados rayos «actínicos». Representan colores – colores integrales en la composición de la luz– que somos incapaces de reconocer. El ojo humano también es un instrumento imperfecto y su alcance llega sólo a unas pocas octavas de la verdadera «escala cromática». No estoy loco; lo que ocurre es que hay colores que no podemos ver».

«Y, Dios me ampare, ¡el engendro maldito es de uno de esos colores!»

El pastor Haïta

A pesar de los años y la experiencia, Haïta conservaba las ilusiones de la juventud. Sus pensamientos eran puros y amables porque su vida era sencilla y en su alma no cabía la ambición. Se levantaba al amanecer e iba a rezar al santuario de Hastur, el dios de los pastores, que lo escuchaba complacido. Después de cumplir este rito piadoso, Haïta abría la puerta del corral y con el corazón alegre sacaba a pacer a su rebaño, mientras comía una ración de queso y de torta de avena, deteniéndose, a veces, para recoger algunas fresas húmedas de rocío, o para abreviar su sed en el agua de los manantiales que bajaban de las colinas, engrosaban el arroyo que atravesaba el valle e iban a perderse quién sabe dónde.

Durante el largo día de verano, mientras sus ovejas arrancaban el buen pasto que los dioses hicieron crecer para ellas, o yacían con las patas delanteras debajo del pecho, rumiando indolentemente, Haïta, recostado a la sombra de un árbol o sentado en una roca, tocaba en su flauta de cañas una música tan dulce que en ocasiones vislumbraba con el rabillo del ojo a las deidades menores del bosque que se incorporaban de entre los matorrales para oírlo, y se desvanecían en cuanto quería volverse para mirarlas. De esto –porque acaso pensaba si no llegaría a convertirse en una de sus propias ovejas– dedujo solemnemente que la felicidad viene cuando no se la busca, pero que jamás la vemos si andamos tras ella. Porque después de Hastur, que nunca le concedió la merced de mostrarse a sus ojos, lo que Haïta más valoraba era el amistoso interés de sus vecinos, los tímidos inmortales del bosque y del arroyo. Al anochecer, llevaba de vuelta su rebaño al corral, se aseguraba de que la tranquera estuviese bien cerrada y se retiraba a su gruta para descansar y soñar.

Así pasaba los días de su vida, todos iguales, salvo cuando las tormentas expresaban la cólera de un dios ofendido. Entonces Haïta, refugiado en su gruta, cubriéndose la cara con las manos, imploraba que sólo a él lo castigaran por sus pecados y que el mundo se librara de ser destruido. A veces, cuando llovía a cántaros y el arroyo se desbordaba, obligándolo a llevar precipitadamente a su aterrorizado rebaño a las tierras altas, intercedía por los hombres que, según le dijeron, vivían en la llanura, más allá de las dos colinas azules que formaban el pórtico de su valle.

–Oh Hastur –así rogaba–, eres bueno por haberme dado montañas tan próximas a mi vivienda y a mi corral para que yo y mis ovejas podamos escapar de los enojados torrentes. Pero debes eximir al resto del mundo de alguna manera que yo ignoro. Si no fuera así, Hastur, no podría reverenciarte más.

Y Hastur, sabiendo que Haïta era un joven de palabra, perdonaba a las ciudades y desviaba las aguas hacia el mar.

Así había vivido siempre. Nunca pudo concebir otro modo de existencia. El santo ermitaño que moraba a la entrada del valle, a una hora de distancia, y a quien oyó hablar de las grandes ciudades donde habitan los hombres –¡pobres almas!– que no tienen ovejas, no supo darle razón de aquellos tiempos lejanos durante los cuales él mismo, según infería, debió de ser pequeño e indefenso como una oveja.

Fue al pensar en esos misterios y maravillas, y en ese horrible transformarse en silencio y corrupción que alguna vez, estaba seguro, habría de ocurrirle, como vio ocurrirle a tantas de sus ovejas, como ocurría a todos los seres vivientes excepto a los pájaros, cuando Haíta por primera vez tuvo conciencia de la desdicha de su suerte.

—No puedo ignorar —dijo— cómo y de dónde he venido. Para cumplir con mis deberes necesito saber las razones por las cuales me fueron encomendados. ¿Y qué alegría pueden darme si no sé cuánto habrá de durar? Quizá antes de que vuelva a nacer el sol, habré sido transformado, y entonces ¿qué será de mis ovejas? ¿Y qué será de mí?

Meditando en ello, Haíta se volvió melancólico y adusto. Ya no hablaba alegremente a su rebaño, ni acudía con presteza al santuario de Hastur. Ahora, en la brisa, oía el susurro de malignas deidades cuya existencia observaba por primera vez. Cada nube era el presagio de un desastre, y las tinieblas estaban llenas de horror. De su flauta de cañas no brotaban melodías, sino un triste lamento. Los espíritus del bosque y de las aguas no acudían de la espesura para oírlo; antes bien, huían a las primeras notas, como lo demostraban las hojas agitadas y los tallos doblados de las flores. Cejó en su vigilancia y perdió a muchas de sus ovejas, extraviadas por las colinas. Las que quedaban enflaquecieron y enfermaron por falta de buenos pastos, porque Haíta, en vez de buscar para ellas nuevas praderas, día tras día las conducía al mismo lugar, abstraído en sus pensamientos, obsesionado por el misterio de la vida y de la muerte, meditando en la insondable inmortalidad.

Un día, mientras daba rienda suelta a sus lúgubres reflexiones, se puso bruscamente en pie, saltó de la roca en donde estaba sentado, señaló el cielo con la mano derecha, y exclamó:

—Ya no suplicaré a los dioses que me concedan su inefable sabiduría. Tienen el deber de no hacerme daño. Yo cumpliré con el mío lo mejor que pueda, y en caso de que llegue a equivocarme, ¡que la culpa recaiga sobre sus cabezas!

De pronto, mientras así hablaba, un intenso resplandor cayó sobre él, obligándolo a levantar la cabeza. Pensó que las nubes se abrían y dejaban arder al sol. Pero no había nubes. A poca distancia de su mano, surgió una hermosa doncella. Tan hermosa era, que las flores subyugadas cerraron sus pétalos y doblaron sus corolas; tan dulce era su mirada, que los picaflores acudieron como si fueran a libar en sus ojos y las abejas del bosque revolotearon en torno a sus labios. Y tal luz irradiaba, que los objetos desviaron sus sombras, arrojándolas lejos de sus pies, y esas mismas sombras fueron girando mientras ella se movía.

El pastor, en éxtasis, se arrodilló ante la doncella, en señal de adoración, y la doncella apoyó una mano en su cabeza.

—Ven —le dijo, con una voz en que resonaba la música de todas las campanillas de su rebaño—, ven, no debes adorarme porque no soy una diosa, pero si eres sincero y laborioso, viviré contigo.

Haíta se puso de pie, la tomó de la mano, tartamudeó su alegría y su gratitud, y así, las manos entrelazadas, se sonrieron en los ojos. El pastor la miraba con reverencia y arrebató. Murmuró:

–Te ruego, adorable doncella, que me digas tu nombre, y cómo y de dónde has llegado.

Al oír estas palabras, ella posó sobre sus labios un dedo amonestador y empezó a retirarse. Su hermosura sufrió un cambio visible que hizo estremecer a Haíta sin saber por qué, pues ella continuaba siendo hermosa. Una sombra gigantesca oscureció el paisaje, corriendo por el valle con la velocidad de un buitre. En la penumbra, la doncella se volvió opaca e indistinta. Su voz parecía venir de muy lejos mientras exclamaba en un tono de triste reproche:

–¡Joven ingrato y presuntuoso! ¿Deberé abandonarte en seguida? ¿Nada habrá podido refrenar tu curiosidad? ¿Por qué rompes el eterno pacto con semejante ligereza?

Indeciblemente afligido, Haíta cayó de rodillas y le imploró que se quedara. Luego, levantándose y buscándola en la creciente oscuridad, corrió dando vueltas cada vez más amplias, llamándola a gritos. Todo fue en vano. Ya no podía verla, pero oyó su voz en las tinieblas. Ésta le decía:

–No, no darás conmigo si me buscas. Vuelve a tu trabajo, pastor de poca fe, o ya nunca nos encontraremos.

Había caído la noche. Los lobos aullaban en las colinas y las ovejas aterrorizadas se agazapaban a los pies de Haíta. Obligado por la necesidad de la hora, éste olvidó su decepción, condujo su rebaño al corral, volvió al santuario, dejando que la gratitud manara de su corazón porque Hastur le había permitido salvar sus ovejas, después se retiró a su gruta y durmió.

Despertó cuando el sol ya estaba alto y brillaba en la gruta, iluminándola con su esplendor. Allí sentada junto a él, la doncella le sonreía con una sonrisa que parecía la música visible de su flauta de cañas. Él no se atrevió a despegar los labios, temiendo ofenderla como antes. No sabía qué palabras decir.

–Porque has asistido a tu rebaño –dijo ella– y no has olvidado de dar gracias a Hastur que mantuvo alejados a los lobos en la noche, aquí me tienes de nuevo. ¿Quieres que sea tu compañera?

–¿Quién no te querría para siempre? –contestó Haíta–. Oh, nunca más me dejes, hasta... hasta que el silencio y la quietud se apoderen de mí.

Haíta ignoraba la palabra muerte.

–Quisiera en verdad –prosiguió– que fueras de mi mismo sexo para que lucháramos alegremente y corriéramos carreras y nunca nos cansáramos uno del otro.

Al oír estas palabras, la doncella se puso de pie y salió de la gruta. Haíta, saltando de su lecho de fragantes hojas para alcanzarla y detenerla, pudo observar, atónito, que llovía a cántaros y que el arroyo, en medio del valle, se había salido de madre. Balaban aterrorizadas las ovejas, porque las aguas invadían el corral. Y peligraban las ciudades desconocidas de la distante llanura.

Pasaron muchos días antes que Haíta viera de nuevo a la doncella. Una tarde volvía del extremo del valle, a donde fue a llevarle leche de ovejas, torta de avena y un cesto de fresas al santo ermitaño, demasiado viejo y débil para procurarse alimento.

–¡Pobre viejo! –dijo en voz alta mientras regresaba a su morada–. Volveré mañana y lo traeré en hombros hasta mi gruta, donde podré cuidarlo. Para esto, sin duda, Hastur me ha criado durante tantos años. Para esto me ha dado salud y fuerza.

La doncella le salió al paso, envuelta en resplandecientes vestiduras, y le dijo con una sonrisa que le quitó el habla:

–De nuevo he venido a vivir contigo si ahora me quieres, porque no deseo vivir con nadie más. Tal vez ahora hayas aprendido y no me quieras distinta de lo que soy, ni pretendas saber cómo y de dónde vengo.

Haíta se arrojó a sus pies.

–Hermosa criatura –exclamó–, si te dignas aceptarlos, mi alma y mi corazón, que reverencian a Hastur, serán tuyos para siempre. Pero ¡ay! eres caprichosa e imprevisible. Antes de que amanezca, quizá te haya perdido. Prométeme, te lo ruego, que si acaso llegara a ofenderte en mi ignorancia, sabrás perdonarme y no te apartarás de mi lado.

No bien terminó de hablar, un tropel de osos bajó de las colinas, abalanzándose sobre él con rojas fauces y ardientes ojos. De nuevo desapareció la doncella, y Haíta echó a correr para salvar su vida. No se detuvo hasta llegar a la cabaña del santo ermitaño, de donde había salido. Atrancó la puerta para impedir que los osos entraran, después se arrojó al suelo y lloró.

–Hijo mío –dijo el ermitaño desde su jergón de paja que las manos de Haíta habían juntado aquella mañana–, no estás llorando por los osos. Dime qué pena te aflige, porque la vejez puede curar las heridas de la juventud con el bálsamo de la sabiduría.

Haíta se lo dijo todo: tres veces había encontrado a la radiante doncella, y tres veces la perdió. Relató minuciosamente lo que pasó entre ellos, sin omitir una palabra.

Terminó, y el santo ermitaño guardó silencio. Después de unos instantes, dijo:

–Hijo mío, he oído tu relato, y reconozco a la doncella. Yo mismo la he visto, como tantos otros. Has de saber que se llama, pues ni siquiera permite que averigües su nombre, Felicidad. Bien dijiste que era caprichosa. Impone condiciones que ningún hombre puede cumplir, y las hace pagar con su abandono. Se presenta cuando nadie la busca, y no admite preguntas. La menor curiosidad, la menor señal de duda, el menor recelo, y desaparece. ¿Por cuánto tiempo la tuviste antes de que huyera?

–Apenas un instante –confesó Haíta, enrojando de vergüenza.

–¡Desgraciado joven! –dijo el santo ermitaño–. Si no fuera por tu indiscreción, la hubieses retenido un instante más.

Un habitante de Carcosa

«Existen diversas clases de muerte. En algunas, el cuerpo perdura, en otras se desvanece por completo con el espíritu. Esto solamente sucede, por lo general, en la soledad (tal es la voluntad de Dios), y, no habiendo visto nadie ese final, decimos que el hombre se ha perdido para siempre o que ha partido para un largo viaje, lo que es de hecho verdad. Pero, a veces, este hecho se produce en presencia de muchos, cuyo testimonio es la prueba. En una clase de muerte el espíritu muere también, y se ha comprobado que puede suceder que el cuerpo continúe vigoroso durante muchos años. Y a veces, como se ha testificado de forma irrefutable, el espíritu muere al mismo tiempo que el cuerpo, pero, según algunos, resucita en el mismo lugar en que el cuerpo se corrompió».

Meditando estas palabras de Hali (Dios le conceda la paz eterna), y preguntándome cuál sería su sentido pleno, como aquel que posee ciertos indicios, pero duda si no habrá algo más detrás de lo que él ha discernido, no presté atención al lugar donde me había extraviado, hasta que sentí en la cara un viento helado que revivió en mí la conciencia del paraje en que me hallaba. Observé con asombro que todo me resultaba ajeno. A mi alrededor se extendía una desolada y yerma llanura, cubierta de yerbas altas y marchitas que se agitaban y silbaban bajo la brisa del otoño, portadora de Dios sabe qué misterios e inquietudes. A largos intervalos, se erigían unas rocas de formas extrañas y sombríos colores que parecían tener un mutuo entendimiento e intercambiar miradas significativas, como si hubieran asomado la cabeza para observar la realización de un acontecimiento previsto. Aquí y allá, algunos árboles secos parecían ser los jefes de esta malévolas conspiración de silenciosa expectativa.

A pesar de la ausencia del sol, me pareció que el día debía estar muy avanzado, y aunque me di cuenta de que el aire era frío y húmedo, mi conciencia del hecho era más mental que física; no experimentaba ninguna sensación de molestia. Por encima del lúgubre paisaje se cernía una bóveda de nubes bajas y plomizas, suspendidas como una maldición visible. En todo había una amenaza y un presagio, un destello de maldad, un indicio de fatalidad. No había ni un pájaro, ni un animal, ni un insecto. El viento suspiraba en las ramas desnudas de los árboles muertos, y la yerba gris se curvaba para susurrar a la tierra secretos espantosos. Pero ningún otro ruido, ningún otro movimiento rompía la calma terrible de aquel funesto lugar.

Observé en la hierba cierto número de piedras gastadas por la intemperie y evidentemente trabajadas con herramientas. Estaban rotas, cubiertas de musgo, y medio hundidas en la tierra. Algunas estaban derribadas, otras se inclinaban en ángulos diversos, pero ninguna estaba vertical. Sin duda alguna eran lápidas funerarias, aunque las tumbas propiamente dichas no existían ya en forma de túmulos ni depresiones en el suelo. Los años lo habían nivelado todo. Diseminados aquí y allá, los bloques más grandes marcaban el sitio donde algún sepulcro pomposo o soberbio había lanzado su frágil desafío al olvido. Estas reliquias, estos vestigios de la vanidad humana, estos monumentos de piedad y afecto me parecían tan antiguos, tan deteriorados, tan gastados, tan manchados, y el lugar tan descuidado y abandonado, que no pude más que crearme el descubridor del cementerio de una raza prehistórica de hombres cuyo nombre se había extinguido hacía muchísimos siglos.

Sumido en estas reflexiones, permanecí un tiempo sin prestar atención al encadenamiento de mis propias experiencias, pero después de poco pensé: «¿Cómo llegué aquí?». Un momento de reflexión pareció proporcionarme la respuesta y explicarme, aunque de forma inquietante, el extraordinario carácter con que mi imaginación había revertido todo cuanto veía y oía. Estaba enfermo. Recordaba ahora que un ataque de fiebre repentina me había postrado en cama, que mi familia me había contado cómo, en mis crisis de delirio, había pedido aire y libertad, y cómo me habían mantenido a la fuerza en la cama para impedir que huyese. Eludí vigilancia de mis cuidadores, y vagué hasta aquí para ir... ¿adónde? No tenía idea. Sin duda me encontraba a una distancia considerable de la ciudad donde vivía, la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

En ninguna parte se oía ni se veía signo alguno de vida humana. No se veía ascender ninguna columna de humo, ni se escuchaba el ladrido de ningún perro guardián, ni el mugido de ningún ganado, ni gritos de niños jugando; nada más que ese cementerio lúgubre, con su atmósfera de misterio y de terror debida a mi cerebro trastornado. ¿No estaría acaso delirando nuevamente, aquí, lejos de todo auxilio humano? ¿No sería todo eso una ilusión engendrada por mi locura? Llamé a mis mujeres y a mis hijos, tendí mis manos en busca de las suyas, incluso caminé entre las piedras ruinosas y la yerba marchita.

Un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje –un lince– se acercaba. Me vino un pensamiento: «Si caigo aquí, en el desierto, si vuelve la fiebre y desfallezco, esta bestia me destrozará la garganta». Salté hacia él, gritando. Pasó a un palmo de mí, trotando tranquilamente, y desapareció tras una roca.

Un instante después, la cabeza de un hombre pareció brotar de la tierra un poco más lejos. Ascendía por la pendiente más lejana de una colina baja, cuya cresta apenas se distinguía de la llanura. Pronto vi toda su silueta recortada sobre el fondo de nubes grises. Estaba medio desnudo, medio vestido con pieles de animales; tenía los cabellos en desorden y una larga y andrajosa barba. En una mano llevaba un arco y flechas; en la otra, una antorcha llameante con un largo rastro de humo. Caminaba lentamente y con precaución, como si temiera caer en un sepulcro abierto, oculto por la alta yerba.

Esta extraña aparición me sorprendió, pero no me causó alarma. Me dirigí hacia él para interceptarlo hasta que lo tuve de frente; lo abordé con el familiar saludo:

–¡Que Dios te guarde!

No me prestó la menor atención, ni disminuyó su ritmo.

–Buen extranjero –proseguí–, estoy enfermo y perdido. Te ruego me indiques el camino a Carcosa.

El hombre entonó un bárbaro canto en una lengua desconocida, siguió caminando y desapareció.

Sobre la rama de un árbol seco un búho lanzó un siniestro aullido y otro le contestó a lo lejos. Al levantar los ojos vi a través de una brusca fisura en las nubes a Aldebarán y las Híadas. Todo sugería

la noche: el lince, el hombre portando la antorcha, el búho. Y, sin embargo, yo veía... veía incluso las estrellas en ausencia de la oscuridad. Veía, pero evidentemente no podía ser visto ni escuchado. ¿Qué espantoso sortilegio dominaba mi existencia?

Me senté al pie de un gran árbol para reflexionar seriamente sobre lo que más convendría hacer. Ya no tuve dudas de mi locura, pero aún guardaba cierto resquemor acerca de esta convicción. No tenía ya rastro alguno de fiebre. Más aún, experimentaba una sensación de alegría y de fuerza que me eran totalmente desconocidas, una especie de exaltación física y mental. Todos mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada, y podía oír el silencio.

La gruesa raíz del árbol gigante (contra el cual yo me apoyaba) abrazaba y oprimía una losa de piedra que emergía parcialmente por el hueco que dejaba otra raíz. Así, la piedra se encontraba al abrigo de las inclemencias del tiempo, aunque estaba muy deteriorada. Sus aristas estaban desgastadas; sus ángulos, roídos; su superficie, completamente desconchada. En la tierra brillaban partículas de mica, vestigios de su desintegración. Indudablemente, esta piedra señalaba una sepultura de la cual el árbol había brotado varios siglos antes. Las raíces hambrientas habían saqueado la tumba y aprisionado su lápida.

Un brusco soplo de viento barrió las hojas secas y las ramas acumuladas sobre la lápida. Distinguí entonces las letras del bajorrelieve de su inscripción, y me incliné a leerlas. ¡Dios del cielo! ¡Mi propio nombre... ! ¡La fecha de mi nacimiento... ! ¡y la fecha de mi muerte!

Un rayo de sol iluminó completamente el costado del árbol, mientras me ponía en pie de un salto, lleno de terror. El sol nacía en el rosado oriente. Yo estaba en pie, entre su enorme disco rojo y el árbol, pero ¡no proyectaba sombra alguna sobre el tronco!

Un coro de lobos aulladores saludó al alba. Los vi sentados sobre sus cuartos traseros, solos y en grupos, en la cima de los montículos y de los túmulos irregulares que llenaban a medias el desierto panorama que se prolongaba hasta el horizonte. Entonces me di cuenta de que eran las ruinas de la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

Tales son los hechos que comunicó el espíritu de Hoseib Alar Robardin al médium Bayrolles.

El desconocido

Un hombre salió de la oscuridad y penetró en el pequeño círculo iluminado por nuestro lánguido fuego de campamento, sentándose en una roca.

—No son los primeros en explorar esta región —comentó con voz grave.

Nadie puso en duda su afirmación; él mismo era prueba de esa verdad, pues no formaba parte de nuestro grupo y debía de encontrarse en algún lugar cercano cuando acampamos. Además, debía tener compañeros no muy lejos, pues no era un lugar en el que resultara conveniente vivir o viajar solo. Durante una semana, sin contarnos a nosotros ni a nuestros animales, los únicos seres vivos que habíamos visto eran serpientes de cascabel y sapos cornudos. En un desierto de Arizona no se puede coexistir demasiado tiempo tan sólo con criaturas como aquéllas: uno debe llevar animales, suministros, armas: «un equipo». Y todo eso significa camaradas. Pudo surgir quizás una duda con respecto a qué tipo de hombre podían ser los camaradas de aquel desconocido tan escasamente ceremonioso, a lo que hay que añadir que había en sus palabras algo que podía interpretarse como un desafío, y que hizo que cada uno de la media docena de «caballeros aventureros» que éramos nosotros nos irguiéramos, sin dejar de estar sentados, y lleváramos una mano al arma: un acto que en aquel tiempo y lugar era significativo, una posición de expectativa. El desconocido no prestó ninguna atención a aquel acto y volvió a hablar con el mismo tono monótono y carente de inflexión con el que había pronunciado su primera frase:

—Hace treinta años, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis, todos ellos de Tucson, cruzaron los montes de Santa Catalina y viajaron hacia el oeste, hasta el punto más lejano que permitía la configuración del país. Nos dedicábamos a la prospección y teníamos la intención de, si no encontrábamos nada, cruzar el río Gila en algún punto cercano a Big Bend, donde teníamos entendido que había un asentamiento. Llevábamos un buen equipo, pero carecíamos de guía: tan sólo Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

El hombre repitió los nombres lenta y claramente, como si pretendiera fijarlos en la memoria de su público, cada uno de los cuales le observaba ahora atentamente, pues se había reducido algo la aprensión de que sus posibles compañeros estuvieran en algún lugar de la oscuridad que parecía rodearnos como si fuera un muro negro; en las maneras de ese historiador voluntario no se sugería ningún propósito inamistoso. Sus actos se asemejaban más a los de un lunático inofensivo que a los de un enemigo. No éramos tan nuevos en el país como para no saber que la vida solitaria de muchos hombres de las llanuras había producido una tendencia a desarrollar excentricidades de conducta y de carácter que no siempre eran fáciles de distinguir de la aberración mental. Un hombre es como un árbol: dentro de un bosque de compañeros crecerá tan recto como su naturaleza individual y genérica se lo permita, pero a solas y en campo abierto cede a las tensiones y torsiones deformadoras que le rodean. Pensamientos semejantes cruzaron mi mente mientras observaba al hombre desde la sombra de mi sombrero, que tenía inclinado para que la luz del fuego no me diera en los ojos. Sin duda se trataba de un grillado, ¿pero qué podía estar haciendo allí, en el corazón de un desierto?

Puesto que he decidido contar esta historia, me gustaría ser capaz de describir el aspecto de ese hombre: eso sería lo natural. Desgraciadamente, y en cierta medida extrañamente, me siento incapaz de hacerlo con algún grado de confianza, pues más tarde ninguno de nosotros coincidió en cuanto a la ropa que llevaba o el aspecto que tenía; y cuando traté de anotar mis impresiones, ese aspecto me fue esquivo. Cualquiera puede contar una historia: la narración es una de las facultades elementales de nuestra raza. Pero el talento para la descripción es un don.

Como nadie rompiera el silencio, el visitante siguió hablando:

—El país no era entonces lo que es ahora. No había ni un solo rancho entre el Gila y el Golfo. Había un poco de caza desperdigada por las montañas, y cerca de las infrecuentes charcas, hierba suficiente para evitar que nuestros animales murieran de hambre. Si teníamos la suerte de no encontrarnos con los indios, podríamos seguir avanzando. Pero al cabo de una semana el propósito de la expedición había cambiado: en lugar de descubrir riquezas, intentábamos conservar la vida. Habíamos llegado demasiado lejos para poder regresar, de manera que lo que teníamos delante no podía ser peor que lo que nos aguardaba detrás; Así que seguimos avanzando, cabalgando por la noche para evitar a los indios y el calor intolerable, y ocultándonos durante el día lo mejor que podíamos. En ocasiones, cuando habíamos agotado el suministro de carne de animales salvajes y vaciado nuestras cantimploras, teníamos que pasar varios días sin comer ni beber; luego, una charca o una pequeña laguna en el fondo de un arroyo nos permitían restaurar nuestras fuerzas y salud, por lo que éramos capaces de disparar a algún animal salvaje que también hubiera buscado el agua. A veces era un oso, otras un antílope, un coyote, un puma... lo que Dios quisiera: todo era comida.

» Una mañana, cuando rodeábamos una cordillera tratando de encontrar algún paso, nos atacó un grupo de apaches que había seguido nuestro rastro hasta un barranco que no está lejos de aquí. Sabiendo que nos superaban en número de diez a uno, no tomaron ninguna de sus habituales y cobardes precauciones, sino que se lanzaron sobre nosotros al galope, disparando y gritando. La lucha era inevitable: presionamos a nuestros débiles animales para que subieran el barranco mientras hubiera espacio para poner una pezuña, bajamos de nuestras sillas y nos dirigimos hacia el chaparral que había en una de las pendientes, abandonando todo nuestro equipo al enemigo. Pero todos conservamos el rifle: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

—El mismo y viejo grupo —comentó el humorista que había entre nosotros. Era un hombre del oeste que no estaba familiarizado con las costumbres decentes de la relación social. Un gesto de desaprobación de nuestro jefe le hizo callar, permitiendo al desconocido proseguir el relato:

—Los salvajes también desmontaron y algunos de ellos subieron el barranco hasta más allá del punto por el que nos habíamos ido, cortándonos cualquier retirada en esa dirección y obligándonos a ascender. Desgraciadamente, el chaparral sólo se extendía una corta distancia por la pendiente, y cuando llegamos al campo abierto que había más arriba recibimos los disparos de una docena de rifles; pero los apaches disparaban muy mal cuando lo hacían deprisa, y quiso Dios que ninguno de nosotros cayera. Veinte metros más arriba, más allá del borde de los matorrales, había unos riscos verticales y, directamente enfrente de nosotros, una estrecha abertura. Corrimos hacia ella y nos

encontramos en una caverna tan grande como una habitación ordinaria de una casa. Allí estaríamos a salvo durante algún tiempo: un solo hombre con un rifle de repetición podría defender la entrada contra todos los apaches del mundo. Pero contra el hambre y la sed no teníamos defensa. Conservábamos el valor, pero la esperanza era un término del recuerdo.

»No vimos después a ninguno de aquellos indios, pero por el humo y el resplandor de las hogueras que habían encendido en el barranco, sabíamos día y noche que nos vigilaban, con los rifles preparados, desde el margen de los matorrales: sabíamos que si intentábamos salir, ni uno solo de nosotros podría dar tres pasos sin caer abatido. Resistimos durante tres días, vigilando por turnos, hasta que nuestro sufrimiento se hizo insoportable. Entonces, la mañana del cuarto día, Ramón Gallegos dijo:

»—Señores, no sé mucho del buen Dios ni de lo que a éste le complace. He vivido sin religión y no conozco la de ustedes. Perdónenme, señores, si les sorprendo, pero para mí ha llegado el momento de ganarle la partida al apache.

»Se arrodilló en el suelo rocoso de la cueva, acercó la pistola a su sien y dijo:

»—Madre de Dios, ven a por el alma de Ramón Gallegos.

»Y así nos dejó: a William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

»Yo era el jefe y me correspondía hablar.

»—Fue un hombre valiente. Supo cuándo morir y cómo. Es una estupidez morir de sed y caer bajo las balas de los apaches, o ser despellejados vivos: eso es de mal gusto. Unámonos a Ramón Gallegos.

»—Tiene razón —dijo William Shaw.

»—Tiene razón —dijo George W. Kent.

»Extendí los miembros de Ramón Gallegos y le puse un pañuelo sobre el rostro. Entonces William Shaw dijo:

»—Me gustaría seguir teniendo ese aspecto... un poco más.

»Y George W. Kent dijo que pensaba lo mismo.

»—Así será —dije yo—: Los diablos rojos aguardarán una semana. William Shaw y George W. Kent, venid y arrodillaos.

»Así lo hicieron, y yo quedé en pie delante de ellos. » —Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dije yo.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dijo William Shaw.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dijo George W. Kent.

»—Perdónanos nuestros pecados —dije yo.

»—Perdónanos nuestros pecados —dijeron ellos. —Y recibe nuestras almas.

»—Y recibe nuestras almas.

»—¡Amén!

»—¡Amén!

»Les coloqué junto a Ramón Gallegos y cubrí sus rostros.

Se produjo una rápida conmoción al otro lado del fuego de campamento: un miembro de nuestro grupo se había puesto en pie pistola en mano.

—¿Y tú te atreviste a escapar? —gritó—. ¿Has tenido el valor de permanecer vivo? ¡Eres un perro cobarde y yo haré que te unas a ellos aunque luego me ahorquen a mí!

Pero saltando como una pantera, nuestro capitán se lanzó sobre él y le sujetó la muñeca.

—¡Detente, Sam Yountsey, detente!

Todos nos habíamos puesto en pie, salvo el desconocido, que permanecía sentado, inmóvil y aparentemente sin prestar atención. Alguien cogió a Yountsey por el otro brazo.

—Capitán, aquí hay algo que no concuerda —dije yo—. Este tipo es un lunático o simplemente un mentiroso: un sencillo mentiroso al que Yountsey no tiene derecho a matar. Si formó parte de ese grupo, es que había cinco hombres, y no ha nombrado a uno de ellos, probablemente a sí mismo.

—Cierto —contestó el capitán soltando al insurgente, que se sentó—. Aquí hay algo... inusual. Hace años encontraron cuatro cuerpos de hombres blancos, vergonzosamente mutilados y sin el cuero cabelludo, en los alrededores de la boca de esa cueva. Los enterraron allí; yo mismo he visto las tumbas y mañana las veremos todos.

El desconocido se levantó y nos pareció muy alto bajo la luz del fuego menguante, pues por prestar atención a su historia nos habíamos olvidado de alimentarlo.

—Había cuatro —repitió él—: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

Reiterando su lista de muertos, caminó hacia la oscuridad y no volvimos a verle.

En ese momento se aproximó a nosotros un miembro del grupo que había estado de guardia llevando el rifle en la mano y algo excitado.

—Capitán, durante la última media hora he visto a tres hombres allí arriba—dijo señalando en la dirección que había tomado el desconocido—. Pude verlos claramente, pues la luna está alta, pero como no tenían armas y yo les cubría con la mía, pensé que les correspondía a ellos hacer cualquier movimiento. ¡Pero no hicieron ninguno, maldita sea! Y me han puesto nervioso.

—Vuelve a tu puesto y quédate allí hasta que vuelvas a verlos —contestó el capitán—. Los demás acostaos de nuevo u os arrojaré al fuego a patadas.

El centinela se retiró obediente, lanzando juramentos, y no regresó en toda la noche. Cuando

estábamos preparando nuestras mantas, Yountsey, que era un temperamental, dijo:

–Le ruego que me perdone, capitán, ¿pero quién diablos piensa usted que son?

–Ramón Gallegos, William Shaw y George W. Kent.

–¿Y qué me dice de Berry Davis? Tendría que haberle disparado.

–Habría sido totalmente innecesario: no podrías haberle matado otra vez. Duérmete.



AMBROSE GWINETT BIERCE (Ohio, Estados Unidos, 24 de junio de 1842 – después de diciembre de 1913). Escritor, periodista y editorialista estadounidense. Su estilo lúcido y vehemente le ha permitido conservar la popularidad un siglo después de su muerte, mientras que muchos de sus contemporáneos han pasado al olvido. Ese mismo estilo cáustico hizo que un crítico le apodara *El amargo Bierce* (*Bitter Bierce*).

Tras licenciarse se dio a conocer como periodista en San Francisco, donde colaboró en *The Argonaut*, *The Overland Monthly* y *New Letters*, del que fue nombrado director en 1868. Es la época en la que se hará buen amigo personal de Mark Twain, de cuyo fluido y expeditivo modo de escribir se vuelve admirador entusiasta.

Se le considera heredero literario directo de sus compatriotas Edgar Allan Poe, Nathaniel Hawthorne y Herman Melville. Cuentista de primer orden, le debemos algunos de los mejores relatos macabros de la historia de la literatura: *La muerte de Halpin Frayser*, *La cosa maldita*, *Un suceso en el puente sobre el río Owl*, *Un habitante de Carcosa*, *Un terror sagrado*, *La ventana tapiada*, etc. Bierce es el escritor que gran parte de la crítica sitúa al lado de Poe, Lovecraft y Maupassant en el panteón de ilustres cultivadores del género terrorífico. A través de sus contundentes filigranas se evidenció como maestro absoluto en la recreación de tensas atmósferas desasosegantes en medio de las cuales detona repentinamente un horror «físico», absorbente y feroz.

En octubre de 1913, Bierce partió de Washington D. C. para recorrer los antiguos campos de batalla de la Guerra Civil. En diciembre cruzó a México por El Paso, que por entonces estaba en desarrollo. En Ciudad Juárez se unió al ejército de Pancho Villa como observador, llegando hasta Chihuahua, donde su rastro se desvanece. La última acción registrada fue de una carta que escribió a un amigo, fechada el 26 de diciembre. Se trata de una de las desapariciones más famosas de la

historia de la literatura: H. P. Lovecraft se refiere a ella en su novela *El que acecha en el umbral* (*The Lurker in the Threshold*, 1945):

Ambrose Bierce, y aquí llegamos a algo de naturaleza siniestra (pues Bierce se interesaba en asuntos extraterrenos), desapareció en México. Se dijo que había muerto luchando contra Villa, pero en la época de su desaparición debía de tener más de setenta años y era prácticamente un inválido. Jamás se volvió a saber de él. Esto ocurrió en mil novecientos trece.

Notas

[¹] Fuddy-Duddy. En «slang» tiene el significado de persona timorata, conservadora y falta de imaginación, especialmente referido a una persona de edad. Algo así como un carcamal <<

[4] Geranium. Además de referirse a la planta, en «slang» se emplea para hacer alusión a una chica bonita. <<

[5] Nínive, ciudad asiria, y Tiro, ciudad fenicia, son dos famosos enclaves bíblicos. Es conocido el gusto de Bierce por la aplicación de citas y referencias de la Biblia a sus relatos, herencia trágica, para él, de su educación calvinista. <<